

TRES-X INFINITO

*RAY
BRADBURY*



En este libro vienen las siguientes novelas cortas:

Tres por infinito de Laigh Brackett y Ray Bradbury.

Hacia las estrellas de Edmond Hamilton.



Ray Bradbury & Leigh Brackett & Edmond Hamilton

Tres-X infinito

Galaxia - 09

ePub r1.0

Titivillus 16.05.16

Título original: *Three times infinity*

Ray Bradbury & Leigh Brackett & Edmond Hamilton, 1958

Traducción: R. Ramio

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



TRES POR INFINITO

Ray Bradbury y Leigh Brackett

Capítulo I

Los aparatos de la compañía eran buenos. Eran muy buenos. Pero en esta ocasión Hugh Starke empezaba a pensar que tal vez no podría salirse adelante con él.

Su cuerpo relativamente pequeño pero fornido y bien constituido se inclinó sobre el cuadro de mandos y lanzó a fondo los motores del Kallman. La tibia noche celeste de Venus rodeaba cuanto se alzaba a la vista, tiñéndolo todo con sus velos de color índigo. Starke no estaba muy seguro ya de dónde se hallaba. Venus era un planeta fronterizo, y más que nada una gran incógnita, excepto para los venusianos, quienes no emitían a los otros planetas ningún mapa de su situación y principales accidentes de su territorio. Starke sabía que se estaba acercando demasiado y de un modo peligroso a las Montañas de la Blanca Nube. Era la parte más elevada de este planeta, que se erguía hacia la estratosfera, y con gran atracción magnética, ésta con un radio de acción que se extendía hasta Dios sabe dónde.

Pero todo parecía indicar que estaba alejado ya de las montañas, o al menos volando a gran distancia por encima de ellas.

Ocurriera lo que ocurriera, él se había lanzado al espacio con el mayor y más potente aparato que hasta el momento hubiera conocido la historia. Pilotaba un aparato que estaba valorado en un millón de dólares. Apretó con fuerza los mandos que se hallaban bajo sus pies y cerró la boca haciendo entrechocar los dientes en un signo de orgullo y valor. Pasaría mucho tiempo antes de que nadie igualara esto.

Los indicadores de masa empezaron a agitarse con fuerza. De pronto y mostrándose al principio como una forma vaga, las Montañas de la Blanca Nube aparecieron ante él como un muro

infranqueable. Starke verificó la posición de las naves espaciales que de pronto se dio cuenta que le perseguían. No había medio de alejarse de ellas. Al fin dijo con decisión:

—¡Como queráis, condenados! —y lanzó el Kallman hacia el espeso cielo azul.

Cuando volvió en sí, no tenía recuerdos muy claros de lo que había sucedido. Incontrolables fuerzas magnéticas que siempre resultaban ser un azar en Venus, habían falseado totalmente las indicaciones de sus aparatos de control. Se vio impulsado por una fuerza extraña hacia un lugar indeterminado, y de pronto se dio cuenta de que estaba solo, con un millón de dólares como toda pertenencia, pero solo en el espacio.

Allá abajo, en la oscuridad virginal, vio a su través un tenue reflejo, como si alguien hubiese dado a aquel lugar una pincelada que más bien parecía de sangre. El Kallman se lanzaba en picado hacia allí. El cuadro de control lanzaba chispas y pequeñas llamas azules, los turborreactores estaban ardiendo y luego no quedó más que el silbido del aparato en su precipitada caída por el espacio.

Hugh Starke lo abandonó todo, se sentó y esperó los acontecimientos que se desarrollarían poco más tarde...

Antes de abrir los ojos, tuvo la impresión de que estaba muriendo. No sentía ningún dolor, no sentía nada, pero sabía que aquella impresión era cierta. Se sentía como si hubiera perdido una parte de sí mismo. Tenía la conciencia de que existía, pero como si su existencia se desarrollase todavía en el espacio.

Abrió los párpados. Había un techo. Un techo que se extendía por todos lados y bastante alto. Era de piedra negra con vetas serpenteantes de color rojo y ámbar. No recordaba haberlo visto nunca con anterioridad.

Cerró los ojos nuevamente, los apretó e hizo un gesto con la cabeza que más bien pareció de alivio. Llevaba barba de varios días. Con los ojos entreabiertos vio que yacía en un lecho alto y bien provisto de sedas y pieles curtidas. Su cuerpo estaba cubierto. Casi se alegró de no poderlo ver. Le parecía que en aquellos momentos, no era lo más importante ver un cuerpo que ya nunca podría valerse por sí mismo, y que al fin y al cabo no había sido de lo más bien hecho. Pero estaba acostumbrado a él, y no quería verlo ahora, porque sabía que no lo vería del mismo modo que otras veces.

Dirigió su vista hacia los pies de la cama y vio una mujer.

Estaba vigilándole desde una silla en cuyos brazos y respaldo se habían esculpido figuras o tal vez pasajes de hechos célebres, y vestía una túnica de piel blanca como un copo de nieve. Ella sonrió y dejó que él la mirara sin decirle nada. El pulso de Starke empezó a latir desacompasadamente pero con debilidad.

Era alta y bien proporcionada, y las curvas de su cuerpo eran casi insolentes. Vestía aquella túnica blanca que estaba sujeta a su cuerpo por una guirnalda de piedras preciosas, formando todo su adorno. Su cara era alargada, con facciones muy finas que denotaban dificultad para penetrar en sus pensamientos, y al mismo tiempo tenían vivacidad y alegría. Sus labios, sus ojos, y sus sedosos cabellos que flotaban al aire, tenían la pálida serenidad de un agua marina.

Su piel era blanca, sin ningún tinte rosáceo. Sus hombros, sus brazos, la curva amplia de sus caderas, el nacimiento de su erguido pecho, estaban salpicados de pequeñas partículas que brillaban como polvo diamantino. Se movía lánguidamente bajo su túnica nevada, como si de un hada se tratase. Una criatura con reflejos de plata, limpia y clara como las aguas de nieve.

Sus ojos no se separaban de los de Starke, y no eran humanos, pero sin embargo él sabía que hubieran hecho impacto si él hubiera sido capaz de sentir algo en su cuerpo.

Hugh quiso decir algo, pero no tenía fuerza ni para mover la lengua. La mujer se inclinó hacia delante, y como si su gesto hubiera sido una orden, cuatro hombres salieron de entre las sombras que cubrían el muro. Eran como ella. Tenían los ojos extraños como los de la mujer.

Ella dijo en el líquido lenguaje venusiano:

—Tu cuerpo está muriendo. Pero tú no morirás. Ahora dormirás y te despertarás en un cuerpo extraño y en lugar desconocido. No tengas miedo. Mi espíritu estará con el tuyo y te guiará, no temas. No hay tiempo para que te pueda explicar, pero no tengas miedo.

Los ojos de la mujer parecían verter una fuerza invencible que se apoderaba poco a poco de su voluntad y su cerebro. Parecían dos ríos deslizándose a través de los canales de sus propias bóvedas oculares y cuyos efluvios se extendían sobre la torturada superficie de su cerebro. El cerebro quedó relajado. Parecía que estuviese

flotando sobre el agua, para luego las dos corrientes convertirse en una sola, amplia y arrolladora, que se apoderaba de su espíritu, o el yo, y hacían que ése se desvaneciera hasta llegar a perder la noción de vida.

Tardó mucho, mucho tiempo en recobrar el conocimiento. Le daba la impresión de que le hubieran amasado y amazotado todo su cuerpo y sus miembros uno a uno. Algo en su profundo ser le decía que desde el primer momento que despertara y abriera los ojos, se tendría que arrepentir de haberlo hecho. Lo tomó con calma y luchó por hacerse a la idea.

Recordaba su nombre, Hugh Starke. Recordaba las celdas de la Luna donde en cierta ocasión estuvo a punto de morir. Nada tenían que envidiar estos momentos a aquellos otros.

Lo demás llegó rápidamente. El trabajo en las exploraciones terrestre-venusianas, el intento de escapada que no lo fue, las Montañas de la Blanca Nube. Y luego el colapso contra aquel mundo desconocido...

La mujer.

Ahora recordaba... Su cerebro saltó de momento en ideas más claras. Luz, claridad, presentimiento de existencia, una sensación desnuda de realidad que se extendía sobre él. Se encontraba perfectamente con los ojos cerrados, y su imaginación no podía apartarse ni un momento de la imagen de aquella mujer resplandeciente de pelo color verde mar y el sonido de aquella voz que decía:

—No morirás; cuando despiertes te hallarás en un cuerpo extraño, no temas...

Abrió los ojos cautelosamente.

Vio un cuerpo que yacía a su lado sobre un montón de paja sucia. Era el suyo; se dio cuenta, porque podía apreciar las punzadas que la paja le inferían.

Era un cuerpo poderoso, bien batido y lleno de músculos casi excesivamente desarrollados, mucho mayor que el que había tenido anteriormente. A todas luces aquel cuerpo no había sufrido nunca la miseria del hambre durante los veintitantos años de su vida. Estaba completamente desnudo. El clima y la violencia había escrito su historia sobre él, como lo revelaban las señales y cicatrices que se extendían aquí y allá, pero ningún miembro le faltaba. Tenía vello

negro y fuerte sobre el pecho, las piernas y los brazos, y sus manos tenían el aspecto pecaminoso de estar siempre prestas para matar.

Era un cuerpo humano. Ya era algo. Había tantas otras cosas y cuerpos en que se podía haber convertido y que no hubieran sido designados como humanos, en la nueva concepción racial.

Starke cerró los ojos nuevamente.

Los labios, que ya no eran los labios de Starke, se estrecharon en una ligera y cruel sonrisa. Había estado durante seis meses en las criptas solitarias de la Luna. Si un hombre podía resistir aquello y salir de allí sano y por su propio pie, podía resistirlo todo. Hasta esto.

Se le ocurrió pensar entonces que tal vez la mujer y los cuatro compañeros habían Evitado el *shock* y la primera impresión postoperatoria por medio de sugestión hipnótica. Su subconsciente comprendió y aceptó el cambio. Sólo la imaginación se resistía a la idea.

Hugh Starke imprecó a la mujer y sus compañeros en siete lenguas y otros dialectos extraños. Estaba en un principio encolerizado al pensar que unos extraños pudiesen jugar con él de aquel modo, pero luego pensó: ¡Qué demonios, estoy vivo y, al parecer, el cambio que me han hecho no me ha ido tan mal!

Abrió los ojos de nuevo, poco a poco, como si temiese descubrir su nuevo mundo.

Se hallaba en uno de los extremos de una habitación de piedra, con dos líneas rectas de pilares de madera, cortados de algún bosque venusiano. Había bancos y mesas. Algunas hogueras habían estado ardiendo aquí y allá sobre lares de piedra, en el espacio que mediaba entre los pilares. El humo que se alzaba había escondido o al menos confundía, una parte de la plata y bronce que colgaba de los aparadores que pendían de los muros, y al mismo tiempo, ensombrecía el fulgor de las espadas y las afiladas hojas que se extendían por doquier mezcladas entre trofeos.

Todo estaba muy tranquilo. En el exterior, en un lugar todavía impreciso, se llevaba a cabo una pelea o escaramuza. Aparentemente era una lucha tenaz y pesada, pero aquel ruido no llegaba a matar el silencio. Al contrario lo hacía todavía más profundo.

En la habitación había dos hombres, junto a Starke.

Estaban muy cerca de él. Uno de ellos sentado en una silla alta, inmóvil, con sus grandes manos apoyadas sobre la mesa que había frente a él. El otro estaba acurrucado en el suelo. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, de tal modo que un mechón de pelo blanquecino escondía su cabeza. Era un hombre pequeño, de aspecto sonrosado. Starke se volvió de nuevo hacia el hombre que estaba sobre la silla.

El hombre habló en voz baja:

—¿Por qué no dice nada ella?

El que estaba acurrucado en el suelo y tenía un arpa entre sus piernas, dejó escapar un agudo y amargo sonido de la misma como toda contestación. Eso fue todo.

Starke apenas se daba cuenta de nada. Toda su atención se dirigía hacia el que había hablado. Su corazón se sobresaltó. Sus músculos se pusieron tensos y prestos a cualquier cosa. Tenía en su boca un sabor amargo. Lo reconoció. Era el sabor del odio.

Hasta aquel momento no había visto en su vida a aquel hombre, pero sus manos parecían aprestarse a matar.

Era un hombre enorme de casi siete pies de altura y con músculos como un centauro, pero su cuerpo desnudo por encima de su cinturón de cuero, daba la impresión de ser ágil y rápido en sus movimientos a pesar de su peso. Tenía el rostro cuadrado, donde se apreciaba perfectamente la contextura de sus huesos, y era joven. Era un rostro que en otra época había sido amante del vino, de las risas y de las muchachas bonitas. Pero ahora, había olvidado ya todo aquello, excepto el vino tal vez. Era un algo rígido y cruel lo que su rostro reflejaba, y parecía alguien que siempre hubiera estado en una jaula. Starke había visto este rostro antes en las celdas de la Luna. Tenía una cicatriz blanca que atravesaba su frente. Bajo la frente, los ojos azules estaban hundidos en sus cuencas y oscuros tras sus párpados medio cerrados. Era ciego.

Fuera en la distancia los hombres chillaban desaforadamente y morían.

Starke fue dándose cuenta de un dolor que cada vez se hacía más insistente en su cuello. Levantó la mano con mucho cuidado de no remover la paja. Sus dedos encontraron un apretado nudo, lo siguió con sus dedos y llegó a tocar una pesada venda metálica.

El nuevo cuerpo de Starke llevaba collar como un perro

caprichoso o peligroso.

Había una cadena atada al cuello. No podía encontrar el lugar por donde lo habían atado. Lo habían llevado a cabo con todo cuidado.

Su cuerpo no parecía haber caído en gracia allí.

Tenía el cuello aprisionado.

La sangre empezó a correr por la cabeza de Starke. Ya había llevado cadenas antes, por lo que se desprendía de todo aquello. Y no le gustaban. Y menos todavía alrededor del cuello.

Capítulo II

Una puerta se abrió de pronto en el otro extremo de la habitación. Una luz rojiza se extendió por el suelo negro y entró un hombre. Era grande, medio desnudo, rubio y manchado de sangre. Arrastraba la larga espada que sujetaba con una mano. Su pecho estaba abierto por una herida que dejaba ver el hueso y que él cerraba con su mano libre.

—Un mensaje de Beudag —dijo—. Nos han hecho retroceder hasta la ciudad, pero por el momento los mantenemos y nos hacemos fuertes en las puertas de la misma.

Nadie habló. El hombre pequeño movió en señal de asentimiento su blanca cabeza. El guerrero de hendido pecho dio media vuelta y salió de nuevo cerrando tras él la puerta.

Un cambio repentino y muy peculiar se operó en Starke al oír mencionar el nombre de Beudag. Nunca lo había oído anteriormente, pero quedó grabado en su imaginación como algo peculiar, algo que le embargaba de emoción. No podía identificar la clase de sentimiento que le proporcionaba, pero lo cierto era que le había hecho olvidar al hombre ciego. El odio que momentos antes había sentido se enfrió. Starke quedó relajado en una especie de tranquilidad relajada, helada, que le hacía sentir el sopor de una serpiente cobra en plena digestión. No preguntó nada. Se limitó a esperar a Beudag.

El hombre ciego golpeó con la mano sobre la mesa y se levantó.

—¡Romna —gritó— dame mi espada!

El hombre pequeño le miró. Tenía los ojos lechosos y un rostro que recordaba al bulldog guardián. Al fin respondió:

—No seas loco Faolan.

Faolan respondió a esto dejando resbalar las palabras entre sus

dientes:

—Maldito seas... dame mi espada.

Los hombres morían al otro lado de la habitación y no morían en silencio. La piel de Faolan estaba llena de sudor, un sudor de ansiedad que corría por todo su cuerpo. De pronto hizo un movimiento brusco hacia Romna.

El hombre pequeño se dirigió hacia él. Había lágrimas en sus ojos pálidos. Dijo con rudeza:

—No podrás hacer nada. Siéntate.

—Ya encontraré el medio de hacer servir mi espada —respondió Faolan.

La voz de Romna se elevó hasta el punto de ser más que un grito un chillido y ordenó:

—¡Cállate de una vez y siéntate!

Faolan se asió al borde de la mesa y se inclinó sobre ella. Temblaba y cerraba todavía más las cuencas de los ojos, y sin embargo, las tibias lágrimas escapaban rodando por sus párpados. Su acompañante se volvió e hizo vibrar el arpa hasta que sus cuerdas dejaron oír un estridente chillido.

Faolan respiró profundamente. Fue recuperándose lentamente dando vueltas alrededor de su silla alta, y después se dirigió hacia Starke.

—Estás muy tranquilo, Conan —dijo—. ¿Qué es lo que ocurre? Deberías estar contento, Conan. Deberías reírte y hacer sonar como cascabeles los anillos de tu cadena. Vas a tener lo que querías. ¿O acaso estás triste porque ya no tienes imaginación ni inteligencia para comprender lo que ocurre?

Se detuvo y fue palpando con la sandalia que cubría su pie hasta que encontró el muslo de Starke. Starke se movió.

—Conan —continuó el ciego, oprimiendo el vientre de Starke con su pie—. Conan el perro, el traidor, el carnicero, el del cuchillo en la espalda. ¿Te acuerdas de lo que le hiciste a Falga, Conan? No, ahora no te acuerdas. He sido un poco brusco contigo y ahora ya no te acuerdas. Pero yo lo recuerdo, yo sí que lo recuerdo. Mientras viva en la oscuridad lo recordaré.

Romna hizo vibrar nuevamente las cuerdas del arpa y éstas lanzaron al aire sonidos que eran más bien lágrimas vivas en memoria de los hombres fuertes y valientes muertos a traición.

Faolan comenzó a temblar y todos los músculos de su cuerpo quedaron tensos. Los trazos de su rostro parecían haber adquirido forma del mismo modo que el acero la adquiere bajo los efectos constantes del martillo que lo golpea: como fulminado en lo más íntimo de su ser, cayó de rodillas. Sus manos tocaron con nerviosismo los hombros de Starke, fueron resbalando hasta juntarse en la garganta de Starke y allí apretaron con todas sus fuerzas.

Fuera, el sonido de la lucha parecía morir en la distancia para Starke.

De pronto éste se movió con rapidez. Como si la hubiera visto anteriormente y hubiera sabido el lugar exacto donde se encontraba, su mano se abalanzó sobre la pesada cadena y la ondeó en el aire.

Parecía que iba a ser un golpe mortal. Starke deseaba con todo su corazón hacer saltar en dos trozos la cabeza de Faolan. Al segundo intento consiguió alcanzar a Faolan en la parte posterior de la cabeza. Este profirió un agudo quejido y cayó de un lado al mismo tiempo que Romna se levantaba. Había dejado caer el arpa y sacó un cuchillo. Sus ojos refulgían de ira.

Starke se hizo a un lado. Después se fue hacia atrás ondeando la cadena de un modo temible. Su nuevo cuerpo se movía con agilidad felina. En su exterior todo iba bien, pero en el interior de su cuerpo, las sensaciones neuróticas y las reacciones parecían haber estallado en una verdadera guerra civil. Estaba malhumorado consigo mismo por no haber matado a Faolan y también lo estaba por haber perdido el control y haber querido matar a un hombre sin razón suficiente. Odiaba a Faolan y al mismo tiempo no le odiaba, porque algo en su interior le decía que no podía hacerlo, puesto que no le conocía suficientemente. El cerebro calculador, lógico e impasible de Starke, contrastaba con una serie de reacciones emocionales sin fundamento.

No se había dado cuenta de que sus actos no tenían fundamento, hasta que su mente acostumbrada durante muchos años al más estricto control le impidió llegar a matar. De pronto recordó la voz de la mujer que decía:

—Mi mente estará contigo, ella te guiará...

—Detente —gritó desesperado—. ¡No sigas, detente...!

Por un Instante la vio de nuevo inclinada hacia delante, con su cabello que reposaba sedoso sobre sus maravillosos hombros. Sus ojos no podían ocultar un brillo burlesco y de provocativa admiración. Starke la oyó decir:

—Quizás no tengas otra oportunidad Hugh Starke. Ellos conocen a Conan aunque tú no le conozcas. Además, no tiene mucha Importancia que así sea. El fin será el mismo para todos ellos, no es más que una cuestión de tiempo. Tú puedes salvar tu nuevo cuerpo o no, como quieras —después sonrió—. Me gustaría que lo hicieras. Es un bello cuerpo. Lo conocí antes de que la mente de Conan desapareciera y dejara el cuerpo vacío.

Un súbito pensamiento ocupó la mente de Starke:

—Mi aparato, con el millón de dólares que se me tenían confiados.

—Ve a buscarlos —respondió ella, al mismo tiempo que desaparecía. Cuando ella ya no estaba allí, la mente de Starke estaba limpia sin nada ni ningún pensamiento extraño que la enturbiase. Faolan seguía tendido en el suelo sujetándose la cabeza con ambas manos. Después dijo:

—¿Quién hablaba?

Romna el juglar estaba mirando. Se movieron sus labios con ánimo de decir algo, pero no emitió ningún sonido.

Starke respondió:

—Yo hablaba. Yo, Hugh Starke. No soy Conan, ni nunca he oído hablar de Falga, y aplastaré la cabeza al primero que se me acerque.

Faolan no se movió. Tenía la cabeza apoyada contra el suelo y su respiración se entrecortaba en la garganta. Romna, el juglar, el bufón, lanzó al aire una lánguida historia de otros tiempos con tal naturalidad, que parecía no estar pensando en ello. Starke les contemplaba.

Impulsadas por una fuerza violenta, las puertas del otro extremo de la habitación se abrieron de par en par. El fulgor rojizo de la luz del día se extendió por la habitación y con ella una masa de cuerpos ardientes por la lucha y que traían un olor casi extraño para Starke, de sangre.

Starke sintió cómo el corazón se encogía bajo el fornido pecho de Conan, al ver la figura de quien encabezaba aquella comitiva.

Romna gritó:

—¡Beudag!

Era alta. Toda ella era fuerte como una leona y caminaba con una arrogancia sin par, y su pelo era como una llama de fuego. Tenía los ojos azules ardientes y brillantes como los había tenido Faolan seguramente en otro tiempo. Se parecía a Faolan. Vestía como él, con una túnica de cuero y sandalias y con su magnífico cuerpo desnudo por encima del talle. Llevaba una larga espada con ella a la espalda, cuya empuñadura asomaba por encima del hombro izquierdo. La había usado. Su piel estaba cubierta de sangre y sudor. Tenía una larga herida en el muslo y otra por encima del vientre, y aunque quería disimularlo, la amargura que sentía era una carga pesada para ella en aquellos momentos.

—Les hemos detenido Faolan —dijo al fin—. No pueden llegar hasta las puertas de la ciudad y podemos mantenernos en Crom Dhu mientras tengamos comida. Y el mar nos alimenta —se echó a reír pero no podía sin embargo disimular cuanto quería—. Cielos, estoy cansada.

Después se detuvo al lado de uno de los pilares. Fue recorriendo con su mirada cuanto tenía delante, y pasando por el cuerpo de Faolan, llegó hasta Romna, para al fin elevarla al cuerpo de Starke, donde se detuvo.

El pulso latió con fuerza en Starke, aunque esta vez su cuerpo se sentía fuerte, pero el pulso continuaba latiendo como si del redoble de un tambor se tratara.

Romna dijo:

—Ha recuperado la mente.

Hubo un largo y pesado silencio. Nadie de los presentes se movía. Después los hombres que hasta el momento habían permanecido a la espalda de Beudag, todos fornidos guerreros, empezaron a acercarse a los pilares, hablando en voz baja los unos a los otros, hasta que todo se convirtió en un sólo murmullo. Faolan se levantó, se puso frente a ellos y les conminó para que callaran.

—¡Me pertenece a mí! Dejadle tranquilo. Beudag se acercó con un movimiento gracioso y a la vez inquieto:

—No es posible —susurró—. Exterminaron su cerebro por medio de la tortura. Desde entonces no fue más que un ser irracional incapaz Incluso de alimentarse por sí mismo. Y ahora, de pronto, ¿decís que es normal otra vez?

Starke dijo:

—Ya sabes que soy normal. Puedes verlo en mis ojos.

—Sí.

No le gustó a Starke el modo que ella tuvo de asentir a su proposición.

—Escucha, mi nombre es Hugh Starke. Soy un terrestre. No es el cerebro de Conan que ha vuelto. Es otro cerebro. Se me transfiguró con este nuevo cuerpo. Lo que él hiciera antes de que me transplantaran a él, no lo sé, ni soy responsable de ello.

Faolan dijo:

—No recuerda a Falga. No recuerda los barcos en el fondo del mar —y tras esto rió con fuerza y burla.

Romna agregó tranquilamente:

—Pero sin embargo, no te mató. Lo podía haber hecho fácilmente. ¿Te hubiera perdonado Conan de ese modo?

Beudag interfirió:

—Sí, lo hubiera hecho, si hubiera tenido un plan mejor. El cerebro de Conan era como el de una culebra. Se arrastraba por la oscuridad y nunca se sabía dónde iba a hacer presa.

Starke empezó a contarles cómo había ocurrido todo, con la cadena balanceándose de modo despreocupado en su mano. Mientras hablaba vio sobre un pulido estante que colgaba de un pilar un rostro. Más que nada, era una masa de pelo anudada montada sobre el esqueleto de un largo y enjuto hueso. La boca era sensual, con una especie de risa burlona sobre ella. Los ojos amarillos. Ojos brillantes y crueles de un asesino.

Starke se percató con horror, que el rostro que veía allí era el suyo.

—Una mujer con pelo color verde mar... —susurró Beudag.

—Rann —intervino Faolan, mientras el arpa de Romna lanzó un grito estridente.

—Su pueblo tiene este poder —siguió Romna—. Son capaces de apoderarse del alma del ser más extraño.

—Son muchos los poderes y facultades que poseen. Quizás Rann siguió el espíritu de Conan, donde quiera que fuese, y le indicó lo que debería decir, y luego le trajo de nuevo...

—Escucha —intervino Starke malhumorado—. Yo no pedí...

De pronto, con la mayor sorpresa para todos y con brusco

movimiento, Romna arrebató la espada de Beudag y la arrojó sobre Starke.

Starke hizo una finta para librarse del ataque. Miró a Romna con ojos plenos de ira.

—De acuerdo. Encadenadme de modo que no pueda luchar y matadme desde lejos.

No recogió la espada. Nunca se había servido de una. La cadena que le tenía apresado le parecía mejor, no habiendo mucha diferencia entre ella y un pesado cinturón que en ocasiones había podido manejar. La ondeó en el aire.

—¿Ese es Conan? —preguntó Romna. Faolan se apresuró a preguntar:

—¿Qué ha ocurrido?

—Romna arrojó mi espada a Conan. La esquivó y no la recogió del suelo —los ojos de Beudag se estrecharon—. Conan podía apresar una espada en el aire cogiéndola por la empuñadura, y era el mejor luchador de todo el Mar Rojo, a excepción de ti, Faolan.

—Intenta engañarnos. Rann le guía.

—Al diablo con Rann -Starke hizo restallar su cadena—. Ella lo que quiere es que os mate a los dos y todavía no sé por qué. Ya lo sé, podría haber matado con toda facilidad a Faolan, pero no soy un asesino. Nunca maté a nadie si no fue para salvar mi vida. Sin embargo, no le maté a pesar de Rann y no quiero saber nada de vosotros ni de Rann tampoco. ¡Todo cuanto deseo es marchar de aquí!

Beudag dijo:

—Su acento no es de Conan. Su modo de mirar es distinto también. En su voz hay una nota extraña.

Romna la miró. Hizo pulsar unas cuantas cuerdas de su arpa y dijo:

—Hay un medio por el que podrás estar segura de si es Conan o no.

Como si la luz hubiera llegado a su imaginación de pronto, Beudag sonrió. Romna se hizo a un lado para dejarle paso. Sus ojos brillaban con una sonrisa maliciosa.

Beudag continuaba sonriendo como si de un felino se tratase, mostrando los dientes pero sin humor en la expresión. Con aire resolutivo caminó hacia Starke, la cabeza erguida, las manos vacías

apoyadas en los costados. Starke se irguió, pero notó cómo la sangre le saltaba en las venas.

Beudag le besó.

Starke dejó caer la cadena. Tenía algo mejor que hacer que sujetar la cadena en sus manos.

Al cabo de cierto tiempo, él levantó la cabeza para respirar y ella dio un paso atrás susurrando:

—No es Conan.

Todos los presentes presenciaron la escena con emoción puesto que estaban seguros de que ella daría la respuesta exacta sobre el tema que estaban deliberando. Al llegar a la altura de todos ellos volvió a susurrar profundamente y como si todas las ideas hubieran desaparecido de su imaginación.

—No, no es Conan.

Capítulo III

Se habían ido todos de la habitación. Starke se había lavado y afeitado. No tenía mal aspecto su nuevo rostro. Al contrario, lo tenía muy bueno y era totalmente desconocido en todo el Sistema.

Continuaba encadenado pero le habían limpiado la paja, o mejor, sustituido por otra en buen estado y vestía una túnica de cuero y un par de sandalias. Faolan estaba sentado en la alta silla entretenido con una vasija de vino. Beudag estaba tendida sobre un tapiz de pieles a su lado. Romna con las piernas entrecruzadas sobre el suelo, con los ojos medio dormidos y resbalando el dedo por su arpa que lanzaba una melodía imprecisa y sedante.

—Este hombre dice la verdad —comentaba Romna—. Pero hay otro espíritu que le persigue y acucia, el de Rann. No te fíes de él.

Faolan respondió:

—Yo no confiaría ni en uno de los dioses puesto en el cuerpo de Conan.

Starke dijo:

—¿Pero qué es todo esto? Toda una lucha en el exterior y esa condenada Rann intentando meter un asesino en el interior. ¿Y qué ocurrió en Falga? Nunca oí en todo el océano citar un lugar llamado Falga.

El bufón separó las manos de las cuerdas:

—Yo te lo explicaré Hugh Starke. Y entonces tal vez sientas horror de estar en el cuerpo en que hoy te encuentras.

Starke hizo una mueca. Luego miró a Beudag. Ella le estaba mirando con una intensidad que sorprendió a Starke, a través de sus párpados bajos. La expresión de Starke cambió. ¡Separarse de su cuerpo! ¡Era un cuerpo! El juglar dijo:

—Al principio en el Mar Rojo, hubo una raza de gentes que

tenían aletas y escamas. Eran anfibios, pero al cabo de un tiempo hubo una parte de los de su raza que quiso quedarse para siempre en tierra. Hubo una disputa, una batalla y algunos de ellos, abandonaron el mar para siempre, se establecieron tierra adentro. Con el tiempo, perdieron sus aletas y tenían un gran poder mental y amaban lo concerniente al mandato por telepatía. Subyugaron bajo estos principios a razas humanas y las redujeron a la esclavitud. Odiaban a sus hermanos que todavía vivían en el mar y sus hermanos les odiaban a ellos.

»Al cabo de un tiempo llegó otro pueblo al Mar Rojo. Eran ladrones procedentes del Norte. Asaltaron y robaron Cuanto pudieron. Se establecieron en Crom Dhu, la Piedra Negra, y construyeron barcos e hicieron pagar diezmos y primicias a las ciudades fronterizas.

»Pero el pueblo esclavo no quería luchar contra los ladrones. Querían luchar con ellos y destruir a los del mar. Los ladrones eran humanos y la sangre tira a la sangre. Y así y a través del tiempo, ha llegado el momento en que todos quieren dejar de ser guerreros para convertirse en constructores de su propia nación.

Así pues, los asaltadores, los del mar, y los esclavos, estos últimos estaban atrapados entre los otros dos comenzaron su lucha por la tierra.

Había una mujer llamada Rann que tenía el pelo color verde mar y gran belleza, y poseía el espíritu de los del mar. Había un hombre llamado Faolan el de los Barcos, y su hermana Beudag. Y había un hombre llamado Conan.

El arpa dejó oír unos lamentos a guisa de intermedio, como si el juglar tuviese que recordar la historia.

—Conan era —continuó— un gran luchador y un buen amante. Estaba a las órdenes de Faolan y Beudag le amaba, y eran felices. Después Conan fue hecho prisionero por las tribus del mar en una escaramuza y Rann le vio... Y él vio a Rann.

Hugh Starke tenía un ligero recuerdo de Rann, cuando sonriendo le decía con voz vibrante:

—Es un buen cuerpo, yo lo conocí antes...

Los ojos de Beudag eran como dos piedras de vitriolo azul bajo sus párpados.

—Conan permaneció bastante tiempo en Falga con Rann la del

Mar Rojo. Luego volvió a Crom Dhu, y dijo que había escapado y que había descubierto un medio para introducirse en la bahía de Falga, por la parte posterior de la flota de Rann y que desde allí sería fácil apoderarse de la ciudad y de Rann con ella. Y Conan y Beudag estaban casados.

Los ojos de Starke se dirigieron hacia Beudag, que continuaba estirada como una joven leona llena de poder y belleza. De pronto cambió un poco su color. Su mirada se perdió en el infinito.

—Así pues —continuaba el juglar— el gran barco salió de Crom Dhu hacia el Mar Rojo. Y Conan les condujo a una emboscada en Falga, y más de la mitad de los componentes de la expedición se ahogaron. Conan pensó que su barco estaba libre de las manos de quienes había vencido y que por tanto era poseedor de Rann y de todo cuanto ella le había prometido, pero Faolan vio lo que ocurría y fue tras él. Lucharon y Conan golpeó con la espada la frente de Faolan y le cegó; pero Conan perdió el combate y Beudag les trajo a los dos aquí.

»Conan fue encadenado desnudo en la plaza del mercado. La gente tenía mucho cuidado en no matarle. De cuando en cuando, le hacían otras cosas peores. Al cabo de un tiempo enloqueció y después quedó como el irracional más abyecto, y Faolan le trajo aquí y le tuvo encadenado, donde pudiese oír el restallido de las cadenas, y cómo Conan las arrastraba. Esto le ayudaba a soportar la oscuridad y hacerla más llevadera.

»Pero después del asunto de Falga, las cosas fueron de mal en peor en Crom Dhu. Se perdieron muchos hombres y muchos barcos. Ahora las gentes de Rann nos tienen aquí como en una ratonera. No pueden entrar, pero tampoco nosotros podemos salir, y esto continuará así hasta que... —el arpa volvió a sonar con uno de los tonos más agudos.

Tras transcurrir unos minutos, Starke dijo con cierta calma como si midiese sus palabras:

—Sí, ya comprendo. Asuntos personales. Y Rann pensó que si yo llegaba a matar a los líderes, vuestras gentes se abandonarían a ella. —Y luego continuó como si discutiese consigo mismo—: ¡Qué ardides más sucios y qué bajezas! Y quién le dijo a ella que se sirviese de mí... —Hizo una pausa. Después de todo, pensó, ya estaría muerto. Y además un cuerpo nuevo. ¡Bah!, al demonio con

Rann. Él no le había pedido que lo hiciera. Y aparte de todo, él no era ningún asesino a sueldo. ¿Y además qué derecho tenía ella para imbuirle cosas que ni siquiera había pensado nunca? Especialmente para hacérselas a alguien como Beudag.

De todos modos empezaba a pensar, que ojalá no hubiera visto nunca las naves terrestre-venusianas, pues de ese modo no hubiera llegado nunca a ver las Montañas de la Blanca Nube.

Al parecer todo el mundo estaba esperando que dijera algo y por fin se decidió:

—Por regla general, cuando hay un encuentro como éste y la lucha no se decide por ninguno de los dos bandos, se suele echar mano de un bando. ¿No hay nadie a quien se pueda pedir ayuda?

Faolan sacudió la cabeza con desesperación:

—El pueblo esclavo podría levantarse, pero no tienen brazos y no están acostumbrados a la lucha. No harían más que hacerse asesinar y eso no nos ayudaría en nada.

—¿Y esos otros que... esos que... las gentes que viven en el mar? ¿Y además qué es ese mar? Unas radiaciones que se desprendían de él lanzaron mi nave a la deriva y me arrojaron aquí.

Beudag dijo perezosamente:

—No sé qué es eso. Los mares que nuestros antepasados navegaron, eran mares de agua, pero éste es diferente. Flotará en sus aguas un barco si sabes cómo construirlo, muy delgado, con un metal blanco que extraemos del pie de las colinas. Pero cuando se nada en él, es algo así como nadar en una nube de burbujas. El entrecuchar de esas burbujas parece que lance un sonido metálico, y cuanto más profundizas en él, más extraño aparece ante tus ojos oscuro y lleno de fuego. En ocasiones he permanecido en sus profundidades durante horas, cazando bestias que habitan aquellos parajes.

Starke dijo:

—¿Horas? Entonces tendréis trajes apropiados para bucear, ¿sino, qué es de lo que disponéis?

Ella movió la cabeza sonriendo:

—¿Por qué te preocupas por eso? No hay ningún inconveniente en respirar en ese océano.

—Por todos los demonios —respondió Starke—. Quizá no comprendo nada, pero debe tratarse de un gas pesado y radioactivo,

con una presión atmosférica, lo suficiente denso como tensión superficial para hacer flotar cualquier cuerpo y que contiene una gran cantidad de oxígeno sin ninguna mezcla peligrosa. Entonces, ¿por qué no va alguien allí y trata de convencer a las gentes que lo habitan para que os ayuden? Según dijisteis antes, son enemigos de la rama de la familia de Rann.

—Sí, pero tampoco son amigos nuestros —intervino Faolan—. Nosotros estamos en la parte sur del mar. Incluso en ocasiones hacen derivar nuestros barcos y se pierden en la inmensidad. —Su boca dibujó un gesto de amargura que quería ser una sonrisa—. ¿Querrías ir tú para pedirles ayuda?

A Starke no le convencía el modo de hablar de Faolan, no le convencían aquellas proposiciones.

—No era más que una sugerencia —continuó Faolan.

Beudag se levantó desperezándose con cierta delicadeza y avanzó reflejando en su paso el dolor que le inflingían las heridas:

—Vamos, Faolan. Vamos a dormir.

Él se levantó y puso la mano sobre el hombro de la muchacha. Una de las cuerdas del arpa de Romna lanzó un sutil sonido que más bien parecía de burla. Los ojos del juglar estaban velados y soñolientos. Beudag no miró a Starke, llamado Conan.

—¿Y yo qué? —dijo él.

—Tú permanecerás encadenado —respondió Faolan—. Todavía tenemos mucho tiempo por delante para pensar. Mientras tengamos comida y el mar nos alimente...

Siguió a Beudag a través de una cortina de entrada que había a la izquierda. Romna se levantó despacio cargando con el arpa sobre su hombro blanco. Luego se quedó mirando fijamente los ojos de Starke.

—No sé... —murmuró.

Starke esperó sin hablar. Tenía el rostro inexpresivo.

—A Conan le conocíamos. A Starke no le conocemos. Quizás hubiera sido mejor si hubiera vuelto Conan. —Acarició la empuñadura de su cuchillo como distraídamente—. No sé. Quizá hubiera sido mejor para todos nosotros si te hubiera cortado la garganta antes de que volviera Beudag.

La boca de Starke hizo una mueca. No era exactamente una sonrisa.

—Sabes... —dijo con mucha seriedad el juglar— para ti, que procedes del exterior, ninguno de todos estos asuntos tiene importancia, excepto si en algo te concierne, pero nosotros vivimos en este pequeño mundo y morimos en él. Para nosotros todo es muy importante.

Ahora tenía el cuchillo en su mano y lo blandió en el aire repetidas veces que lanzó destellos al reflejar las llamas sobre su hoja.

—Tú luchas por ti, Hugh Starke. Rann lucha por ella, aunque sirviéndose de ti, y cada uno hace cuanto puede por sí mismo. No sé, la verdad, no sé.

Romna se movió con agilidad y envainó el arma:

—Está escrito por los dioses —continuó, aunque canturreando esta vez— está escrito por los dioses y espero que no sea nada malo lo que dejaron en sus escrituras.

Se fue. Starke tembló por un momento y sin causa aparente. Todo había quedado muy tranquilo en la habitación. Miró su collar, los ribetes del mismo, cada uno de los anillos de la cadena y el clavo fijo a la que estaba engarzada. Luego se sentó en el tapiz de piel que habían puesto para él en lugar de la paja.

Las silenciosas horas amargas que atravesaba, hicieron mella en su corazón, dándose cuenta de que esos minutos, esas horas, eran peores que cualquiera de las que hubiera pasado en las criptas de la Luna.

Ella llegó sigilosamente con una bujía en la mano. Era Beudag. Starke no dormía. Se levantó y permaneció a la espera. Ella dejó la bujía sobre la mesa, se adelantó un poco más y luego se detuvo. Llevaba una túnica blanca, que se estrechaba un poco sobre la cintura. Su cuerpo erguido y precioso, parecía recortado entre las sombras que formaban la tenue luz.

—¿Quién eres? —susurró la mujer—. ¿Qué eres tú?

—Un hombre. No soy Conan. Quizá ya no soy tampoco Hugh Starke, pero al fin y al cabo un hombre.

—Amé al hombre llamado Conan hasta que... —Contuvo la respiración y se acercó más. Puso su mano sobre el brazo de Starke y aquel contacto hizo estremecer a Starke. La limpia y saludable fragancia que se desprendía de ella penetraba intensamente en él. Los ojos de la mujer buscaron ávidamente los de Starke.

—Si tales son los poderes de esa Rann, ¿no está dentro de lo posible que Conan se viese forzado a hacer lo que hizo? ¿No sería posible que Rann se apoderase del espíritu de Conan y le modelase a su capricho sin que él se apercibiese de ello?

—Quizás.

—Conan era amante de las peleas y ardiente en su temperamento, pero...

Starke dijo despacio:

—No creo que hubieras podido amarle si hubiera sido de otro modo.

La mano de Beudag continuaba apoyada en su antebrazo al tiempo que, mirando a Starke, se puso a temblar y luego empezó a llorar silenciosamente. Starke la acercó delicadamente hacia él y sus ojos brillaban a la luz de la bujía.

—Lágrimas de mujer —dijo ella con impaciencia al cabo de un momento. Intentó separarse de él—. He estado combatiendo durante mucho tiempo y estoy cansada.

Él dejó que se separara, pero no demasiado.

—¿Todas las mujeres de Crom Dhu luchan como los hombres?

—Si lo desean sí. Siempre se ha sometido a votación. Pero después de ocurrir lo de Falga yo tenía que luchar para no pensar —tocó el collar sobre el cuello de Starke.

Starke pensó en Conan en la plaza del mercado y le veía sacudiendo su cadena, arrastrándola por la habitación de Faolan, y veía también en su imaginación a Beudag viendo aquellas escenas. Sus dedos se apretaron y cerró los puños con fuerza. Luego volvió a abrir las manos y las pasó suavemente por los brazos de la mujer y fue subiéndolas lentamente hasta llegar a sus torneados hombros, para después acariciar su cuello. Ella llevaba el pelo suelto y podía sentir cómo su rojizo pelo le quemaba las manos.

Ella susurró:

—Tú no me amas...

—No.

—Eres un hombre honesto, Hugh Starke.

—Y tú quieres que te bese.

—Sí. Bésame.

—Eres una mujer honesta Beudag.

Los labios de la muchacha estaban hambrientos, apasionados,

salpicados por la amargura de las lágrimas. Al cabo de unos instantes Hugh sopló y apagó la bujía...

—Yo podría amarte, Beudag.

—No del modo que yo quiero.

—Sí, del modo que tú quieres. Nunca dije esto a una mujer antes de ahora, pero tú tampoco eres como ninguna mujer que haya visto antes. Y yo... yo soy un hombre diferente.

—Extraño... tan extraño... Conan y no eres Conan.

—Yo podría amarte Beudag, si viviera.

Las cuerdas del arpa suspiraron en la oscuridad. Beudag se sorprendió, suspiró y se levantó del tapiz de pieles. En un minuto encontró piedra y acero y encendió la bujía. Romna el juglar estaba de pie junto a la cortina que servía de entrada a la habitación. Les contemplaba tranquilamente.

De pronto dijo:

—Vas a dejarle marchar.

—Sí —respondió Beudag.

Romna asintió. No parecía sorprendido. Dio unos pasos por la habitación y dejó el arpa sobre la mesa saliendo a otra habitación. En unos instantes volvió con una sierra metálica.

—Inclina tu cuello —ordenó a Starke.

El metal del collar era blando. Cuando lo hubo cortado, Starke introdujo sus dedos cerca de los dos extremos y abrió lo que antes fuera anillo, sin muchos esfuerzos.

Su antiguo cuerpo no hubiera podido nunca hacer esto. Pensó que en realidad Rann no le había castigado mucho. No, no mucho.

Se levantó mirando a Beudag. La cabeza de la muchacha estaba inclinada hacia delante con el rostro velado por su resplandeciente pelo rojizo.

—Sólo hay un medio para salir de Crom Dhu —dijo ella—. Hay un pasadizo rocoso que conduce a una bahía secreta, lo suficientemente amplia como para albergar una o dos embarcaciones pequeñas. Quizás amparado por la noche y la niebla, puedas deslizarte a través de la vigilancia de Rann, o tal vez puedas refugiarte en uno de sus barcos y de ese modo llegar a Falga. —Cogió la bujía—. Te conduciré.

—Espera —respondió Starke—. ¿Y tú qué vas a hacer?

Ella le miró sorprendida.

—Yo como es lógico me quedo.

Él la miró fijamente a los ojos:

—Va a ser muy difícil que nos podamos conocer, de este modo.

—Tú no puedes quedarte aquí, Hugh Starke. La gente se abalanzaría sobre ti y te destrozaría desde el primer momento que salieses a la calle. Hasta llegarían a asaltar nuestra residencia para poder hacerse contigo. Mira allí. —Dejó a un lado la bujía y le condujo hacia una estrecha ventana, separando la cortina que la cubría.

—Allí —continuó Beudag— está lo que podríamos llamar la tierra de todos. Crom Dhu está conectada a ella por una lengua rocosa. Los pueblos del mar tienen las tierras que se extienden a su lado, pero nosotros podremos permanecer sobre ese puente rocoso mientras vivamos. Tenemos agua y alimento suficiente procedente del mar. Pero no hay tierras de cultivo ni ganados en Crom Dhu. Dentro de poco tiempo estaremos desnudos, sin cueros ni otros materiales que nos sirvan de abrigo y padeceremos enfermedades, si no tenemos grano ni frutos. Estamos vencidos a menos que Dios haga un milagro, y estamos vencidos como consecuencia de lo que ocurrió en Falga. Ya puedes imaginar lo que siente el pueblo.

Starke miró las oscuras calles y las casas silenciosas apoyadas las unas contra las otras, con sus débiles luces luchando contra la niebla.

—Sí —respondió— ya me doy cuenta.

—Además, está Faolan. No sé todavía si cree tu versión. Ni sé si le interesa mucho.

Starke asintió:

—¿Pero no vendrás conmigo?

Ella se volvió como si quisiera eludir la pregunta y, dirigiéndose al Juglar le dijo:

—¿Tú vienes Romna?

El Juglar asintió, cargando el arpa sobre su hombro. Beudag echó a un lado la cortina de una puertecita que había al otro lado de la habitación. Starke la atravesó con Romna tras él y Beudag delante con la bujía. Ninguno hablaba.

Anduvieron por un estrecho pasadizo, atravesando habitaciones y oquedades. Se detuvieron un momento mientras Starke escogía un cuchillo, y Romna susurró:

—¡Esperad!

Se mantuvo a la escucha. Starke y Beudag permanecieron escuchando también. No se oía nada en aquel lugar donde todo parecía dormido. Romna explicó:

—Me pareció oír unas sandalias que se arrastraban por el suelo. Continuaron adelante.

El pasadizo conducía a una puerta de madera, profundizando en la roca, sin dejar entrever por sus lados otros pasadizos o derivaciones del mismo. En algunos trechos había escaleras. El final del pasadizo parecía una pequeña caverna de piedra negra. Beudag dejó la bujía a un lado.

Había dos pequeñas embarcaciones atadas a unos anillos incrustados en la pared. Estaban construidas con un metal muy ligero y dos remos se hallaban apoyados en la pared. Beudag los metió en el bote más próximo. Luego se volvió hacia Starke. Romna desapareció entre las sombras de la boca del túnel.

Beudag dijo tranquilamente:

—Adiós hombre sin nombre.

—¿Tiene que ser adiós?

—Ahora yo soy el jefe, puesto que tengo que reemplazar a Faolan. Además es mi pueblo - Sus dedos se apretaron contra las muñecas de Starke. —Si pudieras...— Sus ojos parecieron adquirir un destello de esperanza, después bajó la cabeza y dijo: —Me olvidaba de que no eres uno de los nuestros. Adiós.

—Adiós Beudag.

Starke la rodeó con sus brazos y encontró su boca. Los brazos de la muchacha le apretaban también con fuerza, con los ojos entornados y soñadores. Las manos de Starke se deslizaron hacia arriba, hasta la garganta y apretaron con fuerza.

Ella se echó hacia atrás, con el cuerpo curvado y tenso como el acero. Por un momento hubo fuego en sus ojos mientras miraba los de Starke. Sus dedos apretaron con fuerza sobre los centros nerviosos vitales y la cabeza de Beudag cayó pesadamente hacia delante, en el momento que Romna cayó sobre la espalda de Starke con la punta del cuchillo sobre su garganta.

Starke le cogió por la muñeca y apartó el cuchillo de su cuello. La sangre corrió por su pecho, pero la herida no había afectado la arteria. Se retiró hacia atrás sobre la roca. Romna no pudo

separarse a tiempo pero no soltó el cuchillo. Starke rodó por la piedra con él. El juglar no era enemigo para él: Era fuerte y ágil, pero la potencia y talla de Starke le superaba enormemente. Starke podía recordar los días en que el juglar no le hubiera parecido pequeño. Golpeó con el puño con todas sus fuerzas sobre la barbilla de Romna. La cabeza chocó con fuerza con la piedra. Soltó el cuchillo. La lucha parecía haber acabado. Starke se levantó. Estaba sudando y respiraba pesadamente y no a causa del esfuerzo. Sentía su boca llena de saliva como la de un perro y sus ojos amarillos tenían una mirada extraña.

Volvió hacia Beudag.

Estaba tumbada de espaldas sobre la roca negra. Starke se puso de rodillas sobre su cuerpo y con todo su peso ahogaba la respiración de la muchacha. La miró. El sudor corría por su rostro y cogió su garganta entre sus manos nuevamente.

Veía las venas que se marcaban sobre la pálida frente y cómo aquellos labios que antes había besado se amorataban. Ella se defendió un poco, pero sin fuerzas, como alguien que se mueve en un sueño. Starke respiraba pesadamente.

Luego, gradualmente, su cuerpo fue tomando rigidez. Sus manos quedaban heladas sin relajar su esfuerzo, pero sin aumentarlo tampoco. Sus ojos amarillos se abrieron de par en par. Era algo como si intentara ver el rostro de Beudag y que éste estuviera escondido por densas nubes.

Tras él, en el túnel, se percibía el susurro de unas sandalias que se arrastraban Teniente sobre la roca. Starke no oía.

Sus manos empezaron a abrirse. Los músculos de sus brazos y hombros parecían cuerdas rígidas como si hubiese estado removiendo grandes pesos. Se mordía los labios. Inclínó el rostro y el sudor resbaló por su cara cayendo sobre el pecho de Beudag.

En esos momentos Starke apenas ya rozaba el cuello de Beudag y ella comenzó a respirar pesadamente.

Starke se echó a reír. No era una risa agradable.

—Rann —susurró ¡Rann, diablesa!

Casi cayó al separarse de Beudag, y cuando se puso en pie fue a apoyarse contra el muro. Se movía convulsivamente.

—No hice uso de tu odio para matar, pero lograste hacerlo de mi pasión.

Estuvo insultándola, con un susurro silbante. Nunca hasta aquel momento había insultado a nadie de aquel modo. Oyó el eco de una risa que bailaba en su cerebro.

Starke se volvió. Faolan estaba de pie en la boca del túnel, e inclinaba la cabeza escuchando con sus oscuros ojos negros fijos en Starke como si le viese.

Faolan dijo en voz baja:

—Te oigo, Starke. Y oigo la respiración de los otros, pero no hablan.

—Ellos están bien. Yo no quise...

Faolan sonrió. Se adelantó, dejando el estrecho pasadizo. Sabía adónde iba y su sonrisa no era agradable precisamente.

—Oí vuestros pasos por el túnel cuando pasasteis cerca de mi habitación. Sabía que Beudag te conducía, y dónde, y por qué. Hubiera llegado aquí antes, pero es un camino muy difícil para hacerlo entre tinieblas.

La bujía estaba entre ambos y sintió su calor cerca de su pierna. Se detuvo para cogerla, pero sólo consiguió tirarla al suelo y todo quedó en la oscuridad. Muy oscuro. Sólo un tenue reflejo del océano penetraba por la boca de la caverna.

Presintiendo que ya todo había quedado en la oscuridad, dijo sin perder la calma:

—No importa. De nada me hubiera servido. Lo importante es que haya llegado a tiempo.

—Faolan...

—Te quería a solas. En esta noche te quería a solas. Beudag lucha en mi lugar, Conan. Mi memoria necesitaba pruebas.

Starke miró a su alrededor midiendo la distancia que le separaba del bote. No quería luchar contra Faolan. En su lugar hubiera experimentado los mismos sentimientos. Starke lo comprendía perfectamente. No odiaba a Faolan, no quería matarle pero temía el poder de Rann, cuando aquélla se apoderaba del control de sus emociones. Starke no se perdonaría nunca si matara a alguien sólo por dar gusto a Rann.

Se movió con todo sigilo, pasando ante Faolan y tratando de alcanzar la embarcación. Faolan no parecía oírle. Starke no respiraba. Sus sandalias se posaban con más suavidad que copos de nieve.

De pronto la mano de Faolan se extendió y fue a tocar el pelo negro de Starke. El ciego se echó a reír y apretó con fuerza.

Starke se dejó caer al suelo. Quería liberarse cuanto antes y salir de allí. Pero Faolan era rápido y se abalanzó sobre Starke. Era de talla superior a la de éste, de más peso, y la oscuridad no le importaba.

Starke apretó los dientes con rabia. ¡Había que darse prisa y salir de allí! Si no era así, aquella gata de ojos verdes...

El golpe brutal de Faolan le tiró al suelo nuevamente. El brazo del ciego aplastaba su cuello y con el otro puño castigaba sin compasión el vientre de su enemigo. Starke consiguió liberarse al fin de aquella situación.

Había luchado en muchos sitios. Había aprendido de los guerreros marcianos las defensas y contraataques más temibles y los ardides más expeditivos y todas las trampas y suciedades de los hombres Nahalí de ojos rojos, pero ahora no hizo uso de su cuchillo, empleó las rodillas, los pies, los codos, sus manos y sus puños. Era un combate magnífico. Faolan era un gran luchador, pero Starke sabía más.

Un golpe más, pensaba Starke. Un golpe más y estará fuera de combate. Se hizo hacia atrás para conseguir aquel golpe decisivo, pero su talón tropezó con Romna que continuaba tendido en el suelo. Perdió el equilibrio y Faolan atinó a alcanzarle de lleno con un golpe certero. Starke cayó hacia atrás contra el muro de la caverna. Su cabeza chocó contra la roca y la luz fue desapareciendo de su cerebro, comenzó a poner se pálido y a enfriarse y se perdió en las tinieblas.

Estaba cansado, terriblemente cansado. Le dolía mucho la cabeza. Quería descansar pero se daba cuenta de que estaba sentado haciendo algo que le apremiaba sin saber por qué. Abrió los ojos.

Se hallaba sentado en el banco de una pequeña embarcación. El largo remo se sujetaba por el centro a la barca y del extremo se asía con fuerza Starke, como si temiese que se le fuera a escapar. La pala del remo se hundía con fuerza en el mar rojo, y allí donde tocaba el metal se levantaba un chisporroteo de fuego plateado y partículas brillantes. La embarcación se movía con rapidez a través de la niebla, a través de las profundidades de la tibia noche venusiana.

Beudag estaba tendida en el suelo frente a Starke. Estaba atada

con tiras arrancadas de su vestido. Unas huellas aparecían confusas en su garganta. Miraba a Starke con la intencionada y perfecta expresión de una tigresa.

Starke se miró a sí mismo. Había sangre en su túnica y una mancha oscura sobre el pecho.

No era sangre suya. Sacó lentamente el cuchillo de su funda. La hoja estaba oscura y todavía conservaba la humedad.

Starke miró a Beudag. Sentía los labios secos y enfebrecidos. Se los mordió y dijo:

—¿Qué ha ocurrido?

Ella sacudió la cabeza despacio y sin hablar.

Un acceso de rabia y desesperación se apoderó de Starke de pronto. ¡Rann! Se levantó dejando el remo abandonado y se puso a desatar las muñecas.

Capítulo IV

Una sombra se fue acercando hacia ellos entre la oscuridad de la noche y el rojo del mar. Era un barco con dos series de pesados remos que hacían saltar chispas de fuego en su movimiento y que llevaba la sombra de una silueta a bordo, que recordaba el cuerpo de una mujer. Una mujer con pelo y ojos de agua marina, se acercó a la embarcación de Starke.

Una escalera de cuerda resbaló por el costado. Había hombres que se alineaban sobre la barandilla, hombres fusiformes, con una piel que daba reflejos como polvo de nieve y el pelo de un color que se confundía con la noche.

Uno de ellos dijo:

—Sube a bordo, Hugh Starke.

Starke volvió al remo. Lo azotó contra el mar haciendo que la embarcación describiese un arco para acercarse al barco de Rann.

En las manos de los hombres aparecieron arcos y en las cuerdas de los arcos afiladas flechas metálicas.

El hombre repitió nuevamente con cortesía:

—Sube a bordo.

Starke terminó de desatar a Beudag. No respondió. No parecía tener ninguna respuesta adecuada en aquel momento. Permaneció atento sobre su embarcación mientras ella subía la escalera, y luego la siguió. El barco quedó a la deriva. El barco de Rann dio media vuelta recuperando velocidad.

Starke preguntó:

—¿Adónde vamos?

El hombre sonrió al responder:

—A Falga.

Starke hizo un gesto como si de antemano hubiera comprendido

la respuesta. Descendió con Beudag a una cabina donde habían mullidos cojines cubiertos de seda y cuadros de madera negra maravillosamente pintados con fantásticas escenas, que representaban el pasado del pueblo de Rann. Se sentaron uno frente a otro pero manteniendo completo silencio.

Divisaron Falga al amanecer, una ciudad con arrecifes de basalto que se elevaban sobre el rojo y ardiente mar, con un ancho brazo que dibujaba una bahía repleta de barcos. A lo lejos se divisaban campos verdes y más allá, confundida entre las tinieblas de Venus, la Montaña de la Blanca Nube. Starke deseó no haber visto nunca la Montaña de la Blanca Nube. Luego, mirándose las manos largas y fuertes, apoyadas sobre sus caderas, se dijo que no estaba seguro de lo que acababa de pensar. Pensó en Rann que estaría esperándole. La rabia y la incertidumbre se confundieron en una violenta emoción que le dejó muy nervioso.

Beudag estaba sentada tranquila esperando. Del largo barco empezaron a saltar las maromas, a medida que se acercaba a un espacioso embarcadero. Los hombres se apresuraban por terminar las faenas.

Starke y Beudag saltaron a tierra. Igual podían ser prisioneros que invitados de honor, rodeados de una escolta de hombres que vinieron con ellos en el barco. Las oscuras calles dejaban atrás la bahía, zigzagueando y subiendo hasta la cima de los arrecifes. A ambos lados había casas. Había empezado a llover pero pese a ello una gran multitud se agolpaba a su alrededor.

Algo había de extraño en todo aquello. Al cabo de un rato Starke se dio cuenta de que todo guardaba un gran silencio. Aquella horda humana, ni reía, ni cantaba ni chillaba. Ni siquiera los niños emitían un susurro. Comenzó a sentirse enfermo. Había una mirada en aquellas gentes...

Miró a Beudag y continuaron.

El final de aquellas calles conducía a unas galerías excavadas sobre el arrecife y los acompañantes de Starke les introdujeron por ellas. Fueron pasando de una a otra, y por algunos resquicios se divisaba el mar abierto. Había la misma masa de gente, la misma rigidez y el mismo silencio. Todos los ojos miraban con atención los pies que se movían descalzos furtivamente por la piedra. Desde uno de los lados, un niño lloró tímidamente, pero al momento se vio

acallada su interrupción.

Terminaron saliendo a lo alto del arrecife, al aire libre. Había una ciudad con amplias calles adornadas con árboles; pequeñas casas de piedra negra rodeadas de jardín donde salpicaban las flores. Hombres y mujeres desnudos trabajaban en los Jardines o limpiaban de maleza y suciedad las avenidas, o bien caminaban de prisa desliziéndose furtivamente por las calles principales, para desembocar en otras arterias menos importantes.

El grupo se alejó del mar dirigiéndose hacia el palacio de ébano que descansaba como una corona por encima de la ciudad. La lluvia resbalaba sobre el cuerpo desnudo de Starke, y desde la altura en que se hallaban, se podía percibir el olor del agua de lluvia a través del perfume de las flores. Se podía oler a Venus en la lluvia, primitiva y salvaje, con una fecundidad gigantesca y con flores de pasión en sus manos extendidas.

Entraron en el palacio de Rann.

Ella les recibió en la misma habitación donde condujeron a Starke tras el hundimiento de su nave espacial. A través de la amplia arcada, Starke divisó el alto lecho donde su cuerpo descansó antes de que la vida se fuese de sus miembros. Rann les contemplaba plácidamente desde un alto cojín empotrado en el muro. Sus largas, torneadas y preciosas piernas se extendían sobre sus suaves sedas negras. Llevaba en esta ocasión una túnica amarilla. Sus ojos eran como siempre verdosos, vivos, secretos y peligrosos.

Starke dijo:

—De modo que conseguiste de mí lo que te habías propuesto.

—Y tú estás enojado —rió mostrando la blancura de sus dientes perfectamente afilados. Su mirada se enfrentó a la de Starke. No había nada de casual en ello.

Beudag se mantenía como una estatua de bronce, con los brazos cruzados por debajo de su desafiante y desnudo pecho. Dos de los guardias del palacio de Rann estaban atentos tras ella.

Starke se encaminó hacia Rann.

Ella contemplaba cómo se le acercaba, dejándole aproximarse lo suficiente, como para poderla tocar si lo deseaba. Dijo con timidez:

—¿Es un buen cuerpo, verdad?

Starke la miró por un momento y luego se echó a reír. Su risa

era histérica, algo convulsivo que ni él mismo podría explicar después. De pronto se detuvo, miró directamente a los ojos de Rann y dijo:

—No te conozco.

Ella asintió.

—Nos conocemos mutuamente. Siéntate, Hugh Starke. —Echó sus piernas a un lado para hacerle sitio, y miró a Beudag. Starke se sentó. Él, sin embargo, no tuvo una mirada para Beudag.

—¿Atacará ahora tu pueblo? —preguntó Rann.

Beudag no se movió ni pestañeó, antes de responder:

—Si Faolan muere, sí.

—¿Y si no es así?

Beudag pensó un poco antes de responder:

—Entonces —dijo tranquilamente— esperarán.

—¿Hasta que haya muerto?

—O hasta que tengan que atacar —dijo con altivez Beudag.

Rann asintió. Luego, dirigiéndose a los guardias, dijo:

—Velad porque esta mujer sea alimentada y se le trate lo mejor posible.

Beudag y su escolta se disponían a marcharse cuando Starke dijo:

—¡Esperad!

Los guardias miraron a Rann, que accedió mirando inquisitivamente a Starke. Entonces éste preguntó:

—¿Ha muerto Faolan?

Rann dudó, pero al fin sonrió y respondió:

—No. Eres muy mal pensado Starke. Le golpeaste con mucha fuerza pero no lo suficiente. Puede morir, pero aún... No, no está muerto. —Se volvió hacia Beudag y le dijo con cierta ironía:

—No debes tener ningún resentimiento contra Starke. Yo soy la única que debería estar enfadada. —Volvió los ojos hacia Starke, pero éstos no daban muestra de estar encolerizados.

Starke dijo:

—Hay otro asunto, Conan, o el que era Conan antes de ocurrir lo de Falga.

—El Conan de Beudag.

—Sí. ¿Por qué traicionó a su pueblo?

Rann le miró sorprendida con sus labios pálidos curvados y sus

blancos dientes resplandeciendo. Luego volvióse a Beudag, la que continuaba allí como una estatua, aunque sus ojos no eran precisamente los de una imagen.

—Conan o Starke —dijo ella— pero Beudag continúa siendo Beudag, ¿no es verdad? Pues bien, te lo diré. Conan traicionó a su pueblo porque yo me lo propuse que lo hiciera. Me apoderé de su mente y le obligué. Se defendió y luchó desesperadamente, pero no era tan duro como tú, Starke.

Se hizo el silencio y por primera vez desde que entraron en la habitación, Starke miró a Beudag. Al cabo de un momento ella suspiró, alzó la cabeza y sonrió profunda y desmayadamente. Los guardias caminaban tras ella, pero ninguno mantenía un paso tan firme y resolutivo como Beudag.

—Bueno —dijo Rann cuando su enemiga hubo salido— ¿qué me cuentas de Hugh Starke llamado Conan?

—¿Qué voy a contar y qué puedo hacer?

—Yo siempre me guardo la última carta para mí.

—Entonces devuélvemela y deja que me vaya de aquí.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? ¿Podrías quedarte un poco más?

—¿Contigo?

Rann alzó los hombros con indiferencia:

—No te prometo la mitad de mi reino, ni parte de él, pero podrías pasártelo perfecta y estupendamente.

—No tengo ningún sentido del humor.

—¿Y ni siquiera quieres ver lo que le ocurre a Crom Dhu?

Starke se levantó y respondió malhumorado:

—Al demonio con Crom Dhu.

—Y Beudag.

—Y Beudag. —Se detuvo de pronto mirando los ojos de Rann que estaban inescrutables. No. Beudag, no. ¿Qué vas a hacer con ella?

—Nada.

—Nada. No me mientas.

—Te lo repito, nada. Cualquier cosa que hiciera yo, sería por deseo de su pueblo.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que durante unos cuantos días descansará y

estará bien alimentada y atendida. Luego la embarcaré en mi propio barco y reuniré a toda la flota ante Crom Dhu. Beudag será instalada confortablemente en el mástil mayor, de modo que su pueblo la pueda ver perfectamente. Estará allí hasta que su pueblo se rinda y de su pueblo dependerá su permanencia en el mástil. Se le dará poca agua pero la suficiente.

Starke la miró sorprendido durante algún tiempo y luego escupió deliberadamente sobre el suelo diciendo con voz ronca:

—¿Cuándo puedo salir de aquí?

Rann se echó a reír.

—Humanos —continuó— sois divertidos. Pienso que nunca llegaré a comprenderlos. —Extendió la mano e hizo sonar un «gong» que se hallaba a su alcance. La nota profunda del «gong» tenía algo de nostalgia y Rann se dejó caer nuevamente sobre el cojín de sedas y brocados, suspirando.

—Adiós, Hugh Starke.

Hubo una pausa para luego repetir con pesar:

—Adiós, Conan.

Hacía un tiempo espléndido sobre las aguas del Mar Rojo. Uno de los barcos de Rann les había llevado hacia la parte sur dejándoles en una playa inhóspita bajo los arrecifes. Desde allí dirigieron hacia una elevación rocosa del terreno. En el grupo iba Hugh Starke y cuatro arrogantes guerreros de Rann. Hacían a la vez de guía y escolta. Eran corteses y no se oponían si Starke se detenía, o bien por el contrario sentía como si el demonio espolease sus talones. La única diferencia era que ellos iban armados y él no.

De cuando en cuando, Starke sentía cómo el espíritu de Rann arañaba el suyo rozándole con delicadeza, como si lo hiciera con la garra de un gato. Otras veces despertaba de sus sueños con la imagen de aquella mujer en su imaginación, con los labios salpicados de burla y con una secreta sonrisa. No le gustaba en absoluto.

Le gustaba menos esto que permanecer con ella directamente despierto o durmiendo. Sin embargo, le tranquilizaba la imagen de la otra mujer.

—Se le dará agua —había dicho Rann - No mucha pero la

suficiente.

A la quinta noche, uno de los hombres de Rann habló tranquilamente alrededor del fuego:

—Mañana —dijo— llegaremos al sendero.

Starke se levantó alejándose del grupo. Se sentó. La niebla rojiza le envolvía como un manto de sangre. Pensó en la sangre que llevaba en el pecho de Beudag, el primer día que la vio. Pensó también en la sangre de su cuchillo, ennegrecida y seca. En la sangre que había corrido en poco tiempo en Crom Dhu. La niebla tenía que ser forzosamente roja, dedujo en sus pensamientos. De entre todos los colores del universo tenía que ser roja forzosamente. Roja como el cabello de Beudag.

Apretó con las manos sus sienes y deseó con todas sus fuerzas no haberse separado nunca de su antiguo cuerpo. Tenía un espíritu mucho más terco, había dicho Rann. Sí, había tenido que ser terco. Había sido siempre muy terco. Las pocas mujeres con quienes había tratado en su vida, así se lo habían dicho. Pero con su antiguo cuerpo no había tenido nunca problemas.

Y ahora sin embargo los tenía.

Al día siguiente llegarían al sendero.

Agua. Le darían agua. No mucha pero lo suficiente.

Conan se levantó, se asió a un saliente de la roca y sus músculos se marcaron en su cuerpo ostensiblemente.

—¡Oh, Dios! —susurró - ¿qué es lo que me ocurre?

Amor.

No era Dios precisamente quien había respondido. Era Rann. La vio con toda nitidez en su mente oyendo su voz como una campana de plata.

—Conan era un hombre como Hugh Starke. Lo tenía todo, cuerpo, corazón y cerebro. Sabía cómo amar, y para él no había mujeres, sino una mujer cuyo nombre era Beudag. Yo le destruí, pero no fue fácil. A ti no puedo destrozarte.

Starke se mantuvo de pie durante largo rato sin moverse, a no ser por los temblores que azotaban su cuerpo.

Se volvió por el sendero rocoso, hacia el lugar donde habían acampado. Los cuatro hombres que vestían el uniforme de las tropas de Rann, salieron de la oscuridad de la noche y le rodearon. Las puntas de sus espadas brillaban con destellos plateados.

Starke no llevaba sobre él más que la túnica y las sandalias y un manto de espeso tejido que le servía para protegerse de la lluvia.

—¿Os envía Rann? —les preguntó.

Ellos asintieron.

—¿Para matarme?

Asintieron nuevamente. La sangre pareció desaparecer de pronto del rostro de Starke, dejándole pálido al escuchar la respuesta. Su mano se dirigió hacia la garganta para desatar el manto.

Los cuatro hombres se acercaron a él como en una danza macabra.

Starke extendió su manto y lo ondeó en el aire con fuerza a modo de un látigo. Les dejó confundidos durante un segundo pero fue suficiente. Starke desarmó de un sólo movimiento a dos de los hombres, y tras ello se hizo a un lado. Aprovechándose de la confusión del momento, cogió a uno por las piernas y se sirvió de él a modo de escudo y arma defensiva.

Aquel cuerpo era muy ligero, como si los huesos que formaban su armazón, no fueran más que rígidas membranas como las de un pez.

No obstante, de haber continuado luchando, hubiesen terminado con él en unos segundos. Eran hombres hechos a la lucha y rápidos. Por esto Starke no se quedó y aprovechó el momento oportuno para huir. Ellos corrían desaforadamente detrás de sus talones, con la punta de sus espadas casi rozando su cuerpo, pero al fin consiguió perderlos. Siguió el camino que marcaba el sendero rocoso y sin separarse nunca de la vista del mar.

El sobrealiento parecía que iba a hacerle saltar los pulmones. Le estallaban los oídos. Se llevó las manos a la cabeza, apretándolas fuertemente con los pulgares. Estaba en la parte alta de los arrecifes. Inclínó la cabeza hacia delante y vio cómo el mundo se desplomaba a sus pies. Cayó sobre la superficie del mar.

No hubo choque en su contacto con el océano.

Todo era como un fuego que se elevaba a su alrededor acariciando su cuerpo y levantando chispas. Parecía que había perdido todo su peso, como si su carne se hubiera convertido en fuego. No tuvo reacción alguna, sólo una sensación sugestiva de ahogo. Tenía la impresión de haber caído en un lecho de aire comprimido. Starke se percataba de las vueltas que iba dando en

aquella caída que lentamente le llevó hasta el fondo.

Más que un fondo, parecía un mundo cristalino que tenía el aspecto de un bosque.

Podía verlo todo, avanzando lentamente por el suelo de aquel océano y dirigiéndose hacia las sombras rojizas de la distancia. Había momentos en que su configuración recordaba delicadas ramas de un árbol, sin hojas y frutos.

No podría explicar las sensaciones que experimentaba. Nada se movía entre los troncos. Todo era quietud.

Se apercibió de que podía nadar con toda facilidad. O tal vez era más apropiado decir que volaba. El denso gas le remontaba hacia la superficie casi balanceando el peso de su cuerpo, de tal manera, que era fácil avanzar en todas direcciones cogiéndose a una de aquellas ramas cristalinas y darse impulso para llegar hasta la siguiente.

Profundizó más y más en el corazón de aquel océano sur, pero nada se movía. Aquel bosque ferial se abría ilimitadamente por todas partes. Starke tenía miedo.

De pronto la imagen de Rann asaltó su mente. Su rostro que percibía con toda perfección, adoptaba un aspecto burlesco.

—Voy a ver cómo mueres, Hugh Starke, pero antes te enseñaré algo. Mira.

Su rostro se ensombreció y en su lugar apareció Crom Dhu. La ciudad se veía perfectamente entre la niebla rojiza, grandes barcos hundidos y destrozados y toda la flota de Rann rodeando la ciudad en un círculo radiante.

Había un barco que destacaba sobre todos. El barco capitán. La atención de Starke se concentró particularmente en éste y en el mástil principal y en la mujer que había sobre el mismo, desnuda, rígida, con todo el cuerpo atado por recias cuerdas. Una mujer de pelo rojizo soltado al viento, con unos ojos azules que miraban como un halcón hacia Crom Dhu.

Beudag.

La risa de Rann cubrió todo el panorama y su voz sonó como una cascada de agua helada:

—Hubieras hecho mejor —decía— en dejarte matar cuando envié a mis soldados a que lo hicieran.

Ella se fue y la imaginación de Starke quedó fría y vacía como la de un muerto. Se halló nuevamente entre las ramas cristalinas y

mirando atentamente en la dirección donde antes se desarrollaban las horribles escenas.

Nunca hasta aquel momento había gritado o rezado, movido por el temor, pero ahora lo hizo.

Parecía no transcurrir el tiempo, en aquellas confusas aguas del mar. Quizás hacía unos minutos o tal vez horas que estaba allí, cuando se dio cuenta de que le perseguían.

Había tres hombres deslizándose suavemente entre las aguas y ocultándose entre las ramas. Tenían los cuerpos plateados y casi fosforescentes y de gran talla, con unos ojos muy brillantes en sus rostros afilados. Poseían cuatro miembros que podían ser piernas y brazos y que escondían perfectamente en su cuerpo. Tenían membranas plateadas que descendían desde la cabeza hasta la espalda y que movían a modo de aletas, al propio tiempo que también movían con soltura la cola.

Se podían haber acercado a él fácilmente, pero no parecían tener prisa alguna en hacerlo. Starke tuvo la precaución de no darse por apercibido, Aparentando no querer alejarse de allí. Continuó vigilándoles en apariencia con toda tranquilidad. Descubrió que las ramas cristalinas podían romperse, y escogió una de ellas bastante afilada y se la puso bajo el cinturón a modo de espada. No tenía la esperanza de que le pudiera servir de mucho, pero le hacía sentirse más protegido.

Se preguntaba por qué no se sucedían los acontecimientos con más velocidad y terminaba todo. Aquellos hombres que le seguían, parecían estar bastante hambrientos a juzgar por el modo que tenían de mostrarle los dientes, pero continuaban guardando la misma distancia, en una especie de formación decreciente, de tal modo que cada vez que uno de ellos hacía movimiento de acercarse a él, volvía a retroceder como si estuviera impulsado por algo extraño. No parecía sino que estuvieran cazando...

La verdad era que no le estaban dando caza, sino que le estaban cercando y de ese modo le conducían hacia un lugar establecido de antemano.

No podía hacer nada por evitarlo. Intentó detenerse, pero entonces ellos se abrieron en abanico operando de un modo perfecto. Mientras Starke hubiera tratado de desembarazarse de uno de ellos con su improvisada arma, los otros hubieran arremetido con él

como perros guardianes lo hicieran a un ladrón furtivo.

Starke se rindió a lo inevitable y se dejó conducir hacia el lugar que ellos indirectamente le indicaban.

Al cabo del rato oyó una música.

Parecía proceder de un arpa, con una extraña vibración en sus notas.

Los tres hombres parecían contentos de llevar a cabo su hazaña y tenían ahora más prisa por llegar a su fin, abriendo sus aletas plateadas, y moviéndose con más agilidad y seguridad que antes.

Starke notaba cómo aquellas vibraciones repercutían en él, haciendo vibrar todas las libras de su cuerpo.

Decidió moverse con más rapidez, no a causa de los sabuesos que le perseguían, sino porque le pareció mejor obrar así. Aquel temblor de su carne le ponía nervioso y comenzó a respirar con más fuerza, en parte a causa del esfuerzo y además a causa de la composición del aire.

Llegó a un lugar donde le pareció que la luz era más roja, de vivacidad, pero sabía que se estaba acercando a la fuente de procedencia.

Vio un grupo compuesto por más de cien sabuesos plateados. Vio al jefe con el arpa silenciosa entre sus manos.

El grupo se movía imperceptiblemente, lleno de fosforescencia.

Cien, doscientos guerreros aparecieron desde otros lugares, por parejas, uno por uno, o bien en tupidos grupos. Todos ellos se movían en completo silencio, dejándose arrastrar por las plácidas oleadas rojizas.

El jefe se puso en pie. Sus agudos ojos de verde agua marina encontraron los de Starke. Su mano plateada se dirigió hacia las cuerdas del arpa y dio un golpe sobre ellas. La reverberación del golpe se extendió y alcanzó a Starke en una sacudida. Aquel golpe le desarmó de la daga cristalina.

Sus ojos se llenaron de fuego. Perdió el control muscular. Quiso luchar, pero se sintió impotente. Aquel jefe era uno de los de la tribu marina que había venido a verle y de un modo o de otro lo conseguiría.

Starke se preguntaba si todos aquellos guerreros estaban muertos o vivos. Pero aún le esperaba otra sorpresa.

Eran hombres de Rann. Hombres de Falga. Hombres plateados

con ardiente pelo verde. Hombres de Rann. Uno de ellos erraba sin dirección fija de un lado a otro, dejándose arrastrar de una a otra ola. Parecía muerto.

¿Qué tenían que ver las tribus del mar con los guerreros de Falga?

Un grupo innumerable pasó junto a él lentamente y por un momento se sintió rodeado. Algunos cuerpos le rozaron. Cuerpos fríos. Tuvo ganas de gritar, pero las cuerdas vocales se contrajeron aunque en su imaginación tuvo eco el grito:

—¿Estáis vivos hombres Falga?

No hubo respuesta. Les miraba a los ojos y nada podía deducir. Se habían olvidado de Falga. Habían olvidado a Rann por quien tantas veces levantaron su espada. Sus lenguas balanceándose en la boca no pedían otra cosa sino el sueño. Y lo estaban realizando.

El arpa habló y los hombres marinos obedecieron. Volvió a hablar y aquellos seres se movieron inquietos como en una pesadilla. Los sonidos de un coro llegaron hasta Starke y sus manos se crisparon.

—... y la muerte volverá otra vez...

La música les acompañaba.

—... y los hombres de Rann se levantarán de nuevo, pero esta vez contra ella...

Starke tuvo tiempo de sentir algo como un escalofrío, antes de que la corriente le transportase. Un sordo murmullo de cuerpos moviéndose a la vez, se levantó a su lado, y la muerte, los inmusculados guerreros de Falga, trataban de pasar junto a él, todos al mismo tiempo.

Capítulo V

Starke se quedó solo. Los guerreros de Falga se habían ido hacia un lugar subterráneo y se desvanecieron. Después el jefe con el arpa y sus hombres plateados tras él, le condujeron hacia un pasadizo que desembocaba en una amplia habitación redonda toda de piedra. A la altura del techo, había peces que se movían continuamente de un lado a otro. Su brillante fulgor daba luz a la habitación. Habían estado allí, reproduciéndose, comiendo y muriendo durante mil años, y continuarían allí reproduciéndose y muriendo mil años más.

Los sonidos del arpa fueron muriendo hasta que sólo quedó de ellos un murmullo.

Starke tomó pie firme. La fuerza volvió a él.

Podía ver bien al hombre en el centro de la habitación. Muy bien.

El hombre se mecía entre las olas de fuego. Sus piernas estaban atadas con cadenas de bronce para que no pudiera escapar. Su cuerpo lo pedía. Y flotaba.

Hacía mucho tiempo que había muerto. Debido a la descomposición se había convertido en algo gaseoso y quería elevarse a la superficie del Mar Rojo. Las cadenas se lo impedían.

Era uno de los hombres de Faolan. Uno de aquellos que habían ido a Falga a causa de Conan.

Se llamaba Geil.

Starke le recordaba. Lo que había en él de Conan recordaba aquel nombre.

Los labios muertos se movieron.

—Conan. Qué agradable sorpresa. Conan. Te doy la bienvenida.

Todo en aquel ser, incluso las palabras, reflejaban la muerte. Los labios se movieron nuevamente.

—Fui a Falga para ti y Rann, Conan. ¿Recuerdas?

Parte de Starke lo recordaba y se conmovía con agonía.

—Estamos todos aquí, Conan. Todos los nuestros. Cley y Mannt y Bron y Aesur. ¿Recuerdas a Aesur que doblaba los metales más duros con los dedos? Aesur está aquí, grande como un monstruo marino, esperando en un nicho. Los seres marinos nos coleccionan. Nos coleccionan con un propósito irónico. ¡Mira!

El dedo deshuesado se extendió en una dirección. Los ojos de Starke se desorbitaron. La parte de él, que pertenecía a Conan, dio un grito. Conan tenía tanto de él y él tanto de Conan, que era imposible la separación. Habían crecido juntos, como una perla en la arena crece junto a otra. Starke gritó.

En la antesala de aquella habitación circular había más de mil hombres.

En filas de cincuenta en fondo, pegados hombro con hombro. Los hombres de Crom Dhu miraban con ojos de muerte a Starke. De cuando en cuando, un rostro se le hacía familiar. A su memoria acudían, antiguos recuerdos que venían acompañados de nombres.

¡Bron! ¡Cley! ¡Aesur!

Todos ellos estaban encadenados como Geil. Geil susurró:

—Hemos hecho un pacto con los hombres de Falga.

Starke se echó hacia atrás.

—¡Falga!

—En la muerte todos los hombres son iguales. —Le costó decirlo. No tenía prisa. Los cuerpos muertos bajo el mar nunca tienen prisa. Mañana nos lanzaremos contra Crom Dhu.

—¡Estáis locos! Crom Dhu es vuestra patria. Es la patria de Beudag y Faolan...

—Y... —interrumpió Geil— de Conan, ¿eh? —Se echó a reír—. Especialmente de Conan. Conan que nos hundió en Falga...

Starke se movió con rapidez. Nadie podía detenerle. En un momento arrancó el arma que colgaba del cuerpo de Geil.

Fríamente, sin inmutarse, la voz de Geil se dejó oír:

—Mátame, despedázame. Me puedes dar la muerte que quieras. Hazme trizas. Haz de carnicero. Un costado, una mano, el corazón. Y mientras lo haces te explicaré nuestro plan.

Lleno de cólera, Starke se abalanzó contra aquel extraño ser. Con ciega violencia le golpeó repetidas veces, mientras el cuerpo

atacado recibía Inmutable los golpes, diciendo al mismo tiempo como la cosa más natural:

—Saldremos del mar para dirigirnos a las puertas de Crom Dhu. Romna y los otros mirarán, nos reconocerán y nos abrirán las puertas de la ciudad de par en par para darnos la bienvenida. ¡Piensa en la sorpresa, Conan! En el momento en que Bron y Mannt y Aesur y yo y ¡tú mismo!, sí, tú mismo, Conan, volvemos a Crom Dhu.

Starke vio como en un cuadro la perspectiva que le anticipaban. Se echó hacia atrás buscando aire para respirar. Algo le ahogaba. Veía las heridas que su espada había causado en el cuerpo de Geil. Era horrible y sin embargo su cuerpo seguía inmutable. Pensó en la felicidad, en la emoción de Faolan y Romna, al ponerse en contacto con antiguos camaradas que volvían. Viejos compañeros que hacía mucho tiempo que habían muerto y que volvían para ayudarles.

Con rabia incontenible, Starke lanzó un golpe mortal sobre su enemigo.

La cabeza de Geil separada del cuerpo, comenzó a flotar lentamente remontándose hasta el techo. En su ascenso, tan pronto miraba al rostro de Starke como mostrábale la parte posterior de la cabeza, continuó su discurso de pesadilla.

—Y entonces, una vez dentro de las puertas de la ciudad, ¿qué ocurrirá, Conan? ¿Te lo imaginas? ¿Puedes imaginarte lo que haremos, Conan?

Starke miraba sin dirección fija, con la espada temblando en su mano. La voz de Geil se volvió a oír de nuevo, aunque esta vez más lejos:

—... Mataremos a Faolan en su habitación. Morirá con la sorpresa dibujada en los labios. El arpa de Romna la meteremos en sus propias entrañas. Los últimos latidos de su corazón pulsarán las cuerdas que darán las notas más tristes. En cuanto a Beudag...

Starke intentó pensar en otra cosa, separar sus pensamientos de todo aquello. El cuerpo de Geil ya no era nada digno de ver, pues se había ensañado cuanto pudo con él.

La cabeza de Geil descansaba como si estuviese suspendido del techo y, al verlo, Starke no pudo reprimir un gesto de ansiedad y disgusto, al propio tiempo que decía:

—¡Mataréis a vuestro propio pueblo!

La cabeza suspendida del techo respondió:

—¿Nuestro pueblo? Pero si no tenemos pueblo. Ahora somos otra raza. La muerte. Pertenecemos a la raza del fondo del mar.

Starke miró a su alrededor y luego al muro circular.

—De acuerdo —dijo, sin inflexión en su voz—. Ven. Donde quiera que estés escondido sal y ven aquí. Ven y habla claro.

Como respuesta, una parte de las piedras que recubrían el muro cayó sin que por ello se rompiera el silencio. Starke vio una mesa delgada de fino mármol negro. Seis figuras estaban sentadas tras esa, sobre sillas esculpidas que parecían tronos.

Eran todos hombres, desnudos de medio cuerpo para arriba. El resto estaba recubierto de una fina película. Miraron a Starke, sin reflejar en sus gestos ni odio ni curiosidad. Uno de ellos llevaba consigo un arpa. Era el que le había introducido en aquel recinto. Distraídamente pulsaba las cuerdas con sus dedos y éstas emitían un sonido claro.

Aquel hombre detuvo el impulso que Starke se había dado para dirigirse hacia ellos con un fuerte y agudo sonido del arpa.

El arma que tenía en sus manos teñida de rojo por la sangre de Geil, le cayó de las manos.

El hombre comenzó a hablar:

—¿Y luego? —dijo, como si continuara la conversación de Geil.

—Luego conduciremos a los guerreros muertos de Rann hacia Falga. Allí, la gente de Rann, viendo a los guerreros, se sentirán muy contentos, casi con una alegría histérica de ver nuevamente a sus amigos y parientes que vuelven. Entonces entraremos en las defensas de Falga, y la muerte entrará con nosotros, disfrazada de resurrección.

Starke asintió despacio, llevándose una mano a la mejilla:

—A esto en la Tierra le llamamos sicología. Buena sicología. ¿Pero conseguiréis engañar a Rann?

—Rann estará con los barcos en Crom Dhu. Mientras ella no esté, la población inocente se dejará caer en las manos de los guerreros perdidos, con todo contento. El jefe parecía divertido con la explicación que estaba dando. Parecía un joven de diecisiete años. Pero Starke no sabía la verdad, pues aquel joven tenía al menos dos centurias. Así es como se vive, y así se tiene el aspecto cuando se está bajo las aguas del Mar Rojo. Había algo en sus

emanaciones que conservaba la juventud.

Starke entrecerró los ojos y dijo pensativamente:

—Lo tenéis todo muy bien preparado. Ganaréis la partida. ¿Pero qué significa Crom Dhu para vosotros? ¿Por qué no os limitáis a atacar, a Rann? Ella que es una de los vuestros, la odiáis más que a las gentes de Faolan. Sus antepasados abandonaron el mar para vivir en la tierra firme y nunca habéis olvidado esta injuria...

El Jefe se encogió de hombros:

—En realidad no sentimos odio, verdadero odio, por Crom Dhu. Únicamente que son por naturaleza gentes de tierra, que poseen barcos y les gusta la guerra. Quizá un día les gustaría intentar el atacar nuestros territorios bajo el mar...

Starke extendió la mano:

—Nosotros también estamos luchando contra Rann. ¡No olvidéis que estamos de vuestra parte!

—Pero nosotros no estamos del lado de nadie, excepto del nuestro. De modo, que bienvenida la armada que quiera atacar a Crom Dhu.

—Veo que no hay nada que os haga retroceder en vuestros planes.

—No. Lo hemos pensado mucho. Hemos trabajado en ello mucho tiempo preparando nuestro plan y perfeccionándolo. Nosotros no valemos mucho fuera del agua. Necesitábamos cuerpos que pudieran hacer nuestras veces y nuestro trabajo. Así que, cada vez que Faolan perdía un barco, o lo perdía Rann, nosotros nos manteníamos a la espera con nuestros sabuesos plateados. Recogíamos todo lo aprovechable. Esperamos hasta tener suficientes guerreros de cada bando. Ellos lucharán por nosotros, aunque por poco tiempo. La fuente de energía les dará un aspecto de vida. Una momentánea habilidad eléctrica que les encaminará hacia el combate, pero una vez fuera del agua, no durarán más de media hora, aunque será tiempo suficiente, una vez las puertas de Crom Dhu y Falga estén abiertas.

Starke dijo:

—Rann encontrará algún medio de zafarse de vosotros. Id, primero sobre ella y atacad Crom Dhu al día siguiente.

Los de la mesa deliberaron:

—Pretendes engañarnos, si bien reconocemos que tu proposición

tiene sentido. Rann es más importante. De modo que primero caeremos sobre Falga y de esa manera tendréis un poco más de tiempo para confiar en falsas esperanzas.

Starke se sintió mal nuevamente. La habitación le daba vueltas.

Suavemente, con entera delicadeza, Rann se apoderó de su espíritu nuevamente. Sus ojos de agua marina reflejaban deseo e incertidumbre.

—Hugh Starke, ¿estás de parte de los del mar?

Su voz era suave. Él sacudió la cabeza.

—Dime Hugh Starke, ¿por qué formas un complot contra Falga?

Él no respondió. No pensaba en nada y cerró los ojos.

Las uñas de Rann arañaron en su cerebro.

—¡Dímelo!

Rann reía sarcásticamente, acercándose más y más, hasta que el cerebro de Starke se llenó del maravilloso cuerpo de Rann.

—No respondes. De acuerdo. Yo te di el cuerpo de Conan. Ahora te lo quitaré.

Miró a Starke de un modo extraño, con un rictus sensual en sus labios y mostrando sus afilados y nacarados dientes:

—¡Vuelve a tu antiguo cuerpo! ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo, Hugh Starke! —y continuó: ¡Vuelve! ¡Deja a Conan en su imbecilidad! ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo!

El miedo le inundó y estaba temblando. Se podía luchar contra un hombre con una espada, pero cómo se podía luchar contra alguien que se apoderaba del cerebro de uno. Sus labios temblaban. Estaba chillando pero no se oía a sí mismo. Aquella voz de Rann parecía llegarle desde el fondo del universo destruyéndolo.

—¡Hugh Starke! ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo!

Su antiguo cuerpo estaba muerto. Y ella le devolvía a él.

Su mente se nubló y perdió el conocimiento.

Capítulo VI

Yacía en la parte llana de una montaña desde donde no habría mucho trecho hasta Falga. Una niebla rojiza serpenteaba a su alrededor. Estaba en su antiguo cuerpo.

Se sentía otra vez pequeño y feo. Le dolía la garganta. El frío, la oscuridad, la nada, se le había echado encima. Estaba de nuevo en su antiguo cuerpo. Para siempre.

No quería.

—Esto no es más que el comienzo —le decía Rann—. La próxima vez te abandonaré en este cuerpo y en este llano de la montaña. Y ahora, ¿me quieres decir cuáles son los planes del pueblo del mar? Continuarás viviendo en el cuerpo de Conan y será tuyo si me lo dices. Me supongo que no quieres morir.

Starke intentó razonar lo mejor posible en aquellos momentos, pero no veía la solución. Al fin susurró:

—Si te lo digo tampoco respetarás el cuerpo de Beudag.

—Su vida a cambio de lo que sabes, Hugh Starke.

Aquella respuesta de Rann era demasiado débil. Sonaba a traición y Starke no la creyó. Prefería morir. Esto lo resolvería todo y al menos Rann moriría también, cuando las gentes del mar llevasen a cabo su estrategia. La revancha merecía la pena.

De pronto se le ocurrió algo.

Se echó a reír débilmente, levantando la cabeza y mirando al Jefe de los del mar. Su pequeño diálogo con Rann no había requerido más de diez segundos, pero le habían parecido cien años. El jefe de los del mar se adelantó.

Starke intentó levantarse.

—Tengo que hacerte una proposición; a ti, el del arpa. Rann está dentro de mí. Ahora mismo, lo está. Si no me garantizas la

seguridad de Crom Dhu y Beudag, le contaré todo cuanto sé de vuestros planes.

El Jefe de los del mar sacó un cuchillo.

Starke sacudió la cabeza tranquilamente.

—Quita eso de ahí. Aunque consiguieras hundirlo en mi pecho no evitarías por eso que llegase a tiempo de decírselo todo a Rann.

El Jefe bajó la mano. Sabía lo que hacía.

Rann apareció nuevamente en el cerebro de Starke.

—¡Dímelo! ¡Dime sus planes!

Se sintió como un hombre en una puerta giratoria, pero dábase cuenta que aquellos hombres estaban asustados, que dudaban y estaban nerviosos.

—Moriré dentro de un minuto —decía Starke—. Prométeme la seguridad de Crom Dhu y moriré sin decirle nada a Rann.

El jefe de los del mar dudó, pero al fin levantó la mano y dijo:

—Te lo prometo. No tocaremos a Crom Dhu.

Starke respiró. Dejó caer la cabeza hacia delante hasta que tocó el suelo.

—Me alegro del trato que acabo de hacer. Decirle a Rann que le deseo la peor de las muertes.

Mientras se hundía en la más profunda de las oscuridades, vio cómo Rann le esperaba y débilmente le dijo:

—Muy bien duquesa. Me hubieras matado aunque te hubiera dicho los planes de los del mar. Estoy preparado. Ya puedes arrojarme a mi antiguo cuerpo. He luchado contra ti hasta el último momento.

Rann chilló. Era un chillido frustrado. Luego empezaron los dolores. El minuto que siguió trabajó mucho la mente de Starke.

El olor a carne putrefacta se extendió a su alrededor y Starke pronunció una última palabra, antes de que las tinieblas cayesen sobre él.

—Beudag.

No esperaba volver a despertar de nuevo.

Sin embargo, volvió en sí.

Había un mar rojo a su alrededor. Yacía en una especie de lecho de piedra y un joven guerrero de los del mar estaba sentado a su

lado mirándole y sonriendo delicadamente.

Starke no se atrevió a moverse durante un momento. Tenía miedo a que su cabeza se desplomase al hacer el menor movimiento.

—¡Oh, Señor! —dijo al girar un poco la cabeza.

El ser del mar murmuró:

—Ganaste. Luchaste contra Rann y ganaste.

Starke explicó:

—Me siento como si algo hubiera raspado mi cerebro. Ella se ha ido. Rann se ha ido. —Estaba sonriendo—. Pero esto me entristece. Alguien me está aclamando. Rann se ha ido. —Se tocó el cuerpo por todas partes, su enorme cuerpo—. Rann quería engañarme. Sabía que no podía llevarme de nuevo a mi antigua carcasa, pero ella no quería que lo supiera. Ha sido todo como la pesadilla de un niño antes de nacer. —Abrió los brazos de par en par como si se despezara—. Nunca más volverá a entrar esa mujer en mi cabeza. He cerrado la puerta y perdido la llave. —Sus ojos se dilataron—. ¿Cuál es tu nombre?

—Linnl —dijo el hombre del arpa—. ¿No le dijiste a Rann nuestra estrategia?

—¿Tú qué te piensas?

Linnl sonrió sinceramente:

—Pienso que me gustas, hombre de Crom Dhu. Pienso que me gusta el odio que sientes por Rann y que me gusta la manera que has tenido de arreglártelas con este asunto tan difícil, queriendo matar a Rann y salvar a Crom Dhu, y estar tan decidido a ofrecer tu vida para que se realizaran tus deseos.

—Eso es mucho pensar —bromeó - ¿y qué hay de la promesa que me hicisteis?

—Se respetará.

Se echó a reír de un modo entrecortado y cerró los ojos.

—¿Me dejarás que yo me las entienda con Rann cuando llegue el momento? —Sus dedos se levantaron llenos de fuerza y decisión y se cerraron sobre una figura imaginaria de Rann apretándola sin compasión.

Linnl respondió:

—Es tuya. Rann te pertenece. Me gustaría hacerlo yo mismo, pero lo tuyo significa una verdadera revancha que tienes de tomar.

Vámonos. Salimos ahora.

Starke se movió cuidadosamente. Tenía miedo de hacer el menor gesto, pues creía que su cuerpo se podría desintegrar.

Optó por dejarse mecer y arrastrar por el vaivén de las aguas. Después nadó cuidadosamente tras Linnl a través de angostos pasadizos, hasta que llegaron a un lugar plateado y extenso como una verdadera ciudad.

Suspendidos en el aire sujetos por las piernas con cadenas, los guerreros de Falga miraron con pálidos ojos a Starke y Linnl.

¡Hombres de Falga!

Linnl pulsó repetidas veces el arpa.

Un sordo murmullo salió de los labios de los mil cuerpos muertos.

—¡Vamos a saquear la ciudadela de Rann!

—¡Rann! —repitieron las voces.

Tras un sonido del arpa, aparecieron los sabuesos plateados. Ellos cortaron las cadenas. Los hombres de Falga danzaron al ritmo de las aguas, una vez liberados de entre la roja sustancia.

Atraídos por una corriente de agua, eran arrastrados hacia una galería volcánica. Starke fue tras ellos, deteniéndose en la ladera de un montículo en cuyo fondo ardía una caldera.

Era la Fuente de la Vida del Mar Rojo. Estaba allí desde hacía un milenio. Los enormes ciclones de chispas y fuego estremecían aquel sorprendente paraje, formando tales corrientes y torbellinos que amenazaban atraer sin remisión a quien se pusiese a su alcance.

Starke movía los brazos y piernas para evitar la succión.

Los hombres de Falga no combatían la atracción.

Avanzaban como antes en silencio y quedaban suspendidos sobre la incandescencia.

La vitalidad de la Fuente se manifestó en ellos, pues parecía como si de pronto tocase los dedos pulgares de los pies, y después, como si de un proceso osmótico se tratara, iba poco a poco alcanzando a todos los miembros, dibujando su estructura, igual que el mercurio da la configuración del termómetro cuando aumenta la temperatura. Los huesos tomaban un brillo extraordinario como el marfil pulido, a través de la carne que de

momento no era más gruesa que una película. Las espinas dorsales se erguían y los hombres volvían a echarse hacia atrás. Sus ojos, lo último en ser alcanzado por el fuego, ahora estaban en ignición y refulgían como bujías ante sepulcros. Los mentones se irguieron y hasta los más recónditos poros de la piel habían adquirido un brillo plateado.

Nadando a través de aquella tormenta de energía, iban saliendo totalmente fríos hasta alcanzar el lado del montículo. Cuando se rozaban el uno con el otro, saltaban chispas purpúreas que iban de una cabeza a otra cabeza y de una mano a otra.

Linnl tocó el brazo de Starke:

—Ahora te toca a ti.

Starke dudó sólo un momento. Luego dejó que la fuerza de la corriente le arrastrara. Tenía miedo. Condenado miedo. Una lengua de fuego le alcanzó mientras se acercaba al centro del montículo y de pronto se vio envuelto en llamas que le dejaron en éxtasis. Beudag estaba oprimida con él. Era su pelo rojizo consumiéndose lo que le daba fuerzas.

Esperando al otro lado del montículo, estaban los mil hombres de Falga. Cuando comenzó a sonar una música que parecía proceder de mil arpas mientras Starke salía al otro lado. Los guerreros comenzaron a marchar. Todavía estaban muertos, pero nadie lo hubiera dicho. No había espíritu en el interior de aquellos cuerpos que estaban movidos desde el exterior.

Dejaron atrás la ciudad. En filas bien ordenadas, los nuevos combatientes eran conducidos por los sabuesos plateados y por las arpas distantes hacia un lugar donde las olas conducían hacia tierra. Linnl iba al lado de Starke, sin dejar de tañer el arpa, y Starke se sentía atraído hacia una profundidad donde se agitaban extraños monstruos que le miraban con ojos coléricos. Pero el arpa les hacía retroceder.

Starke miró a los hombres. «No saben lo que están haciendo —pensó—. Vuelven a su casa para matar a sus padres y a sus hijos y para incendiar Falga, y no lo saben». Sus rostros de vivos-muertos, se agitaban sin cesar, y siempre hacia delante, como si la visión de la ciudadela de Rann estuviera allí y les atrajese.

Con cierto temor pensé en Rann. Rann, Rann, Rann. La única respuesta fue el movimiento de los cuerpos plateados entre las

encendidas profundidades.

Poco antes del amanecer llegaron a la superficie del mar.

Falga descansaba silenciosamente entre la niebla rojiza. Sus calles estaban vacías y las primeras luces del día bailaban los jardines de Rann.

Linnl continuaba al lado de Starke. Ambos sonreían cruelmente. Habían esperado aquel momento durante mucho tiempo.

Linnl hizo un gesto de placer y dijo:

—Hoy es el día del gran carnaval. Frutos, vino y amor serán ofrecidos a los soldados de Rann a su vuelta de la lucha y bailarán por ellos.

Lejos, hacia la derecha, se elevaba una montaña. En la cima —Starke miró hacia allí intencionadamente— descansaba el cuerpo de un hombre pequeño, de un terrestre. Subiría a la montaña más tarde, cuando todo hubiera acabado y tuviera tiempo para ello.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Linnl.

La voz de Starke sonó con respeto:

—A alguien a quien yo conocía muy bien.

Alineados sobre las piedras desnudas, con sus sandalias raídas por el tiempo, los hombres se mantenían en pie con sus cuerpos refulgentes. Starke andaba de un lado a otro sin salirse del centro del grupo, para que su cuerpo moreno pasase inadvertido.

Les vieron.

Los guardias del arrecife, miraron hacia abajo desde las escotillas de las galerías y lanzaron un grito. Las manos se agitaron, cundió el desorden y otros guardias fueron descendiendo desde las rampas, uniéndose unos grupos a otros y reuniéndose a los primeros.

Linnl desde el mar, cerca desembarcadero, sugirió un tema con el arpa y otras arpas continuaron el tema. La música que salía del agua con gentil firmeza, puso a aquellos pies muertos en movimiento, hacia el encuentro de los guardias.

Desde las cabañas de los esclavos, salían gentes que saludaban tímidamente a los guerreros que pasaban, pues el paso de los mismos no era nuevo para ellos.

Aquellos guerreros no llevaban armas y a Starke no le seducía mucho. Hubiera preferido que al menos llevaran un trozo de cadena, pero aquellas manos vacías no le gustaban. Le dolían los

dientes a causa de haber tenido mucho los maxilares firmemente unidos y los músculos de sus brazos parecían enfebrecidos y nerviosos.

En el límite de la comunidad esclava con la ciudad, los guardias les hicieron un reconocimiento, saliendo apresuradamente de las galerías con las espadas desenvainadas, para interceptar lo que en principio tomaron como enemigo.

De pronto se detuvieron confundidos.

El capitán de la guardia se les acercó con los ojos llenos de sospecha. Pero pronto esta sospecha se desvaneció y su rostro se ladeó. Habían permanecido en la desesperación durante meses, pensando en su hijo muerto en la defensa de Falga.

Y ahora su hijo estaba ante él y vivo.

El capitán olvidó su graduación. Lo olvidó todo. Sus sandalias resbalaron sobre las piedras. Se podía oír el aire entrando y saliendo de sus pulmones, sin dejar de dar paso a una plegaria que brotaba de sus labios.

—¡Hijo mío! ¡En el nombre de Rann! Dijeron que te habían matado los hombres de Faolan hace más de doscientas noches. ¡Hijo mío!

Desde algún lugar llegaba el sonido de un arpa.

El hijo se adelantó sonriendo y se abrazaron, pero el hijo no decía nada. No podía hablar.

Esta fue la señal para los otros y toda la guardia conmovida y sorprendida, dejó a un lado las espadas y fue reconociendo a viejos amigos, hermanos, padres, tíos, hijos.

Los guardias y los guerreros recién llegados se encaminaron. Starke caminaba en el centro. Subieron por los arrecifes a través de pasadizos y senderos, hablando todos al mismo tiempo. Al menos así parecía. En realidad, quienes hablaban eran los guardias, pues ninguno de los muertos respondía.

Starke oía una música fuerte y clara que llegaba de todas partes.

Llegaron a la cima de los arrecifes. A aquella hora toda la ciudad estaba despierta. Las mujeres llegaban corriendo con sus pechos desnudos, sollozando y arrojándose entre las filas de sus amantes. Las flores llovían sobre ellos.

—Así es la guerra —se dijo Starke.

Se detuvieron en el centro de los enormes jardines. Toda la

gente se movía felizmente, sin darse cuenta del extraño silencio de sus hombres agasajados. Eran demasiado felices para apercibirse de ello.

—Ahora —se dijo Starke a sí mismo ¡Ahora es el momento! ¡Ahora!

Como si fuese una respuesta, un silbido enorme procedente de las arpas, sonó como si llegase del cielo.

La multitud no cesó de reír hasta que los guerreros recién llegados de Falga se abalanzaron sobre ellos con las manos alzadas y gestos agresivos.

El griterío en las calles, era como el silbido de una sirena. Las espadas despedían extraños fulgores hasta que encontraban un cuerpo donde hundirse. Una viciosa pantomima concluía en los jardines verdes.

Starke fijó sus ojos en la ciudadela vacía de Rann. Nubes rojizas cubrían las arcadas y caía una lluvia fina. Los jardines se cubrieron de sangre.

Los guerreros muertos de Falga se habían apoderado de las espadas. Primero mataban a quienes tenían más cerca, y luego se apropiaban de las espadas de las víctimas. Era muy sencillo y desagradable.

Los esclavos se unieron a la batalla.

El padre muerto, mataba al hijo vivo. El hermano muerto agarrotaba entre sus manos al hermano vivo. Horrible carnaval en Falga.

Starke incendió las tapicerías sedosas. Las piedras repetían el eco de sus pies mientras iba de habitación en habitación. Rann se había ido probablemente la noche anterior. Eso significaba que Crom Dhu estaba a punto de caer. ¿Habría muerto Faolan? ¿Habría visto el pueblo de Crom Dhu el sufrimiento de Beudag? La bahía de Falga estaba totalmente desembarazada de barcos, a excepción de unas cuantas pequeñas embarcaciones pesqueras.

Capítulo VII

La niebla le envolvía cuando salió al jardín y la lluvia azotó su rostro.

La ciudadela de Rann estaba ardiendo por todas partes y la negra humareda se confundía con la niebla.

El más absoluto silencio reinaba en el jardín y la lucha había acabado. Los hombres de Falga, conservándose en ellos todavía la Fuente de Vida, sostenían las espadas entre los dedos incomprensiblemente, y la luz empezaba a abandonar sus verdes ojos y su piel parecía sucia.

Starke no se demoró en bajar a las galerías, atravesar el sector de la ciudad destinado a esclavos y llegar al embarcadero.

Linnl le estaba esperando acariciando el arpa entre sus afilados dedos.

—Todo ha terminado. Los esclavos se encargarán del resto. Serán nuestros aliados puesto que los hemos liberado.

Starke no oía. Mantenía la vista fija en el horizonte por encima del Mar Rojo.

Linnl comprendió su ansiedad e hizo sonar dos veces el arpa, que en la mente de Starke fueron como dos palabras.

—¡Crom Dhu!

—Si no llegamos demasiado tarde... —y al mismo tiempo Starke se inclinó hacia delante—. Si Faolan vive todavía. Y si Beudag está todavía atada al mástil.

Como un ciego, caminó con decisión avanzando en dirección al mar y se hundió en él.

No llegaba a un millón de millas lo que había desde allí a Crom Dhu. Una ola les recogió poco después de salir de Falga, y les condujo rápidamente a través de profundidades y extrañas latitudes

y de grandes bosques cristalinos. Contaba con ansiedad cada una de las millas.

Estuvo impaciente durante la pausa que tuvieron que hacer en la ciudad de los Titanes, para coger hombres de refresco. Para recoger a Cley y Mannt y Aesur y Bruce. La impaciencia no le abandonaba mientras contemplaba aquel drama de la Fuente de la Vida. En esta ocasión eran los cuerpos de los hombres de Crom Dhu.

Todos se pusieron en movimiento. Serpenteando tras Starke iban los cuerpos de Cley y Aesur.

Había ironía en todo aquello. Los hombres de Crom Dhu caídos en Falga bajo la traición de Conan, volvían ahora bajo las órdenes de Conan para vengar aquella traición.

De pronto se hallaron en los alrededores de Crom Dhu. Aún envueltos en las sombras, se divisaban las largas siluetas de los barcos de Falga diseminados por la bahía.

Starke miró el fondo de un inmenso barco plateado de Falga y sintió cómo la garganta le oprimía. Luego haciendo una flexión de rodillas se remontó hacia él.

Linnl dejó que Starke dirigiera la operación. Starke sintió algo que aferraba su puño. Era una cuerda que llevaba en su punta un ancla de abordaje. Sabía cómo hacer uso de ella sin preguntar. Hubiese deseado un cuchillo, aunque sabía que un cuchillo en el mar era algo imposible de llevar si había que moverse rápido.

Vio la silueta del mejor de los barcos de Rann a unas cien yardas, con sus antorchas lanzando fuego como el cabello de la bella Beudag.

Nadó hacia allí respirando profundamente.

Los resucitados hombres de Crom se alzaron llenos de fuerza. Posaron su vista en Crom Dhu y quizá supieron lo que era, pero tal vez no. Por un momento Starke tuvo miedo. ¿Y si Linnl le hacía el engaño? ¿Y si una vez estos hombres hubiesen ganado la batalla iban a Crom Dhu y raptaban el arpa de Romna y atacaban a Faolan? Se desembarazó de aquellos pensamientos. Eso ya lo vería más tarde en el caso de que sucediera y trataría de poner remedio. Cley y Mannt aparecieron uno a cada lado de él. Miraban a Crom Dhu con los labios cerrados. Quizá vieron el pabellón de Faolan o tal vez

oyeron el arpa que sonaba más fuerte que las que les conducían a la batalla y les dominaban. Sus ojos miraban y miraban a Crom Dhu, pero nada veían.

El Jefe de los del mar apareció; sus seguidores iban cada uno con su arpa que comenzaron a sonar en tono muy alto.

En silencio, con mucho silencio, los muertos pero no muertos hicieron un círculo de cuerpos alrededor del barco de Rann. Aquel silencio tan profundo en sus movimientos, erizaba la piel y hacía que un sudor frío apareciese en las mejillas de Starke.

Una docena de cuerdas se alzaron al aire cayendo sobre el barco. Starke lanzó la suya.

Llegó arriba.

Beudag estaba allí.

En el mismo puente de la embarcación, quedó como atónito sin poder apartar la vista de ella.

Una antorcha le iluminaba. Se mantenía todavía erguida; la cabeza apoyada sobre su pecho por el cansancio y los ojos cerrados, con el rostro más delgado y menos moreno, pero todavía vivía. Estaba volviendo en sí de su postración por el silbido de las cuerdas y el ruido de los anzuelos metálicos al clavar en cubierta. Al ver a Starke, sus labios se entreabrieron, y su vista permaneció fija en él.

Casi le costó la vida a Starke permanecer allí mirándola, pues un guardia desde una de las torretas le vio, sacó el arco y dejó partir una flecha en su dirección. Había una cadena en el suelo y Starke pensó que le sería útil como arma y se agachó para recogerla.

Cley venía tras Starke y fue su pecho el que recogió la flecha. El dardo quedó incrustado en su cuerpo, pero Cley siguió y le aprisionó la garganta entre sus dedos, hasta que el cuerpo quedó inerte y se desplomaron los dos.

Beudag gritó:

—¡Detrás de ti, Conan!

¡Conan! En su nerviosismo le había dado el antiguo nombre.

Era Conan. Se volvió y vio a uno de los guerreros que venía hacia él, le azotó brutalmente el rostro con la cadena y cogiendo la espada que el hombre había dejado caer, golpeó al guerrero con fuerza. Luego cogiéndole por el cuello lo arrojó al mar.

Todos los que estaban en el barco se hallaban despiertos. La mayoría de los hombres estaban abajo donde habían ido a

descansar del ajetreo de las batallas. Pero ahora volvían precipitadamente. Sus gritos formaban un extraño contraste con el silencio de los hombres de Crom Dhu. Starke se encontró muy atareado.

Conan había sido un animal muy fuerte, con gran poder de recuperación. Ahora sus músculos respondían perfectamente cada vez que se le pedía un esfuerzo. Starke fue saltando limpiamente cuantos obstáculos se le presentaron y se dedicó a buscar a Rann. Pero no aparecía por ningún sitio. Más cuerdas caían sobre la cubierta de la embarcación. Cada uno de los barcos de la bahía estallaba en violencia. Más hombres subieron silenciosamente tras Starke.

Por encima de los gritos, se oyó la voz de Beudag que reconoció a los hombres que luchaban:

—¡Cley! ¡Mannt! ¡Aesur!

Starke era un dios, podía tener cuanto deseaba. ¿La cabeza de un hombre? Podía tenerla. Accionaba a modo de guillotina con el cuchillo y la muñeca, y los cuerpos se desplomaban. ¡Así! Sus ojos brillaban con un color ambarino y había un rasgo de placer en sus labios. Starke no cesaba de dar golpes a uno y otro lado incansable.

¿Lo estás viendo Faolan? Se decía Starke para su interior, mientras luchaba denodadamente. ¡Mira esto Faolan! ¡Dios! ¡No! ¡Eres ciego! Pues escucha. Oye el entrechocar de los aceros. ¿No llega hasta ti el olor a sangre y a cuerpos sudorosos? ¡Oh! si tú pudieras ver esto esta noche Faolan. Olvidarías lo de Falga. Este es Conan fuera de la imbecilidad, con un tipo en su interior llamado Starke que le guía y le dice dónde debe ir.

No se estaba muy seguro a bordo. No se había dado cuenta antes, pero los guerreros de Crom Dhu no prestaban atención en quién era a quien atacaban. Se atacaban los unos a los otros entre sí. Luchaban tan apretados que no dejaban sitio para accionar libremente.

Liberó a Beudag del mástil y la bajó a cubierta.

Beudag reía incontrolablemente. No podía dejar de reír. Sus ojos estaban ciegos de sorpresa. Veía a hombres muertos vivos otra vez, defendiéndose con espadas y otras armas. Había estado sin comer noche y día y siempre de pie y se hallaba tan debilitada, que sus nervios no la dejaban parar de reír.

Starke la zarandeó.

—¡Beudag! ¡Te has salvado! ¡Estás libre!

Ella respondió sin fijar los ojos en parte determinada:

—Estaré... estaré bien dentro de un minuto.

Tuvo que esquivar un golpe de uno de sus hombres. Starke le desarmó de un golpe y asiéndole con fuerza lo arrojó al mar. Era cuanto podía hacer. No podía matarle.

—¿Dónde está Rann? —preguntó Starke con ansiedad.

—Estaba aquí —murmuró Beudag.

Rann estaba cerca. Instintivamente Starke levantó los ojos.

Rann apareció en el mástil como una imagen de nieve. Su erguido pecho zozobraba por la emoción. Sus ojos reflejaban odio puro. Starke se mordió los labios y envainó la espada.

Rann miró fijamente a Beudag. Sin titubear, como en un sueño, Beudag se apoderó de una daga y la apoyó sobre su propio pecho.

Starke quedó helado. Se dio cuenta de pronto que Rann se había apoderado de la mente de Beudag igual que antes lo hiciera con él.

Rann hizo una mueca de satisfacción:

—¿Y bien Starke? ¿Qué pasará ahora? ¿Quieres acercarte a mí y ver cómo entonces muere Beudag? ¿O prefieres dejarme libre?

Starke respondió:

—No puedes ir a ningún sitio. Falga ha caído. No te puedo garantizar la libertad. Lo único que puedes hacer es marchar al otro lado del mar, donde podrías encontrar un lugar apropiado para ti y tus hombres.

—Y cómo me voy, ¿nadando? ¿Con todas esas bestias del mar a la espera? —Acentuó la palabra bestias. Ella en el fondo formaba parte de las gentes del mar. Ellos, Linnl y sus hombres eran bestias del mar para ella—. No, Hugh Starke. Cogeré una embarcación pequeña. Pon a Beudag sobre cubierta de manera que no se separe de mi vista ni un momento. Protege mi paso y el de mis hombres hasta tierra y Beudag vivirá.

Starke ondeó la espada en el aire:

—¡Camina!

Él no quería que ella se fuese. Tenía otros planes. Le dijo a gritos a Linnl que continuaba en el mar, el trato que había hecho. Linnl

asintió.

Rann, en una pequeña embarcación plateada, se dirigió hacia tierra. Maniobraba el bote y miraba continuamente a Beudag. Pasó entre las bestias del mar y llegó por fin a tierra.

De pronto, Starke se volvió con velocidad sorprendente y estampó su puño contra la mejilla de Beudag. La mano de la muchacha apoyaba todavía la daga contra su pecho. Se desplomó y el arma cayó de su mano. Starke la lanzó lejos con el pie. Luego cogió a la muchacha del suelo y la levantó. Para Starke, era una carga preciosa. La daga había marcado unos puntitos de sangre en su pecho.

Una vez en tierra, Rann desapareció entre las rocas.

En la bahía, la música del arpa se hizo más tenue. Los barcos habían sido tomados y los hombres de Crom Dhu habían terminado de luchar. Había algo en su fulgor que se había ido apagando, particularmente el color de sus brazos y de sus espadas desnudas. Los barcos empezaron a hundirse.

Linnl nadaba de un lado a otro mirando a Starke, cuando éste le hizo un gesto señalándole hacia la playa:

—Ahora a ver si cogemos a esa diablesa —se dijo.

Faolan esperaba en su gran balcón de piedra, desde donde se divisaba Crom Dhu. Tras él los hogares, donde se alzaban las llamas con su sonido devorador y su luz rojiza que llenaba las habitaciones.

Faolan se inclinaba sobre el borde del balcón con su pecho hundido, sus ojos ciegos parpadeando, mirando hacia abajo una y otra vez con intensidad inquietante, y con la cabeza un poco inclinada para poder escuchar.

Romna estaba de pie tras él, llenando y rellenando la copa que Faolan vaciaba en su boca sedienta, y le decía lo que estaba ocurriendo. Le habló de los hombres que salían del mar y de Rann apareciendo sobre la tierra rocosa. Algunas veces Faolan se inclinaba hacia un lado, movido por las palabras de Romna. Otras se inclinaba totalmente, para oír mejor lo que ocurriera en la bahía, a la asediada Falga.

Romna no tocaba el arpa: no necesitaba tocarla. Desde allá abajo, les llegaba un gran eco de arpas, más líquidas en sus sonidos que la suya, y que caían sobre la ciudad como una cascada,

haciendo que la niebla lloriquease en lágrimas rojas.

—¿Eso son arpas? —gritó Faolan.

—Sí, arpas.

—¿Y qué era lo que ocurría? —preguntaba Faolan con la respiración entrecortado por la emoción.

—Una escaramuza —respondió Romna.

—¿Quién ganó?

—Nosotros.

—¿Y eso? —los ojos ciegos de Faolan se esforzaban por ver, hasta que de ellos brotaron lágrimas.

—Son los enemigos que caen al otro lado de las puertas de la ciudad.

—¡Y ese sonido, y ese sonido! —El ritmo de las espadas y de los cuerpos era una música complicada cuyos temas debía reconocer—. ¡Otro que ha caído! ¡Oí cómo gritaba! ¡Y era de los hombres de Rann!

—Sí —respondió Romna.

—¿Pero por qué nuestros guerreros luchan con tanto silencio? No he oído ni una palabra que saliese de sus labios.

—¡Silenciosos... sí, silenciosos! —murmuró Romna.

—¿Y de dónde han venido si todos nuestros hombres están en la ciudad?

—Sí —respondió Romna. Luego dudó antes de continuar—. Todos en la ciudad, excepto los que murieron en Falga.

Faolan no dijo nada. Después cogió con nerviosismo su copa vacía.

—Más vino, juglar, más vino —luego se volvió hacia la batalla de nuevo—. ¡Oh!, dioses, si al menos pudiera verlo, ¡si pudiera verlo!

A lo lejos se oyó un enorme crujido y luego silencio. Después unos gritos desmesurados.

—¡Las puertas! —gritó Faolan—. Hemos perdido. ¡Mi espada!

—Detente Faolan —rió Romna—. ¡Por cien mil dioses poderosos. Querría estar ciego ahora mismo, o poder ver mejor!

Faolan le puso la mano encima y apretó con fuerza:

—¿Qué ocurre? ¡Dímelo!

—¡Cley! ¡Y Tlan!, ¡y Conan! ¡y Bluce! ¡y Mannt! ¡Están en las puertas como apariciones visionarias! ¡Con las espadas en las

manos!

Faolan estuvo un momento en silencio antes de responder:

—¡Dime sus nombres otra vez y dímelos despacio! ¡Y dime la verdad! —su cuerpo temblaba como el de un animal en peligro—. Dijiste ¿Cley... Mannt... Bluce?

—¡Y Tlan! ¡y Conan! Que vuelven de Falga. Han abierto las puertas y han ganado la batalla. Ha terminado, Faolan. Crom Dhu dormirá esta noche.

Faolan le dejó que se fuese y un murmullo escapó de sus labios:

—Me emborracharé. Más que en toda mi vida. Gloriosamente borracho. Dios, pero si lo hubiera podido ver. Estar allí. ¡Romna! ¡Ven! ¡Cuéntamelo otra vez!

Faolan estaba sentado en su gran silla esculpida, esperando.

Oía el ruido de las sandalias sobre las piedras y a fuera el murmullo de las cadenas.

Se abrió una puerta y entró gente. Faolan empezó a hablar:

—¿Cley? ¿Mannt? ¿Aesur?

Starke se acercó a la luz del fuego. Apretó la mano contra la herida abierta en su muslo:

—No, Faolan. Yo y otros dos.

—¿Beudag?

—Sí. —Y Beudag se acercó a él.

Faolan siguió a la expectativa.

—¿Quién es el otro? Camina con mucha ligereza. Es una mujer. Starke asintió.

—Rann.

Faolan se levantó muy despacio de su silla. Pensaba en aquel nombre y cogió una espada corta que había a un lado de su silla. Se fue hacia Starke:

—¿Me trajiste a Rann viva?

Starke tiró de la cadena que ataba a Rann. Ella corrió unos pasos hacia delante, blanco el rostro y los ojos encendidos de rabia salvaje.

—Faolan el ciego —dijo Starke—. Te he dejado vivir sólo por una razón, Rann. Vamos, adelante.

Faolan se detuvo y esperó.

Rann no hizo mención de nada.

Starke la cogió por un brazo y se lo dobló a la espalda:

—Te he dicho que adelante. Quizá no me oíste.

—Está bien lo haré —dijo ella contraída por el dolor.

—Dime lo que ocurra Faolan —dijo Starke después de soltarla.

Rann miró fijamente la figura alta de Faolan, en la luz.

Mas de pronto éste se llevó las manos a los ojos.

Beudag gritó cogida a su brazo.

—¡Veó! ¡Veó! —primero gritó, pero luego fue un susurro—. ¡Veó!

Starke se volvió hacia Rann y la conminó:

—¡Haz que lo vea Rann, o morirás ahora mismo! ¡Haz que lo vea! —Y luego dirigiéndose a Faolan—. ¿Qué es lo que ves?

Faolan parecía haber enloquecido. Extendía las manos hacia la visión que le sobrecogía.

—Veó... veo Crom Dhu. ¡Qué vista más maravillosa! Veo los barcos de Rann. ¡Hundidos!

No pudo contener una risa nerviosa:

—Veó... ¡la lucha al otro lado de las puertas de la ciudad!

El silencio se extendió por la habitación.

Sólo la voz de Faolan quedaba entre aquel silencio, como hipnotizada.

Extendió los brazos con los puños cerrados y luego los abrió.

—¡Veó a Mannt, y Aesur y Cley! ¡Luchando como siempre lo hicieron, con la misma energía y el mismo tesón! ¡Veó a Conan tal como era! ¡Y a Beudag blandiendo su espada sobre la orilla del mar! ¡Veó a los enemigos muertos! Y a hombres que salen del mar con piel oscura y pelo negro. Hombres que conocí hace mucho tiempo. Hombres que surcaron el mar conmigo en otro tiempo. ¡Y a Rann capturada! —Estalló en sollozos. Las lágrimas corrieron por las cuencas de sus ojos vacíos—. ¡Veó a Crom Dhu tal como fue, es y será! ¡Veó, veo, veo!

Starke se estremeció.

—Veó a Rann cautiva, y a sus hombres muertos a su alrededor, ante las puertas de la ciudad. Veo las puertas abiertas de par en par... —se detuvo. Miró a Starke—. ¿Dónde están Cley y Mannt? ¿Dónde Bruce y Aesur?

Starke dejó que su inquietud ardiera en el corazón durante un momento. Al fin contestó:

—Volvieron al mar Faolan.

Faolan bajó la cabeza antes de decir:

—Sí —dijo pesadamente—. Tenían que volver, ¿verdad? No podían estar y quedarse aquí, ¿no es cierto? Ni siquiera para poder disfrutar de una noche de manjares, vinos y mujeres acostadas en aterciopeladas pieles. Ni para echar un bocado. —Luego volviéndose—. Dame de beber Romna. Da de beber a todos.

Romna le llenó una copa y se la dio. De pronto la dejó caer y cayó de rodillas llevándose las manos al pecho.

—Mi corazón —gemía—. Rann ¡diablesa!

Starke la cogió inmediatamente por la garganta. Hizo presa en cada uno de los lados de su cuello de nieve.

—¡Déjale Rann! —Y apretaba más—. ¡Déjale Rann!

La boca de Faolan emitía estertores de muerte. Starke hundía más y más sus dedos en la garganta de Rann, hasta que el rostro de la muchacha estuvo marcado con el signo de la muerte.

Parecía haber transcurrido una hora, antes de que Starke la dejase libre. Cayó inconsciente y no se movió. No se movería ya nunca.

Starke se volvió lentamente para mirar a Faolan.

—Lo viste, ¿verdad, Faolan?

Faolan asintió ciego, débil. Se levantó del suelo y murmuró:

—Lo vi. Durante un momento lo vi todo. ¡Y qué bonito y maravilloso era! Con esto, Hugh Starke, me diste algo donde mantener la Ilusión y ganas de vivir.

Al día siguiente, Beudag y Starke subían a la montaña que se alzaba sobre Falga. Se marchó hacia un lado y con su llegada los pájaros que merodeaban alrededor de un cuerpo yacente, huyeron.

Abrió una tumba no muy profunda, e hizo lo que tenía que hacer con el cuerpo que encontró allí, y cuando la tumba estuvo cubierta nuevamente con grandes piedras, volvió donde Beudag le estaba esperando. Se mantuvieron en pie junto a la tumba. Nunca hubiera imaginado el estar de pie sobre una parte de sí mismo, y sin embargo, hoy era una realidad, con Beudag a su lado apretando con firmeza su mano.

Estando allí pensó en la Tierra y en Júpiter y en las alegres calles de Jekkara Low Canals en Marte. Pensó en el espacio y en las

naves que lo atravesaban, viéndose en una de ellas. Pensó en la caja con un millón de dólares que llevaba en su última misión en el espacio y que cayó al mar. Se rió con ironía.

—¡Mañana, cogeré a unos cuantos cazadores de entre los seres del mar, para que me busquen la pequeña caja metálica! —Miró con solemnidad la tumba—. Tú lo hubieras querido así. O al menos lo pensaste. Te mataste a ti mismo por llevarlos. De modo que si las gentes del mar lo encuentran, te los traeré a esta montaña y los enterraré contigo bajo las rocas y entre tus dedos. Creo que es el lugar más apropiado.

Beudag le sacó de allí. Descendieron la montaña hacia la bahía de Falga donde un barco les esperaba. Al mismo tiempo que caminaba, Starke levantó la cabeza. Beudag estaba con él, y los marinos de la embarcación se aprestaban para el viaje mientras el Mar Rojo les esperaba. Lo que había más allá de aquel mar, era algo que tendrían que descubrir Faolan, Romna, Beudag y Starke llamado Conan. Se sentía a gusto. Caminó erguido y contento de tener a su lado a Beudag.

Y sobre la montaña, mientras el barco se alejaba, todavía vieron cómo los pájaros se acercaban nuevamente al lugar donde descansaba el antiguo cuerpo de Starke. Llegaban, intentaban hundir el pico entre las duras piedras y luego desechando toda esperanza se alejaban.

FIN

HACIA LAS ESTRELLAS

Edmond Hamilton

CAPÍTULO i

Carlin era el único de los cuatrocientos pasajeros del «Larroon» que odiaba los viajes a las estrellas y todo lo concerniente a los astros. Ya estaba cansado del crucero y de todo lo que había a bordo. ¡Un puñado de imbéciles charlatanes! Por enésima vez desde que salió de Canopus, se dijo a sí mismo que había sido un imbécil mayúsculo, por haber hecho caso al sicoterapista que, le había recomendado aquel viaje.

Una muchacha rubia procedente de Altair Cuatro llegó hasta él a través del pasillo y le dedicó una sonrisa, que era una más de las que le habían dedicado a Laird Carlin las otras turistas femeninas. Laird Carlin era un hombre alto, moreno y con facciones duras que atraían al sexo femenino.

—¡Oh! Señor Carlin, los altavoces han comunicado que estamos a ocho horas solamente del Sol, por la noche estaremos en la Tierra. ¿No es maravilloso?

—No veo qué pueda tener todo eso de maravilloso —dijo Carlin desabrido.

La muchacha quedó un poco confundida.

—¡Pero si es la Tierra! Toda la historia antigua que estudiamos en las escuelas relacionada con los primeros hombres que llegaron desde allí hace dos mil años. ¡O tal vez fue dos mil cien!

Decía todo aquello con un timbre especial de voz y con gestos anteriormente estudiados.

—Solamente hay que pensar que todos nosotros procedemos de estrellas diferentes y mundos diferentes, y que sin embargo, nuestros antepasados vivieron en ese pequeño mundo llamado Tierra, que según dicen no ha cambiado mucho desde entonces. ¿No cree usted que es formidable?

Carlin no veía nada de formidable en todo aquello. Y así se lo manifestó a la muchacha.

La muchacha demostraba su nerviosismo.

—Entonces para qué va usted a la Tierra.

¿Sí, por qué? Se preguntaba Carlin a sí mismo. Por qué demonios no estaba allá en su propia Galaxia a la cual pertenecía, dedicándose a sus negocios y al control de la línea Albol Seis y pasando su vida en la ciudad del Sol con Nylla.

Nylla. Pensó en ella, en su alegría, en su humor burlesco, en su fría belleza, en su inteligencia despierta y rápida.

¿Qué estaba haciendo él allí? Con aquel puñado de turistas que no tenían más cerebro que un pájaro y que buscaban el color y la luz en un viejo y olvidado mundo.

Esta parte de la Galaxia era un área medio muerta.

Tenía que haber dejado de lado a aquel sicoterapista. Pero cómo podía haber sido tan estúpido para escuchar a aquel tipo. Aquel pequeño Arturiano de ojos brillantes que le había sonreído mientras decía a Carlin cuál era su enfermedad.

—¿Mareo estelar? —había preguntado Carlin— ¿que quiere decir usted con eso de mareo estelar? He hecho el viaje a Albol diez veces en los últimos tres meses.

El sicoterapista había asentido.

—Sí, y fue otras tantas excesivo. Usted ha tenido mucho trabajo durante largo tiempo, señor Carlin.

Antes de que Carlin pudiera protestar el otro hombre le había explicado su *dossier*.

—Tengo aquí el disco que gravé de sus respuestas. Nacido en Aldebarán hace treinta y cuatro años. Graduado a los veintidós en la Universidad de Canopus con el grado de Ingeniero Cósmico. Trabajó desde entonces en los aeropuertos del espacio, para las líneas estelares entre Rigel, Sharak, Tibol, Albol y otras estrellas.

El sicoterapista le miraba gravemente.

—La cuestión es que usted se ha pasado el cincuenta por ciento de su tiempo en los últimos ocho años entre las naves estelares. El promedio ha sido de un setenta por ciento desde que se hizo cargo de la nueva línea de Albol. Y eso es mucho tiempo en el espacio para cualquier hombre. Nada tiene de extraño que tenga usted mareo estelar.

—Pero demonios, si yo no tengo mareo estelar —explotó Carlin—. ¿Qué clase de terapeuta es usted? Vine aquí para que me hiciera un tratamiento completo de un síndrome de fatigas reflectivas y ahora me habla de mareo estelar.

El arturiano movió la cabeza:

—Su caso era simple superficialmente, señor Carlin. Pero la hipnosis mostró su enfermedad sin lugar a dudas. ¿Quiere escuchar el disco?

Carlin lo escuchó. Y no era muy bonito por cierto. No era bonito oír aquella hipnosis liberada del subconsciente, mostrando un odio sin par al espacio y a las naves estelares y a todo lo que estuviese conectado con ellas.

—Ve —dijo el arturiano— esto ha ido construyéndose dentro de usted durante mucho tiempo.

Carlin estaba anonadado. Había oído hablar de otros hombres que habían manifestado el mareo estelar y se habían visto obligados a abandonar su trabajo y a dejar los viajes espaciales durante algún tiempo. Pero esos eran otros hombres de los cuales siempre se había reído.

El Sicox podía declarar que era perfectamente natural para un hombre, desarrollar una versión subconsciente hacia el espacio si desarrollaba mucho trabajo en el mismo. Después de todas las conjeturas hechas acerca del mareo estelar, ahora resultaba que él lo poseía.

—Tendrá que abandonar su trabajo y permanecer ausente de las cosas espaciales durante algún tiempo —dijo el terapeuta arturiano.

Carlin se sintió enfermar.

—Entonces todo mi trabajo en la construcción de la línea de Albol irá a parar a las manos de Brewer.

De todos modos, pensó al cabo de un momento, tal vez no fuese tan malo. Tal vez fuese mejor trabajar en la línea principal del Canopus II y de ese modo tendría más tiempo para estar con Nylla.

Pero el sicoterapeuta sacudió la cabeza al oír cómo Carlin expresaba su decisión.

—No, señor Carlin. Su caso es muy peligroso. Su subconsciente está enmarañado y hecho un ovillo que será muy difícil deshacer. —Dudó un momento, como si pensase en la reacción que sus palabras provocarían—. En realidad sólo hay un medio en que usted se

puede formalizar. Es el tratamiento terrestre.

—¿Tratamiento terrestre? —Carlin no sabía a qué se refería—. ¿Se refiere usted a algún tratamiento que tiene algo que ver con el viejo planeta de al otro lado de la Galaxia?

El arturiano asintió:

—Sí, a nuestro planeta ancestral, la Tierra, de donde llegó nuestra raza hace dos mil años, es donde irá usted para permanecer en él durante un año.

Carlin no supo qué responder a aquella sugerencia formulada con entera decisión.

—Dice que yo vaya a la Tierra durante un año. Pero... ¿está usted loco? Por qué tengo que ir allí.

—Porque... —dijo el terapeuta con soberbia—, porque si usted no lo hace, me temo que no durará otros seis meses como ingeniero de las líneas estelares.

—¿Por qué no puedo descansar aquí en Canopus II? —preguntó Carlin—. ¿Por qué enviarme a aquel planeta olvidado, donde no hay nada excepto unos cuantos monumentos históricos?

—Usted no ha estado en la Tierra, ¿verdad? —Preguntó pensativamente el sicoterapeuta.

Carlin hizo un gesto de impaciencia.

—No me interesa en absoluto la historia antigua. Toda esa parte de la Galaxia no es más que agua pasada por molino.

—Sí —dijo el experto— ya lo sé. Pero viejo, pequeño y olvidado como lo es en estos días, la Tierra es aún importante.

—Para los historiadores —se apresuró a explicar Carlin—. Para las gentes a quienes les gusta hurgar en el polvoriento pasado.

El arturiano asintió y se encogió de hombros.

—Y para los psicólogos —dijo rápidamente— la mayor parte de la gente de estos días no se da cuenta de esto. No se dan cuenta de que nosotros, todos nosotros, no somos en realidad nada más que hombres terrestres. —Levantó la mano en señal de protesta—. ¡Oh!, ya sé que no pensamos así, de este modo, de nosotros mismos. Desde que los primeros pioneros terrestres saltaron a sus planetas vecinos y luego a las estrellas, desde que nuestra civilización se extendió por toda la Galaxia, un centenar de generaciones nuestras han nacido en diferentes mundos estelares desde Rigel a Fomalhaut. Pero excepto por modificaciones locales, el tipo de la humanidad ha

persistido, desde que nuestros antecesores abandonaron hace mucho tiempo la Tierra y el Sol.

»Eso es porque hemos alterado las condiciones del mundo estelar para favorecernos a nosotros mismos, en lugar de adaptarnos a aquellas condiciones. Hemos cambiado las atmósferas, las gravedades, todo, donde quiera que hayamos ido. Nos hemos conservado en una raza, un tipo. Pero es un tipo que está todavía bajo la influencia del viejo planeta terrestre como norma y módulo.

—Y todo eso explica el porqué yo tenga que abandonar mi trabajo y mandarme a vivir en una reliquia, durante un año —preguntó furioso Carlin.

—Sí lo explica —replicó el arturiano ahora somos una raza de viajeros estelares. Si nos afanamos mucho en nuestros trabajos y viajamos mucho, notamos una revulsión y nos sentimos azotados por el mareo estelar. Por tanto, la única cura es el descanso para el espíritu de los que no lo tienen completamente normal. Y la normalidad completa, para nosotros, descendientes de los terrestres, es... la Tierra.

Carlin estalló. Quiso llevar su resistencia hasta el último momento.

Entonces el sicoterapeuta le venció.

—He hablado a la línea de navegación de las estrellas a la cual perteneces, del test psicológico que hay impreso en el disco. No se te permitirá trabajar hasta que no estés curado.

Y por esto, pensaba amargamente Carlin, se hallaba ahora en su butaca sobre el «Larroon» mientras los turborreactores lanzaban sus potentes chorros al espacio dirigiéndose hacia el Sol.

—¿Un año? —pensó con impotencia—. ¿Un año metido en ese agujero? Me daría lo mismo morir.

El sicoterapeuta le había dado la esperanza, que tal vez no tuviese que estar allí un año, pues algunos casos de enfermedad estelar respondían rápidamente al tratamiento terrestre. Pero incluso unos cuantos meses le parecían a Carlin una eternidad.

Los pasajeros del «Larroon» estaban apoyados sobre el muro transparente de la nave. La Tierra se alzaba a su vista. Y esas gentes —hombres, mujeres, bronceados por el Sol de Canopus—, estaban mirando con una curiosidad intensa y ansias de llegar a aquel mundo.

Carlin miró también. El Sol, al frente, era un Sol amarillo y pequeño. Su órbita era inexpresiva a los ojos que antes habían mirado a Antares y Altair.

Los planetas que habían a su alrededor eran tan pequeños, que Carlin apenas podía descubrirlos. Recordó los nombres casi olvidados de la Historia Antigua. Saturno, Júpiter, Marte. Y al final de todos debía de estar la Tierra.

—¿No es bonito? —murmuraba una mujer gruesa al lado de Carlin. ¡Me parece espléndido!

Un hombre joven procedente de Nizar Ceden quiso dejar patente sus conocimientos.

—Ese satélite que se ve allá a lo lejos es la Luna, su luna.

—La Luna es casi tan grande como el pequeño planeta — exclamó alguien riendo.

Carlin se dio cuenta de que aquella charla le ponía nervioso y se fue a otro lado de la embarcación. Todo permanecía en silencio mientras observaba como el «Larroon» se abría paso en el espacio casi sin emitir ningún sonido y dirigiéndose hacia el pequeño planeta.

Aquello se le hacía ridículo. Y sin embargo, tenía que estar allí durante un año. Se sentía desmoralizado.

—Dicen que ahí se pueden comprar los más maravillosos recuerdos —dijo uno de los turistas, y su voz llegó hasta Carlin.

Carlin hizo un gesto de desprecio; tenía ganas de llegar a la Tierra aunque sólo fuera para separarse de aquel grupo de imbéciles charlatanes.

Se dio cuenta de que su nerviosismo era en extremo poco razonable. Debía ser el resultado de su enfermedad estelar, supuso.

—Aterrizaremos dentro de diez minutos —dijo uno de los altavoces de la nave.

La fuerza de desaceleración que había dentro de la nave les tenía sumidos en una presión constante a medida que iban avanzando hacia la Tierra. Los generadores de alta propulsión se oían cada vez más fuerte.

No obstante, todo era confortable a medida que el «Larroon» descendía hacia el pequeño planeta. El aire de la atmósfera silbaba en el exterior de la embarcación. Estaban atravesando un cinturón de nubes.

—Es la ciudad de New York —gritó alguien— la ciudad más antigua de la Galaxia.

II - LA CIUDAD ANTIGUA

Carlin miraba con ojos escrutadores el Panorama que se divisaba por debajo de ellos. Había un océano azul que se extendía hacia el este, sobre una costa larga y verde, y una isla cubierta por grotescos edificios a un extremo de la antigua ciudad.

Esa antigua ciudad llamada New York, que era como un recuerdo del pasado primitivo.

—¡Es como la ciudad de uno de esos cuentos maravillosos! — exclamó una muchacha riendo—. Y qué vieja parece.

¿Vieja? Sí. Lastimosamente vieja, como si se esforzara por mantener su decaída dignidad.

La ciudad parecía solamente ocupada en su mitad, con verdes extensiones en el centro, en cuyos alrededores se levantaban gigantescas torres. El aeropuerto del espacio se veía a alguna distancia hacia el norte, y parecía pequeño e inadecuado para cualquiera de los mundos decentes. Carlin no podía creer que aquello fuese un aeropuerto del espacio, por su insignificancia y sus edificios en reparación.

El «Larroon» aterrizó. Carlin esperó hasta que aquella manada de turistas inquietos hubo descendido y luego salió a la luz del Sol. Miró a su alrededor sin ningún interés. Aterrizar en un mundo nuevo no era para él ninguna novedad.

Por un momento le sorprendió el aire que respiraba. Dulce, muy dulce, tan ligero y tan bueno. Era un aire estimulante que llenaba los pulmones. De pronto se dio cuenta del motivo. En toda la Galaxia los descendientes de los terrestres habían acondicionado atmósferas planetarias que más o menos querían aproximarse a la composición de la atmósfera terrestre. Miró a su alrededor con incertidumbre. Los turistas eran conducidos por sus guías a unos de

los monumentos al otro extremo del aeropuerto del espacio pero, sinceramente, él no tenía ningún deseo de seguirles.

El sicoterapista le había dicho:

—Viva de un modo tan natural y tan ordinario como pueda vivir un terrestre. Si lo hace así su cura será más rápida y lo mejor que puede hacer es buscar un alojamiento típico terrestre si logra encontrarlo.

Carlin se preguntaba dónde podría encontrar tal alojamiento. Había unos cuantos terrestres, hombres del espacio, oficiales del puerto y de otros cargos y les preguntaría a uno de ellos. Había encontrado terrestres anteriormente, pues muchos de ellos tenían negocios en el espacio. La verdad es que a Carlin no le gustaban mucho. Vio a un hombre un tanto altivo, taciturno y fuerte cerca de él y se le aproximó, preguntándole:

—¿Me podría decir dónde podría encontrar alojamiento por estos alrededores?

El terrestre contempló a Laird Carlin con ojos enemistosos al mismo tiempo que escrutaba cada uno de los detalles de su apariencia, deduciendo que era un extranjero.

—Pues no —respondió aquel tipo fríamente—, no sé dónde podría encontrar alojamiento un extranjero por estos alrededores.

Carlin dio media vuelta con gesto de rabia por la manera de contestar de aquel individuo.

¡Estos condenados terrestres! Viviendo aquí en un mundo viejo, retrasado, que se resiente del progreso y de la prosperidad de otros grandes mundos estelares, y que califican a todo el mundo menos entre ellos, de «extranjeros». Y con los cuales tengo que convivir durante un año, pensó amargamente.

Se puso en camino para cruzar el aeropuerto del espacio, cuando se dio cuenta de que había un edificio con media docena de cruceros de Control aparcados y en el muro un emblema del Consejo de Control. Tal vez allí encontrase algo de lo que buscaba.

El puerto del espacio se le hacía extraño a los ojos de Carlin. Unas cuantas naves estelares, todas ellas de construcción antigua excepto el «Larroon» y unas cuantas naves interplanetarias pequeñas, y unos trabajadores merodeando a su alrededor. Esto era todo. Hasta el más pequeño mundo de las grandes estrellas se sentiría avergonzado de tener dicho aeropuerto. Aquel Sol amarillo

que halló a su llegada a la Tierra, tenía una tibieza que le decepcionaba. Carlin se sentía cansado al caminar, después de los días de gravedad artificial en la nave, se detuvo al llegar frente a una pequeña nave interplanetaria.

Dos terrestres estaban inspeccionando a su alrededor, uno de ellos era un hombre fuerte de facciones coloradas, y el otro algo más joven que su compañero. Carlin les hizo la misma pregunta que al anterior.

El hombre de rostro colorado respondió con la misma hostilidad que el primero a quien se dirigiera.

—No encontrará alojamiento en estos contornos. Mejor será que vaya con el resto de los que llegaron con usted. Existe un gran hotel para turistas en la ciudad.

Carlin soltó una imprecación:

—¡Condenado! Yo no soy un turista. Yo soy un ingeniero que he sido enviado aquí por un sicoterapista loco para que pase un año en la Tierra. Y Dios sabe por qué.

El más joven de los terrestres miró a Carlin con detenimiento. Poseía un rostro más bien delgado y agraciado y con ojos inteligentes.

—¡Oh! Un hombre que viene a hacerse el tratamiento terrestre —dijo—. Siempre Vienen algunos. —Luego preguntó con interés: ¿Es usted ingeniero cósmico? ¿Le Importaría decirme de qué campo?

—Jefe supervisor de las líneas de naves estelares —contestó Carlin— eso quiere decir que construyo puertos espaciales y establezco las rutas entre los mundos estelares.

—Ya sé lo que quiere decir —asintió tranquilamente el hombre. Dudó e hizo un gesto con la frente como si estuviese sopesando algo. Luego, como si de pronto se hubiese decidido continuó—: Yo soy Jonny Land. Creo que podremos encontrarle alojamiento si no le importa no estar muy confortable.

—¿Acaso quiere insinuar usted que iría a su propia casa? —preguntó con duda Carlin—. ¿Dónde está?

Jonny Land señaló con el dedo hacia el lado oeste del aeropuerto del espacio.

—Allá, al otro lado. No hay más que mi abuelo, mi hermano, mi hermana y yo, y tenemos una habitación de sobra.

El hombre colorado hizo un gesto de protesta.

—¿Jonny, pero en qué demonios estás pensando? No querrás meter a este tipo en tu casa.

La violencia de la protesta no hizo mella en Carlin a pesar de la hostilidad demostrada hacia los extranjeros.

Jonny Land respondió convencido de su proposición:

—Lo haré Loesser —luego miró a Carlin—. ¿Bueno, qué dice usted? Le advierto que no encontrará el confort de los grandes apartamentos del mundo estelar.

—No esperaba encontrarlos —respondió Carlin con aire fatigado. Se encontraba cansado por el viaje y por el aspecto descorazonador que le ofrecían las gentes donde él había ido a vivir, durante un año, y por la franca enemistad que le mostraban. Al fin accedió:

—De acuerdo. Mi nombre es Laird Carlin.

—Si trae sus equipajes yo se los llevaré —sugirió Jonny Land—. Tengo una furgoneta, nos encontraremos en el terminal.

Carlin llegó hasta el terminal con sus maletas encontrando al joven que le esperaba junto a la furgoneta un tanto anticuada.

Loesser, el joven de rostro colorado, estaba de pie mirando de un modo un tanto iracundo y con expresión de protesta por la actitud que llevaba a cabo su compañero. Carlin llegó a oír aún unas cuantas palabras.

—Y lo echarás a rodar todo si acoges a ese tipo en tu casa —decía con violencia—, ¿cómo puedes saber que no es un espía del Control?

—Yo sé lo que estoy haciendo Loesser —repitió Jonny Land con firmeza.

Interrumpieron la conversación en cuanto vieron llegar a Carlin. Loesser le miraba de un modo descarado y hostil mientras subía a la furgoneta.

La vieja máquina se dirigió hacia el este, con un ruido en su aceleración que parecía iba a estallar el motor de un momento a otro.

Carlin se preguntaba a sí mismo, qué era lo que los terrestres podían temer del Control. ¿Contrabando tal vez? No le importaba demasiado. Tenía calor, estaba cansado, lleno de polvo y disgustado con la Tierra.

La carretera de hormigón que se dirigía hacia el oeste parecía tener varias centurias de antigüedad. La ingeniería que se había dedicado a ella parecía tímida por las curvas que tomaba en las colinas en lugar de cortar directamente entre ellas, por los puentes que se alzaban entre los pequeños ríos en lugar de hacer una especie de trampolín sobre los mismos. La furgoneta tenía dificultades para subir algunas pendientes. Su motor zumbaba de un modo ruidoso aunque no llegaba a detenerse.

Carlin miraba hacia el encendido horizonte.

Le parecía extraña aquella vegetación que rodeaba el paisaje.

Ninguna de las casas que se extendían alrededor de la carretera gustaban a Carlin. Casi todas ellas estaban construidas de hierro, escondidas entre árboles y flores, y tras ellas, los tanques que se usaban en las granjas hidropónicas. La fermentación y cultivo hidropónico era tan antiguo y estaba ya tan en desuso, que pensó que con toda seguridad había ya desaparecido de toda la Galaxia. ¿Qué era lo que les ocurría a esta gente que no llegaban a sintetizar sus alimentos como hacían los otros?

Entre tanto, el joven Jonny Land comentaba:

—¿No había estado usted nunca aquí? La Tierra le debe parecer un tanto extraña.

Carlin se encogió de hombros:

—Está bien creo. Pero no puedo comprender cómo las gentes de este planeta puedan permitir que vaya de este modo. Por qué no se han extendido, en lugar de quedarse arrinconados en ciudades arcaicas como la que dejamos a nuestra espalda.

El joven terrestre respondió despacio, con su mirada puesta en la carretera.

—La respuesta a todo esto es muy simple. Se puede decir en una sola palabra. Y esa palabra es «poder». Simplemente lo que ocurre es que no tenemos suficiente poder en la Tierra para poder formar un planeta en las condiciones idénticas a las de los mundos estelares, y poder ir de un lado a otro sin importar las distancias como ocurre en esas estrellas.

—El poder atómico es una cosa fácil de producir aquí —comentó Carlin.

—Sí, si se tuviese cobre —replicó Jonny Land—. Si se tuviese cobre suficiente y abundante se podría hacer un jardín o un edén de

este mundo y se podría ir de un lado a otro y extenderse por los sitios más maravillosos en vuelos más rápidos. Se podría abandonar el cultivo hidropónico y sintetizar nuestros alimentos, y convertir esos lagos en comida y en naturaleza como tienen ustedes en los mundos estelares.

—Pero nosotros tenemos poco cobre. La Tierra y sus planetas hermanos, carecen de ello. Hubo tiempo en que tuvimos mucho, pero ahora no y resulta económicamente imposible sacar cobre en cantidades suficientes de las otras estrellas. Es por esta razón que no tenemos suficiente poder y somos incapaces de progresar.

Carlin no hizo ningún otro comentario.

Tampoco le interesaba mucho. Lo único que le preocupaba era el tiempo que debía de permanecer en este planeta.

El Sol le quemaba el cuello puesto que la vieja furgoneta carecía de techo. La dulzura del aire había perdido aquel mágico sabor del primer momento, y ahora respiraba perfectamente.

—Esta es la casa —dijo Jonny Land metiendo el coche en la parte interior del jardín. El corazón de Laird Carlin tuvo un sobresalto. Era como las otras casas que había visto. Una casa de estructura de hierro rodeada de árboles excepto por el lado que bordeaba el valle. Los tanques hidropónicos se veían más allá de los árboles. Siguió al joven hacia una recogida y fría sala de estar. Parecía una estancia antigua, con sus ridículas cortinas en las ventanas y bombillas de Kriptón en el techo y mobiliario de madera.

Jonny Land había estado haciendo comentarios y dando explicaciones en voz baja a otras dos personas que habían en el extremo de la habitación. Eran un hombre viejo y una muchacha que se acercaron.

—Este es Gramp Land, mi abuelo —dijo Jonny al presentarles— y ésta es mi hermana Marn.

El viejo miró a Laird Carlin de un modo inquisitivo y extendió su mano escuálida hacia él para saludarlo de un modo que Carlin consideró pasado de moda.

—¿Usted viene desde Canopus, no es así? —preguntó—, pues está muy lejos. Hace muchos años que estuve allí, cuando yo hacía la ruta del espacio. Mi hijo mayor Harp estuvo muchas veces, cuando hacía viajes entre los espacios estelares.

La muchacha llamada Marn lo miraba con cierta duda y encogimiento mientras murmuraba unas palabras de bienvenida a Carlin. Parecía como si su llegada les hubiese molestado.

Era una muchacha más bien pequeña, con una melena de pelo cuidadosamente peinado hacia atrás. Sus ojos eran muy azules y vestía de un modo que a los ojos de Carlin le pareció ridículo y pasado de moda.

—Espero que se encuentre a gusto aquí, señor Carlin —dijo con cierta timidez—, nunca hasta ahora tuvimos un huésped. No comprendo el motivo que impulsó a Jonny a sugerirle que viniese a nuestra casa.

Un ruido en la puerta cortó la conversación y la muchacha miró hacia allí quedando como preocupada.

—Es mi hermano Harp.

Harp Land era un muchacho que más bien parecía un gigante, con ojos azules como la muchacha, que miraban a Carlin con más que aparente hostilidad. Jonny se le acercó inmediatamente y le explicó con brevedad la presencia de Carlin.

—Va a quedarse con nosotros durante un tiempo Harp.

La reacción de Harp Land fue violenta:

—¿Pero es que te has vuelto loco, Jonny? —preguntó—. No podemos tenerlo entre nosotros.

Disgustado, Carlin hizo ademán de marcharse, pero Jonny Land le detuvo con un gesto. Había una fuerza tranquilizadora e insospechada en su rostro, mientras hablaba en voz baja a su hermano.

—Se va a quedar, Harp. Ya hablaremos de ello más tarde.

Harp Land no contestó y miró a Carlin que no se encontraba a gusto en aquella situación.

Aquellos primitivos terrestres que siempre sospechaban de todo, disputaban ahora por el privilegio de que se quedara o no en aquella grotesca y antigua casa. Como si él tuviese mucho deseo de quedarse; pues al contrario, de ser posible no hubiera permanecido allí ni un minuto más.

—Estoy muy cansado —dijo gravemente— si quisieran enseñarme dónde está la habitación desearía descansar un rato.

Marn lanzó una exclamación a modo de excusa:

—¡Oh!, lo siento. Claro que tiene que estar cansado. Venga

conmigo, señor Carlin.

La muchacha subió la escalera. No había ascensor interior, sino unas antiguas escaleras que subían a la parte alta del piso. La habitación a la cual le condujo la muchacha era tan mala como había sospechado.

Era limpia, naturalmente, como una tacita de plata, pero parecía más bien un museo que un dormitorio a los ojos de Carlin. No había refrigeración y sólo unas ventanas cubiertas con visillos a ambos lados. No había siquiera el más simple video.

La muchacha no se excusó por ello, pues ni siquiera lo consideraba necesario.

—Le subiremos sus equipajes después de cenar —le dijo antes de marcharse.

III - VIEJO PLANETA

Cuando Marn se hubo marchado, Carlin se quedó con los ojos cerrados sobre el lecho. Estaba sufriendo la reacción natural de un viaje tan largo. Sin lugar a dudas prefería sufrir el mareo de las estrellas. Hacía mucho tiempo que ningún viaje le había producido una reacción como la de ahora.

Pero no se debía al viaje en sí, sino tal vez al mundo que durante un año tenía que soportar. Cómo iba a vivir allí durante largos meses.

El eco de una voz malhumorada llegó hasta él desde el piso inferior de la casa. Reconoció la voz de Harp Land.

—... ¡Y si el Control de Operaciones descubre lo que estamos haciendo!

Hubo un murmullo de voces y luego la discusión se detuvo. Carlin recordaba lo que había oído decir a Loesser en el aeropuerto del espacio.

¿Qué era lo que estaban haciendo aquellos hombres de la Tierra que tan secretamente querían ocultar? Debía ser algo que infringiese las leyes del Consejo de Control gobernadas por la Galaxia, pues de otro modo no temerían ser descubiertos por el Control de Operaciones.

Cuando Carlin descendió para cenar, esperaba una hostilidad manifiesta por parte del hermano mayor, pero Harp Land murmuró una bienvenida cortés, de una manera un tanto civilizada, de donde Carlin dedujo que se había sobrepuesto a las protestas que antes manifestara.

Carlin miró con cierto desmayo la comida que tenía ante él. En lugar de unas mermeladas sintéticas y líquidas a las que estaba acostumbrado, la comida se servía de manera que más bien parecía

corresponder a un estado primitivo y bárbaro. Vegetales cocidos, huevos al natural, leche natural, todo natural.

Comió lo que pudo, que fue muy poco por cierto.

Gramp Land fue el que cargó con la mayor parte de la conversación que hubo, haciendo preguntas a Carlin acerca de los mundos estelares. Carlin respondió con cierta naturalidad.

—Hubo un tiempo en que yo vi muchos de esos mundos —decía el hombre viejo. Y luego añadía con orgullo—: el recorrer el espacio es algo a lo que se ha dedicado siempre mi familia. Mi madre era descendiente directa de Gorhan Johnson.

—¿Gorhan Johnson? —preguntó Carlin—. ¿Quién era?

La pregunta fue bastante desgraciada.

—¿Pero qué es lo que les enseñan a ustedes en las escuelas de esos mundos estelares? —explotó Gramp—. ¿No sabe usted que Gorhan Johnson era el primer hombre que viajó por el espacio? ¿Que era un terrestre que salió desde este valle hace dos mil años?

El orgullo de Gramp se había visto ultrajado. Carlin recordaba el proverbio de la antigua Galaxia: «orgulloso como un terrestre». Eran todos así, muy orgullosos por el hecho de que las gentes de su mundo habían sido los primeros en conquistar el espacio.

—Lo siento —dijo con cierto embarazo— ahora recuerdo el nombre. De todos modos tengo muchos físicos cósmicos que estudiar para poderme dedicar a la Historia Antigua.

Gramp se sentía inquieto pero Jonny intervino haciendo una pregunta a Carlin acerca de su trabajo.

—¿Se dedicó usted a estudiar Supatónicas o simplemente se dedicó a las dinámicas?

—Supatónicas —respondió Carlin. Y a otra pregunta respondió —: Sí también tengo máquinas electrónicas.

Vio la mirada triunfante que Jonny Land había dirigido a su hermano y esto preocupó a Carlin.

—Jonny entiende de esas cosas —se vanaglorió Gramp una vez restaurado su buen humor—, es ingeniero cósmico graduado en la Universidad de Canopus.

Laird Carlin se sintió sorprendido sobremanera. Miró inmediatamente al joven.

—¿Que usted está graduado en Canopus? ¿Y qué hace un hombre de sus conocimientos malgastando el tiempo en la Tierra?

—Me gusta la Tierra —respondió tranquilamente Jonny—, y quise volver aquí cuando hube terminado mi preparación.

—Oh, claro —respondió Carlin— pero si este mundo está con tanto retraso como parece no hay campo para la Ce. Usted debería estar en Albol.

—Las gentes de los mundos estelares siempre se comportan de la misma manera, aconsejándonos que abandonemos la Tierra —interrumpió Harp Land con impaciencia— esto es lo único que el Consejo del Control está tratando de dar como solución para nuestros problemas. No hace más que decir: «¿Por qué no emigran a otras estrellas?».

Gramp Land movió la cabeza:

—Nosotros no abandonamos el planeta como harían otros en nuestro lugar, no importa dónde pueda ir un terrestre siempre vuelve a la Tierra.

—De todos modos, usted no puede estar ni un tanto enojado con el Consejo del Control, por darles buen consejo —dijo Carlin exasperado— después de todo la culpa es sólo suya si desperdiciaron las minas de cobre de su planeta y no tienen ahora el suficiente poder.

Harp Land volvió el rostro malhumorado:

—Sí, nosotros desperdiciamos nuestro cobre de una manera alocada. Hace veinte centurias que lo hicimos, cuando la Tierra era un mundo abierto hacia la Galaxia. Gastamos nuestro cobre estableciendo la civilización galáctica que ahora se ha olvidado de nuestro mundo falto de poder.

—¡Harp, por favor! —dijo Marn en voz baja y con cierta incomodidad manifiesta en su rostro.

Se hizo silencio y terminaron de cenar sin hablar más. Pero Jonny Land dijo a Carlin antes de que éste se fuera a su habitación:

—No haga caso a lo que le ha dicho Harp. Una gran parte de gente que hay sobre la Tierra se sienten amargados por nuestra falta de poder hasta el extremo de no ser razonables.

Carlin encontró su habitación oscura. No habían luces automáticas que se encendieran al entrar y no llegaba a descubrir dónde estaba el interruptor. Abandonó la idea y se metió en la cama mirando tristemente hacia la noche.

Un viento suave movía las hojas de los árboles que se hallaban

alrededor de la casa. El olor a flores se extendía alrededor mientras el aire movía las cortinas de la ventana. Allá abajo en el valle, se veían algunos aeropuertos del espacio y más allá unas colinas que obstaculizaban la vista del mar.

Se sintió defraudado, con ansias locas de volver a su casa. Si en este momento se encontraría en Canopus estaría bailando con Nylla en Sun-City o paseando por los jardines Yellow.

Cuando Carlin se despertó, el sol le daba de lleno en el rostro. Se levantó y medio dormido fue hacia los aireadores y botones de acondicionamiento de aire, pero luego recordó.

Quedó sorprendido cuando no tuvo más remedio que reconocer que se encontraba mucho mejor, había dormido muy bien en aquel lecho primitivo y la fatiga le había abandonado.

—Tienen un aire muy puro en este viejo mundo. Mejor que el que cualquier aireador pueda proporcionar —pensó.

Alegres cantos, notas musicales que descubrió las producían los cantos de los pájaros llegaron hasta sus oídos. El aire que azotaba débilmente las cortinas era puro y dulce.

Se puso un traje oscuro.

—Me vestiré como los nativos —y bajó las escaleras.

Marn Land era la única persona que encontró en las soleadas habitaciones. Llevaba todavía aquel vestido horrible que le había visto la tarde anterior, pero ahora llevaba una flor roja en su pelo. Una tenue muestra de preocupación que arrugaba su frente desapareció mientras miraba a Carlin.

—Se encuentra mejor ¿no es así? —preguntaba ella.

—Mucho mejor —admitió Carlin— me temo que fui un tanto absurdo la noche pasada...

—Estaba usted cansado —dijo ella gravemente—. Siéntese. Le prepararé el desayuno.

Era una cosa nueva para Carlin sentarse a conversar en la vieja y soleada cocina mientras la muchacha le preparaba el desayuno en una estufa de electrodos. En lugar de hacerlo por el simple método de apretar un botón.

—Jonny y Harp han bajado al aeropuerto del espacio —dijo ella volviendo el rostro hacia atrás para mirarle— ellos y unos viejos amigos tienen una vieja nave planetaria que están preparando para hacer un viaje a Mercurio.

—¿Mercurio? —dijo Carlin—. ¿Oh, ese es el más extraño de los planetas, no es así?

—Sí, los hombres aquí en la Tierra están siempre buscando cobre en una de sus capas. Jonny fue quien propuso esta expedición.

El desayuno que puso la muchacha ante Carlin era naturalmente de trigo más huevos naturales y leche, y un curioso brebaje fabricado con ciertos granos secos. Ella le informó de que el nombre era café. Carlin lo probó y lo encontró amargo disgustándole al paladar.

Un poco sorprendido por su propia acción se lo comió casi todo. La comida le era extraña pero le satisfacía lo suficiente, y al fin y al cabo tenía que acostumbrarse a ella si debía permanecer allí.

—Trataré de darle el menor trabajo posible, —le dijo a Marn— no tengo nada más que limitarme a no romperme mucho la cabeza en las cosas, y hacer lo que se me antoje, esto es lo único que tengo que hacer en mi estancia en la Tierra.

Ella asintió:

—Ya lo sé, algunos de nuestros vecinos vienen a la Tierra para hacer lo que llaman el tratamiento terrestre. Al final de este tratamiento les gusta la Tierra y quedan de ella.

Carlin no manifestó el pesimismo que sentía sobre este punto. Se encaminó hacia la puerta y estuvo allí contemplando el brillo del Sol y el campo florido.

Sentíase un tanto perdido y fuera de su ambiente, sin nada que hacer y sin un trabajo que le agobiase y sin hombres del espacio a quienes tener que supervisar en los aeropuertos del espacio, cuyos hombres se dirigían a otros planetas.

Marn le miró con gesto comprensivo.

—¿Usted ha tenido siempre mucho trabajo, verdad? La Tierra le debe parecer lenta y poco atareada.

Carlin se encogió de hombros:

—También podría acostumbrarme a ello. Creo que iré a echar un vistazo por los alrededores.

—Encontrará a Gramp pescando en la parte norte en caso que se dirija allí —le comunicó Marn, después de que él había dado unos cuantos pasos hacia el campo.

Carlin pasó cerca de un taller construido con hierro y hormigón

y algunos otros apartamentos que se veían a su alrededor. Encontró una carretera al otro lado de ellos que en principio no reconoció como tal, pues no era más que un camino vecinal a sus ojos y que le pareció ser la carretera más sucia que había visto en un mundo civilizado.

—No es más que un pobre planeta —pensó Carlin—, ni siquiera pueden construir carreteras decentes.

»No tiene nada de extraño —continuó pensando—, que estas pobres gentes azotadas por la pobreza, se sientan un tanto resentidas hacia el resto de la Galaxia. Creo que a mi me ocurriría lo mismo si hubiera tenido la mala suerte de nacer aquí.

La carretera era totalmente ilógica, serpenteando hacia el este a lo largo de algunos bosques y luego hacia el oeste.

Los bosques que habían a ambos lados, parecían y daban la impresión de estar llenos de maleza y de suciedad a los ojos de Carlin. Árboles grandes y pequeños crecían juntos, uniendo sus ramas el uno contra el otro, y de cuando en cuando salpicados de ramas muertas y rotas tendidas sobre el suelo.

Todo esto, era lo que desde un principio cualquier hombre de la Galaxia hubiera podido esperar de un planeta que no hubiese sido conquistado y civilizado, pero la Tierra era el planeta más viejo de la Humanidad y de toda la Galaxia.

Sin embargo, tuvo que admitir que había ciertas compensaciones. El aire que respiraba, por ejemplo, le parecía magnífico. Aquí, el caminar se le hacía mucho más fácil para sus músculos que en cualquier otro mundo. Le parecía extraño Poder hacerlo con una comodidad tan perfecta, sin tener que ampararse en ciertos momentos de maquinarias que ayudasen a respirar.

No llegó a encontrar el lugar que Marn le había indicado. Se sentó sobre un tronco al lado de la carretera pensando e inspeccionando los alrededores. Hasta él no llegaba ni el más breve murmullo de una actividad humana. No se sentían inquietos esas gentes de la Tierra a juzgar por la tranquilidad de aquel lugar. ¿No les preocupaba? Carlin miró y se dio cuenta de un pequeño insecto brillante, que zozobraba sobre una pequeña flor. Un aire fresco y suave acariciaba la cima de los bosques, inclinando las hojas verdes y arrastrando las secas esparcidas por el suelo.

—El sueño de un viejo planeta —pensó—. Estas gentes todas

ellas viviendo en su pasado.

Carlin por fin se levantó y emprendió el camino de regreso. Se sorprendió de lo rápido que el tiempo le había pasado. El Sol estaba ahora en su cenit. Sus nervios tensos se habían relajado.

El gran taller que había al otro lado de la casa tenía las puertas abiertas. Miró a través de ellas y quedó sorprendido al ver que aquella habitación cavernosa no era otra cosa que un laboratorio magníficamente equipado para experimentos ingeniero atómicos.

Interesado Carlin avanzó. En el centro de la gran habitación se había levantado una máquina enorme cuyo mecanismo principal funcionaba gracias a un cilindro de metal.

—Parece como si fuese un gran generador —murmuró—. Me pregunto qué será en realidad.

Una exclamación violenta se oyó en aquel momento y un terrestre llegó corriendo desde fuera y de detrás de la máquina en donde él estaba.

Carlin reconoció la cara ancha y roja, con los ojos violentos y el cuerpo fornido de Loesser, el hombre que había discutido con Jonny en el aeropuerto del espacio.

—¿Qué es lo que está haciendo usted aquí? —preguntó malhumorado Loesser.

Carlin se vio sorprendido por su vehemencia:

—Bueno... no quería nada más que echar un vistazo a esta máquina.

—Ya me lo pensaba —explotó Loesser con los ojos llenos de cólera—, ya le dije a Jonny que era por eso por lo que usted había venido aquí.

Sacó un objeto del bolsillo de su chaqueta.

Aumentó la sorpresa de Carlin al ver que el objeto era una pistola atómica que Loesser esgrimía con decisión hacia él.

IV - MÁQUINA MISTERIOSA

Laird Carlin era hijo de una civilización galáctica en la que la violencia entre los hombres era muy rara. Había muchos peligros, sin embargo, en todo lo que concernía a los pioneros de los mundos estelares, pero entre los mundos civilizados la ley inquebrantable del Consejo del Control mantenía un orden que nunca se veía soliviantado. Podía un hombre pasar toda su vida sin haber visto nunca el menor asomo de violencia.

La pistola atómica en las manos de Loesser y la obvia intención criminal en el rostro del hombre, había dejado estupefacto a Carlin.

Se le hacía incomprensible pensar que aquel hombre pudiese hacer uso de aquel artefacto y desembarazarse de él con la mayor tranquilidad del mundo.

—Pero ¿qué es lo que ocurre ahora? —comentó inquieto y sorprendido al mismo tiempo.

Supo más tarde lo cerca que estuvo de morir. De momento estaba tan extrañado por lo que le ocurría que no dio importancia a la interrupción de aquella escena. Harp y Jonny llegaban corriendo desde el interior del taller.

—¡Loesser, retira ahora mismo ese revólver! —ordenó Jonny.

Loesser se volvió con violencia:

—¡Este tipo nos estaba espiando! ¡Le vi en la puerta!

El rostro de Harp se ensombreció:

—¡Ya te advertí de lo que podía ocurrir! —le dijo con dureza a su hermano.

—¿Está loco este hombre? —preguntó Carlin extrañado a Jonny.

El Joven se adelantó hacia los otros:

—¡Volved al trabajo! —dijo con sequedad—. Carlin, siento lo ocurrido. Ya le explicaré.

Caminó al lado de Carlin hacia la casa. Sólo más tarde, Carlin se dio cuenta del modo tan rudo y sin rodeos que habían empleado para alejarle de la puerta del taller.

—Harp, Loesser y yo y unos pocos más, planeamos una expedición a Mercurio para hacer prospecciones del cobre —explicaba Jonny—. En la nave que vio en el aeropuerto del espacio. Hemos ideado un señalizador de metales, que esperamos sea capaz de descubrir nuevos depósitos de dicho metal. Esa es la máquina que vio en el taller.

»Hemos mantenido un cierto secreto acerca de ello —continuó— porque, naturalmente, no queremos que otros prospectores se aprovechen de la idea de nuestro descubridor de metales y se nos adelanten. Me temo que Loesser pensó que usted nos estaba espionando. Las gentes aquí son siempre un tanto suspicaces, sobre todo con los extranjeros.

—Así me lo habían dicho —respondió secamente Carlin—. Esta es la primera vez, entre todos mis viajes por la galaxia, que me he sentido totalmente extraño y mal recibido. Pero no con usted concretamente, sino en este mundo en general.

—¡Oh!, yo no diría eso —replicó el otro Póngase usted en nuestra situación Carlin. Imagínese su reacción, si usted fuera un terrestre y viese su mundo totalmente falto de energía a causa de haber gastado todo el cobre en el establecimiento de la civilización galáctica, y que ahora esa civilización tuviera por demás el tan codiciado metal y sin embargo en la Tierra careciesen de él.

El rostro de Carlin estaba ensombrecido por la ansiedad de convicción que veía en su compañero, cuyos ojos miraban a Carlin fijamente. Carlin sacudió la cabeza.

—Me doy cuenta del problema que significa la falta de cobre, pero eso tiene un fácil remedio. De cada diez, nueve terrestres deberían emigrar a otros mundos mejores como aconseja el Consejo de Control.

Jonny sonrió:

—En ese punto se enfrenta usted con la obstinación de mi pueblo. Tenemos una antigua tradición planetario y profundo amor por nuestro mundo, tanto, que no es comparable al que pueda sentir ningún pueblo de la galaxia.

—Creo que las gentes de este mundo viven demasiado por el

pasado —respondió Carlin con franqueza—. Pero en fin, eso es algo que no me concierne. De todos modos, les deseo que su expedición les permita volver con cobre.

—Gracias —dijo Jonny vagamente—. Creo que tenemos muchas probabilidades.

Carlin se volvió hacia la verja de la casa y se sentó sobre ella con aire pensativo. Había algo en las explicaciones de Jonny que no acababan de convencerle.

A sus ojos acostumbrados a aquellos trabajos, había algo en la figuración de aquella máquina que no creía que fuese el sistema más apropiado para la delectación de metales.

—Estas pobres gentes intentan mantener en secreto todos sus planes porque todo el mundo aquí quiere ser el primero en llevar a cabo la empresa.

Vagabundó por los alrededores de la casa, aburrido, en aquella calurosa tarde. No tenía a nadie con quien hablar, pues los hermanos estaban en el taller, y Marn se hallaba ocupada en los campos.

Se entretuvo con el viejo video, que había en la sala de estar, pero cuantas emisoras podía coger eran terrestres, y cuantas emisiones aparecieron ante sus ojos le eran totalmente indiferentes.

Al fin abandonó el video y volvió al exterior, donde se entretuvo contemplando la verde taza del valle y maldiciendo al sicoterapeuta que había tenido la idea de enviarle allí para que muriese de aburrimiento. Estuvo concentrado en sus pensamientos hasta que el ronroneo de un motor le volvió a la realidad.

Eran tres jóvenes, que en una camioneta volvían del taller sin detenerse en la casa. Seguro que se trataba de los otros compañeros de la expedición de prospección, pensó Carlin. Esto le trajo a la memoria, que no podía acordarse de qué era lo que le recordaba aquella máquina.

Los días pasaron y Carlin continuaba sin poder recordarlo, aunque muy a menudo las dudas le asaltaban. Por otra parte no se le prestaba la oportunidad de volver a echar un vistazo a aquella máquina, pues el local estaba siempre cerrado, excepto cuando Jonny y Harp y la otra media docena de compañeros trabajaban en él.

—Lo que me ocurre —se decía a sí mismo Carlin con ironía— es

que no tengo otra cosa en que ocupar mi imaginación en este condenado mundo.

De todos modos, aquel desagrado que había sentido por la Tierra en un principio, se había desvanecido considerablemente. Muchas de las cosas que había echado de menos al principio, dejaron de preocuparle. Tenía que admitir que, tanto si aquel tratamiento terrestre beneficiaba su subconsciente como si no, aquel viejo planeta era un lugar maravilloso para descansar.

Se pasaba las mañanas errando por aquellos caminos y las tardes bajo la sombra que proporcionaba el jardín, o ayudando a Marn en algunos de sus quehaceres. O pescando con Gramp en uno de los remansos del río, mientras el viejo le explicaba historias interminables de aquellos viajes en que él había recorrido el espacio.

Algunos vecinos, granjeros del valle, venían a la casa de Land por las tardes. Carlin no hacía ninguna intromisión en sus conversaciones, pero poco a poco, las sospechas que se hubieran despertado en aquellas gentes acerca de la personalidad de Carlin, fueron debilitándose y al fin hablaron libremente ante él. Las conversaciones siempre giraban sobre lo mismo: la escasa potencialidad del planeta y la falta de cobre. Esto le hizo sentirse un tanto culpable al recordar la gran cantidad de dicho metal que se desperdiciaba en otros mundos.

—Tengo que bajar al aeropuerto espacial con el coche para recoger algunos instrumentos que Jonny dejó en la nave —le dijo Marn una tarde después de cenar—. ¿Quiere venir?

Carlin asintió:

—He caminado tanto últimamente que el verme transportado me parecerá un cambio.

La vieja camioneta se deslizaba suavemente por la serpenteante carretera, bajo los últimos rayos del sol yacente.

El cielo tras ellos, formaba una multitud de colores majestuosos mientras la roja bola solar se hundía lentamente en el horizonte.

—Ya empieza a encontrarse mejor aquí, ¿no es cierto? —preguntó Marn.

Normalmente la muchacha era tan reservada con él, que Carlin miró rápidamente su perfil mientras conducía. Nunca hasta aquel momento se había dado cuenta de que la muchacha tenía una cierta

belleza. Un mechón de pelo y la firmeza de su rostro y las manos pequeñas aferradas con seguridad al volante, tenían un algo muy atractivo. No tenía la fineza y elegancia de rasgos casi griegos que poseía Nylla, pero tenía un atractivo indiscutible.

—Sí, debo estar acostumbrándome —respondió Carlin—. Y no es tan provinciano todo esto como pensé. La mayor parte de los hombres que se encuentra uno por aquí, han estado en el espacio en una ocasión u en otra.

—Tarde o temprano todos los jóvenes de la Tierra salen al espacio —dijo la muchacha sonriendo—. Viajar por el espacio es algo que llevamos metido en la sangre. Y nuestro planeta atraviesa unos momentos tan difíciles que en realidad esos viajes son el medio de vida de muchos hombres. —Luego añadió—: Algunos de nuestros hombres nunca vuelven. Mi padre no volvió. Y Mi madre murió poco después como consecuencia de su pérdida.

Había anochecido cuando llegaron al aeropuerto del espacio. Mientras caminaba al lado de la muchacha hacia donde estaba la nave de los hermanos, ella le enseñó una piedra cilíndrica que a modo de mausoleo se alzaba como un espectro en la débil luz.

—Aquí es de donde salieron los primeros hombres hacia el espacio —le dijo a Carlin.

Él miró con respeto la leyenda escrita en el pedestal de la columna. Era el monumento a los Pioneros del Espacio.

—Desde este mismo lugar partió Gorham Johnson en su primer vuelo —dijo Marn.

Carlin forzó los ojos en la oscuridad para leer la lista de nombres y fechas grabados en el pedestal.

Gorham Johnson, 1991

Mark Carew, 1998

Jan Wenzel, 2006

John North, 2012

Los nombres de los que muchos años atrás se habían atrevido a lanzarse al espacio. Hombres que habían querido llevar a cabo su sueño de conquistar otros planetas que en aquellos tiempos parecían tan lejanos. Los hombres que habían surcado y abierto nuevos caminos en la galaxia.

—¡Dios mío! ¡Hace más de dos mil años! —murmuró Carlin—. ¡Y con las naves tan reducidas y faltas de recursos como debieron

tener!

Se sentía conmovido. Aquella lista de nombres de personas que habían muerto hacía tantísimo tiempo, hizo mella en él por vez primera.

Aquellas viejas y desusadas naves, el enorme coraje y valentía de aquellos hombres, para quienes el espacio no era más que un abismo desconocido, le hacía sentir un algo extraño. Empezó entonces a comprender el porqué los turistas tenían tanto empeño en venir a la Tierra para ver aquellos monumentos.

—Ellos, con sus pequeñas naves, fueron quienes lo empezaron todo, la civilización galáctica y el enorme imperio humano —se dijo a sí mismo.

Marn miró aquella especie de torre que se alzaba ante ellos.

—La gente nos critica a los terrestres por nuestro orgullo. Pero si por algo somos orgullosos es por esto. Nosotros fuimos los que abrimos las fronteras del universo.

Carlin asintió pensativo:

—Desde luego, poseéis una gran herencia. Pero tal vez la recordáis demasiado. Estamos en el presente y no en el pasado.

—Tú eres como los demás. Pensáis que la historia de la Tierra ha concluido —dijo Marn—. Pero ya os daréis cuenta de que no es así. Los terrestres abriremos la última frontera de todos los... —se contuvo de momento y luego dijo en tono más apaciguado—. Lo siento, no quería discutir.

Carlin hubiera querido preguntarle qué quiso decir con la iniciación de su aclaración anterior, pero en aquel momento Marn se había sumido en la oscuridad hacia la nave de sus hermanos.

Cuando la alcanzó, entró con ella en el crucero y miró a su alrededor con curiosidad. Era una nave relativamente pequeña, designada y concebida para un número reducido de tripulantes, con ciclotrones y equipo de propulsión, y un número poco frecuente de otros aparatos y de pantallas protectoras de radiaciones.

—El lado caliente de Mercurio es terrible —dijo Marn cuando vio que Carlin miraba a los generadores—. Se necesitan las pantallas de mayor potencia que se pueda imaginar para hacer prospecciones en Mercurio.

Sumido todavía en sus sorpresas, Carlin vio una gran habitación redonda y vacía. No habían en ella más que una especie de enormes

recipientes que parecían dispuestos a contener algo en su interior. Carlin recordó la enorme máquina que había visto en el taller de Jonny. Era muy posible, pensó, que aquella máquina formase parte de los recipientes. Le hubiera gustado mucho seguir inspeccionando, pero Marn había ya encontrado los instrumentos que había venido a buscar.

Mientras salían de la nave hacia la oscuridad, una figura uniformada surgió de la misma, y les saludó con voz agradable.

—¡Hola, Marn! ¡Os vi venir hacia aquí a distancia! ¿Cómo va Jonny con sus planes?

Era un hombre Joven con uniforme de Oficial de las Operaciones de Control, el agente de la ley en lo referente a la Galaxia. Hizo una ligera inclinación ante Carlin.

—Soy Ross Floring, comandante en esta plaza del Control de Operaciones. ¿Usted es el que vino a casa de los Land para seguir el tratamiento terrestre? Encantado de conocerle.

Floring no debía tener más de treinta años, jovial, pulido y agradable. Se volvió hacia Marn.

—¿Cuándo piensa Jonny y su hermano y los otros despegar para Mercurio?

Marn sentíase a disgusto:

—No lo sé Ross. Según tengo entendido que les quedan todavía otras cosas que preparar.

Carlin, sin saber cómo, sintió algo raro en la atmósfera reinante de aquella conversación. Había algo extraño en las palabras de Floring que demostraba no era sincero en su modo de expresarse.

—Estimo mucho a Jonny, Marn —dijo seriamente—. Tú lo sabes. No me gustaría verle metido en cosas desagradables a causa de esta expedición.

Marn pareció querer dar otra vuelta a la conversación.

—Jonny no se verá metido en ninguna cosa desagradable. Un viaje a Mercurio no significa nada para él y Harp.

—Al menos así lo espero yo —dijo tranquilamente Floring—. No merece la pena arriesgarse mucho por cobre. Dígale esto de mi parte, ¿quiere? Y dígale también que un día de estos pasaré por allí para charlar un rato con él.

Marn demostraba a todas luces que tenía ganas de salir de allí.

—Hasta la vista señor Carlin —y luego continuó con su sonrisa

agradable—. Podremos hablar de nuestra tierra. Yo también soy de Canopus.

Sólo más tarde, cuando ya estaban en la furgoneta en dirección a la casa, Carlin se dio cuenta de que él no había dicho a Floring su nombre y origen. ¿Por qué se habían molestado los de las Operaciones de Control en verificar sus datos personales y su nombre?

—Parece un buen muchacho ese Floring —le dijo a Marn. La muchacha parecía inquieta.

—Sí, es... uno de los mejores —respondió—. Y aprecia a Jonny. Pero ante su deber lo olvida todo.

Sin duda alguna estaba pensando en voz alta en lugar de responder a Carlin. Él volvió a caer de nuevo en aquel extraño presentimiento de que algo raro ocurría. Le dio la impresión de que en las palabras de Floring había una velada advertencia hacia la muchacha.

V - EL JUEGO DESESPERADO

El camión avanzaba por la oscura carretera. En el cielo, las estrellas brillaban como cadenas de luz. Vega, Arturo y Altair, que parecían estar muy lejos.

La casa estaba sumida en la oscuridad cuando Marn detuvo el camión tras ella, aunque había luces todavía en el taller. Había una tranquilidad solemne cubierta por la noche de verano.

—Tengo que llevar estas cosas a Jonny —dijo la muchacha.

—Marn, ¿qué es lo que en realidad están planeando tus hermanos? —preguntó Carlin—. ¿Lo sabe Floring?

Ella hizo un gesto que denotaba la incomodidad que le embargaba.

—Ya te habló Jonny de todos sus planes, ¿no es así?

La muchacha tenía tan poca traza para mentir que inmediatamente su rostro reflejó lo que en realidad sentía en su interior, y más todavía lo demostró, al mirar a Carlin con el rostro turbado, cosa que hizo que el joven sintiera un impulso repentino, se inclinase sobre ella y la besara.

Su cuerpo era terso y tibio entre sus manos y su respiración estaba entrecortado tras sus labios carnosos y fríos. Pero sin embargo no hizo la menor acción de resistirse.

Él la miró fijamente:

—¿No te importa, verdad? —le preguntó.

—No, no me importa —dijo Marn con la voz apagada—. Está bien que un visitante del mundo estelar, antes de partir, tenga un pequeño «flirt» con una muchacha de la Tierra.

—Pero... no es cierto eso —empezó a protestar Carlin, y luego se detuvo.

¿Después de todo, qué había de malo en ello? ¿Qué otra cosa

podría ocurrir si no esto?

—Está bien, pero no lo vuelvas a repetir —dijo tranquilamente Marn—. Buenas noches, Laird.

El muchacho se fue hacia la casa sintiéndose deprimido. En aquellos momentos deseaba no haber tenido aquel impulso. Marn no era una muchacha sofisticado.

Tendido en su cama y mirando hacia la distancia a través de la ventana y paseando su vista por el valle, Carlin la oyó llegar y retirarse. Sin duda alguna Jonny y Harp trabajaban todavía.

¿En qué estaban trabajando en realidad? ¿Por qué había sido Floring tan grave en su velada advertencia?

—¡Pero qué demonios, esto a mí no me importa! —bostezó Carlin—. No hay muchas cosas en este pequeño sistema para que puedan meterse en conflictos. No hay más que ocho o nueve pequeños planetas y un Sol para todos.

De pronto Carlin se sentó sobre la cama como movido por un resorte, mientras su mente repasaba su último pensamiento.

—¿El Sol? ¡Dios santo, ahí es a donde quieren ir! ¡Tiene que ser allí! ¡Exploración solar!

Se sentía desmayado, horrorizado por la repentina autorrevelación. Aquel misterio que le preocupó desde el primer momento de su llegada se había disipado repentinamente haciéndole ver con toda claridad.

—¡Pero... no estarán tan locos como para intentarlo! Y sin embargo, todos sus preparativos, las pantallas contra las radiaciones solares, el secreto que mantienen, y aquella máquina que vi... ¡Podría ser una draga magnética!

¡Exploración solar! La más estrictamente prohibida de todas las empresas, castigada por el Consejo del Control desde que ocurrieron los primeros desastres, al fracasar algunos intentos hacía ya muchos años.

La visión de todas aquellas posibilidades hicieron mella en Carlin y por un momento se dio cuenta de que sus sospechas estaban bien fundadas.

—¡Pero Jonny Land no lo intentaría! Es un C.E., y sabe lo que podría ocurrir.

Sin embargo, Carlin no se podía convencer a sí mismo. Recordaba solamente la obsesión sin límites de Jonny por la falta de

cobre en la Tierra, y la decisión que tenía en llegar a conseguirlo.

Floring debía sospechar algo. Ese era el motivo por el que el oficial de Control había hecho la advertencia.

Carlin se levantó enfebrecido y se vistió. Tenía que descubrir la verdad, ahora o nunca. Si los hermanos Land y sus amigos estaban verdaderamente metidos en aquella alocada empresa, había que detenerlos aunque para ello tuviera que informar a las Operaciones de Control.

Si pudiera echar un vistazo al interior de la máquina podría saber inmediatamente si en realidad era una draga magnética, pensó.

Salió muy despacio de la oscura casa y caminó entre la luz que le ofrecía la noche. Luz y sonidos de actividad llegaban todavía desde el taller.

Carlin fue hacia allí. Odiaba espiar. Pero tenía que informarse. No podía permitir un loco intento que trajera consigo el desastre.

El taller estaba cerrado, y no había ventanas. Pero mientras permanecía en pie, indeciso, las grandes puertas principales se abrieron y Loesser y otros dos jóvenes terrestres salieron sacudiéndose las manos y las mangas de sus ropas.

—Volveré mañana, Jonny —dijo Loesser volviéndose hacia el edificio— tenemos que terminarla en unos cuantos días.

Los tres se fueron hacia la furgoneta y ésta se puso en marcha y se alejó.

Carlin se adelantó y aprovechándose de la ventaja que le ofrecía la oscuridad entró en la habitación iluminada. Jonny y Harp Land trabajaban todavía en el mecanismo central, antes de abandonar el trabajo.

Una mirada en el interior de aquella maquinaria para los ojos acostumbrados de Carlin. Aquellas tuberías de corriente magnética, la bomba masiva, la batería y los filtros de Markheim; tenía razón, era tanto como tener ante sus ojos el desastre.

Un objeto pequeño y duro se apoyó sobre la espalda de Carlin y una voz titubeante le habló con rabia al oído.

—Esto es una pistola atómica. Levanta las manos. No quiero hacerte ningún daño.

—¡Marn! —exclamó sorprendido.

—No te vuelvas —le advirtió la muchacha. Su voz estaba

conmovida—. Te oí levantar y te seguir hasta aquí. Eres un espía.

Carlin se sintió sorprendido y al mismo tiempo horrorizado por haber descubierto los planes catastróficos de los hermanos, y entonces no pudo contener el impulso desesperado de volverse contraer arma apoyada en su espalda. Dio media vuelta y asió el revólver atómico.

Hubiera sido suicida si el arma hubiese estado en otras manos que no fuesen la de Marn.

Pero ella tan poco acostumbrada a la violencia mortal, dejó que su dedo titubeara sobre el gatillo. Quizá no se hubiera atrevido a parar de todos modos. Meditando más tarde sobre ello, se dio cuenta de que no lo hubiera hecho.

Lo que ocurrió fue que él cogió el arma con su mano y se la arrancó de las de la muchacha antes de que ella terminara de dudar. Marn, pálida, gritó:

—¡Harp! ¡Jonny!

Los dos hermanos llegaron corriendo desde la parte trasera del taller y el rostro de Harp se oscureció mortalmente cuando les vio. Carlin saltó hacia atrás, y levantó el arma que acababa de arrebatar a la muchacha.

—¡Atrás! —exclamó secamente. Y como Harp Land continuara avanzando ciegamente, él dijo—: ¡No quiero matar a nadie!

La voz de Jonny se alzó sobre las demás.

El más joven, aunque parecía un tanto lívido, no había perdido la calma.

—Detente, Harp.

Harp Land se detuvo como petrificado con el puño levantado Y mirando fijamente a Carlin.

—Ya te lo dije —dijo secamente Harp mirando a su hermano—, ya te dije lo que ocurriría si le tomábamos entre nosotros.

Marn se había ido corriendo hacia ellos con el rostro pálido.

—Es culpa mía, Jonny —dijo desesperada— le oí salir y le seguí, pero me dejé arrebatar el revólver en lugar de disparar.

—Tranquilízate, Marn —murmuró Jonny—, todo terminará bien. Lo que ocurre es que Carlin no comprende.

El más joven, en aquellos momentos era el más fuerte que ninguno de ellos.

—Lo comprendo todo muy bien —dijo Carlin—, lo comprendí

todo esta noche y un vistazo a la draga magnética me confirmó mis temores. ¿De modo que ibais a hacer una prospección a Mercurio, eh? Nunca tuvisteis tal plan. Vosotros y vuestros compañeros os estabais preparando para intentar la exploración solar.

Los ojos y la voz de Jonny se mostraron llenos de serenidad, cuando dijo:

—Carlin, la Tierra está falta de poder, tú mismo lo has visto. Para conseguir el poder que haga revivir a nuestro mundo necesitamos cobre. Y el cobre en nuestros planetas hace mucho tiempo que se extinguió. Pero hay todavía billones de toneladas de cobre en nuestro sistema, en un lugar. El Sol. Está allí en forma de gases calientes y hay más cobre del que la Tierra y nuestros planetas hermanos necesitarán en los milenios venideros. Es nuestra única fuente posible para conseguir el cobre e intentamos aprovecharla.

—Tú y los otros os habéis preocupado durante tanto tiempo por la necesidad de cobre que os habéis vuelto locos —dijo Carlin lleno de cólera.

—¿Qué hay de loco en emplear el cobre del Sol para nuestro planeta? —preguntó Jonny.

—¿Y tú, un C.E. me preguntas esto? —gritó Carlin—. Tú sabes tan bien como yo que la exploración solar no trae más que catástrofes. Sí, ya sé que os podéis acercar mucho al Sol con vuestra nave. Que podéis succionar todos los gases de cobre que queráis con vuestra draga magnética. Pero ¿qué ocurre en vuestro Sol cuando realizáis esto?

»Sabéis tan bien como yo —continuó— lo que ocurriría y lo que siempre ha ocurrido cuando esto se ha intentado. La succión crea una agitación en la superficie solar y ésta crece y crece hasta que se convierte en un terrible tifón que vierte el desastre a modo de fuerzas eléctricas sobre los otros planetas. Sabéis bien que esto ha ocurrido siempre que la exploración solar se ha intentado y de ahí que el Consejo del Control prohíbe la exploración solar.

Jonny Land asintió tranquilamente:

—Ya sé todo eso. Pero supón que he encontrado un medio de realizar la exploración solar sin provocar tifones.

Carlin no creía lo que estaba oyendo.

—No, no lo has encontrado. Nadie lo ha hecho. No hay medio

de lograrlo. Aspira gases desde cualquier punto del Sol y harás bajar la presión en ese punto y automáticamente el descenso de presión provoca el tifón.

—Carlin, yo he encontrado el medio de hacerlo. Créeme, del modo que yo pretendo hacerlo, sacaremos ilimitadas cantidades de cobre del Sol sin crear ningún desastre.

Laird Carlin respondió:

—Me dices eso porque sabes que voy a explicar vuestros planes a las Operaciones de Control.

—¡No lo harás! —gritó Marn incrédula.

Carlin asintió con firmeza:

—No querría hacerlo. Pero no puedo permitir que un puñado de hombres locos traigan un desastre que podría borrar la vida en todos los planetas.

—¡Pero Carlin, por Dios, sé razonable! ¿Por qué supones que yo te traje aquí para vivir con nosotros? Fue porque eres un C.E. y necesitaré a otro ingeniero entrenado para que me ayude en las operaciones. ¿Y crees que yo pensé en que me ayudarías sin estar seguro de que podría convencerte de que he encontrado el medio de llevar a cabo la exploración solar? ¡Te puedo convencer, Carlin!

Carlin presintió la convicción en la voz de Jonny.

—Todo lo que te pido —decía Jonny con ansiedad— es que me des una oportunidad para explicarte nuestros planes. Sé que puedo convencerte de que podemos explotar el Sol sin el menor peligro de desastre.

—¿Si es así —preguntó Carlin escéptico por qué no convences al Consejo del Control para que te dé el debido permiso en lugar de hacerlo en secreto?

—Carlin, ya intenté convencer al Consejo —declaró Jonny Land—, les hice una petición tras otra, dándoles detalles exactos de mi plan. Pero el Consejo no está compuesto de ingenieros. Y el prejuicio popular contra la exploración solar debido a los desastres pasados es tan fuerte, que el Consejo rehúsa darnos el permiso para intentarlo.

—Esa es la razón por la cual Ross Floring y los otros de las operaciones de Control, vigilan tan de cerca a mis hermanos, Laird —añadió rápidamente Marn—, saben nuestras peticiones, y Floring sospecha que Jonny está dispuesto a intentarlo sea como sea.

Carlin tenía que admitir que todo parecía muy lógico, sin embargo, se mantenía irresoluto con el revólver atómico en la mano.

—Te hago una proposición, Carlin —dijo Jonny— te explicaré todos los detalles de nuestro plan por la mañana. Si no admites que todos esos detalles están completamente fuera del peligro de desastre, dejaré que vayas a explicárselo a Floring. Te doy mi palabra.

Carlin le miró dubitativamente:

—Jonny, serías capaz de romper tu palabra y hasta de dejarte matar por llevar a cabo tu propósito.

Jonny Land respondió:

—Es verdad. Pero por otra parte continúo deseando tu ayuda en este proyecto. Por eso quiero convencerte y esa es la mejor garantía que te puedo dar.

Carlin no supo que responder, pero fue bajando el arma.

—Te puedo decir ahora mismo que no pienso tomar parte en ninguna aventura ilegal —dijo Carlin— pero me gustaría oír tus explicaciones.

—Bueno —dijo Jonny con aspecto cansado— ya hemos sufrido bastante esta tarde. Harp, cierra el taller y por hoy basta.

Carlin miró un tanto desconfiado a Marn mientras le devolvía la pistola atómica.

—Siento mucho haberme mostrado tan descortés ante vuestra hospitalidad —le dijo— se trata simplemente de que no puedo permanecer con los brazos cruzados viendo cómo se fragua una catástrofe.

—Ya lo sé —dijo Marn con soberbia, aunque no había hostilidad en su rostro— pero ya te darás cuenta de que Jonny sabe lo que se hace.

Desde la oscuridad les llegó una voz un tanto chillona que hizo que Laird Carlin se volviese sorprendido.

—Bueno, me alegra que hayáis terminado de discutir por esta noche. Ya es hora de que las personas decentes se vayan a la cama.

Gramp Land estaba de pie en la oscuridad donde al parecer había permanecido desde hacía rato. Había una mueca extraña en su rostro mientras bajaba despacio el revólver atómico que había estado sosteniendo durante largo tiempo.

—Le aseguro que ya estaba cansándome de apuntarle a su espalda, señor Carlin —murmuró el viejo.

SE LE DEBE UNA OPORTUNIDAD A LA TIERRA

Las dudas asediaban a Carlin tan pronto como se retiró. No pudo dormir ni descansar en toda la noche.

¿Habría hecho una chiquillada al dejarse persuadir por Jonny para oír el plan que concebían? Jonny era bastante sincero, pero era un fanático en el aspecto de querer dar una seguridad al poder de la Tierra.

La tozudez de los terrestres era proverbial. Estos hombres, desesperados por la pobreza de su mundo, podían pensar muy poco o no llegaban a concebir una catástrofe solar solamente por el deseo de querer el cobre que necesitaban.

Carlin se estremecía. Recordaba lo que había ocurrido hacía años en la estrella Nizar cuando se habían intentado las excavaciones solares. La atracción de las fuerzas magnéticas había creado una rotación en los gases de la superficie. Y entonces fue cuando esa atracción atrajo a las naves buscadoras de minas lo mismo que había ocurrido más tarde en Polaris y en Delta Gemeni. Ese era el motivo del porqué el Consejo del Control había prohibido que se llevasen a cabo otros intentos de explotaciones en otras estrellas. La ciencia del hombre, siendo tan grande, no era lo suficientemente grande y lo suficientemente preparada para llevar a cabo intentos de explotaciones en otras estrellas.

Y Carlin veía también como esos terrestres se volverían inevitablemente tras sus pensamientos después de la excavación solar. No quedaba cobre en ninguna de las estrellas del sistema, excepto en una, su Sol. Y éste tenía cantidades ilimitadas del poderoso metal en forma de vapor.

Carlin pensó en todo esto antes de amanecer, luego se durmió un poco y se levantó con el Sol. Bajó para encontrar a los demás que estaban ya desayunando. Cambiaron unas palabras de saludo todos, excepto Harp Land que permanecía en su rígido y temeroso silencio.

—Saldremos y demostraremos nuestro trabajo tan pronto como hayamos desayunado —dijo plácidamente Jonny.

Gramp Land era el único que estaba de buen humor. El viejo habló a Carlin.

—Usted fue muy razonable la última noche. Me hubiera sabido muy mal desembarazarme de usted.

Marn sonrió plácidamente.

—No lo hubiera hecho, usted no tiene ánimo ni para matar una mosca.

—¡Oh! ¿De qué estás hablando? —exclamó Gramp indignado—, cuando yo era joven, me llamaban el terrestre más duro en el espacio.

Carlin salió silenciosamente hacia el taller con Harp y Jonny. El más joven abrió el edificio y luego hizo un gesto hacia la alta máquina cilíndrica.

—Primero échele un vistazo —gritó.

Carlin fue inspeccionando el mecanismo de la máquina con ojos conocedores. Las dragas magnéticas estaban un tanto fuera de su línea, aunque la parte principal del mecanismo se veía con toda claridad.

—¿Comprende usted la idea básica de la explotación solar? —decía Jonny—. Una nave se acerca a la fotosfera o a la superficie visible del Sol tanto como le sea posible, protegida por pantallas que impiden el paso de las radiaciones. Entonces se pone en movimiento la draga magnética. La draga genera un alto poder magnético. Entonces el eje principal de la nave se dirige hacia abajo. Protegida por los gases extremadamente calientes de la superficie solar.

»Estos gases están formados por docenas de metales y otros elementos en forma vaporizada; hierro, cobre, sodio, calcio y otros mezclados juntos. Entonces la parte principal de nuestra nave aspira una columna de esos gases y la mete en una de sus cámaras.

»Los gases se aspiran aquí a través de los filtros markheim que

hacen de pantalla a los átomos de cualquier elemento que se desee. Los gases de cobre se recogen aquí, se solidifican por enfriamiento y se almacenan. Los otros atraviesan los filtros.

Carlin asintió brevemente:

—Y esos gases que no son deseados son lanzados nuevamente al espacio, y entonces vuelve a subir una nueva mezcla solar y así hasta que la nave está llena de cobre. Sí, es el mismo esquema que se usó en las excavaciones de Mizar y Polaris. ¡Y dará el mismo resultado! Aspirar gases en cualquier sitio de la superficie solar baja la presión, y la presión baja, en cualquier mundo de la fotosfera, forma un rodamiento de gases e inmediatamente viene la catástrofe.

Jonny Land sacudió la cabeza:

—Está usted haciendo conclusiones demasiado rápidas. Esta draga no se limita simplemente a arrojar los gases innecesarios al espacio como se hacía en los planes más antiguos. Mire esta columna de cabeza un poco más cerca.

Carlin miró y quedó intranquilo e inquieto después de una breve inspección de la curiosa construcción concéntrica de tal cabeza.

—No comprendo. Parece como si hubieran dos cabezas circulares, una dentro de la otra.

—Eso es —dijo Jonny—. El secreto de mi esquema. Bajas presiones en la superficie solar en el punto de succión, crea una rotación, y por tanto la pérdida de todos los resultados. Pero supongamos que podemos recoger gases sin perder la presión...

Carlin le miró sorprendido:

—¿Cómo?

—Por medio de esas dos cabezas —recordó el joven con inquietud—. La interna es la que hace una atracción positiva magnética para atraer los vapores solares. La externa es la que está designada a arrojar el simultáneo magnetismo de los vapores no deseados y devolverlos al Sol.

El significado completo de la explicación, dejó estupefacto a Carlin, y las posibilidades de un buen resultado cruzaron por su cerebro.

No dijo nada, pero se metió por dentro de la construcción de aquella maquinaria y durante un minuto estuvo inspeccionando el interior y el exterior de las dos cabezas de los tubos de alimentación y de los cortes de propulsión. Al fin salió y se acercó a ellos.

—¿Y qué? —le dijo Jonny Land proponiéndole que diese su opinión.

Carlin hizo chasquear sus labios:

—Tengo que admitir que su esquema parece bastante práctico. En principio debería ser posible poder succionar los gases sin sufrir efectos solares, usando ese continuo movimiento de succión de los gases innecesarios...

—¿Pero qué? —preguntó Harp Land frunciendo el ceño.

Carlin sacudió la cabeza.

—¡Pues demonios! No veo porqué el Consejo ha denegado su petición si el trabajo es tan factible como parece.

Jonny se encogió de hombros:

—Ya le dije el porqué. El Consejo del Control contiene los más exquisitos hombres de Estado en la Galaxia. Hombres de Estado pero no ingenieros. Ellos admiten los informes de sus expertos y nada más. Pero dijeron que era demasiado peligroso correr el riesgo cuando ha habido varios fracasos. No necesitamos cobre que nos salga tan caro, dijeron.

Sus puños se apretaron en movimiento de rabia y de impaciencia:

—¡No necesitamos cobre! La Galaxia completa es la que no lo necesita quisieron decir. Pero lo importante es que un pequeño mundo llamado Tierra se está hundiendo y muriendo a causa de la falta de cobre y de ese modo no puede formar parte de la Galaxia como lo hacen las otras estrellas. ¿A quién le importa eso si no es a un terrestre?

Era la primera vez que Carlin había visto a Jonny Land dar rienda suelta a sus emociones. La rigidez sobrehumana que dominaba y que regía las acciones de aquel joven, durante un momento fue incontenible y se deja notar en su rostro. Permaneció mirando aquella maquinaria con ojos inquietos antes de volverse hacia Carlin.

—Carlin —dijo entonces— sólo hay un medio para poder demostrar al Consejo que este sistema de excavación solar ofrece seguridad. ¡Y el medio es llevarlo a cabo! Eso es lo que vamos a hacer. Vamos a ir al Sol y volver con un cargamento de cobre. Entonces verán que es totalmente seguro. No les quedará otro remedio que dar su consentimiento. Y toda una flota con dragas

equipadas que puedan succionar bastante cobre del Sol, saldrá para dar a la Tierra todo el poder que necesita y necesitará de aquí en adelante.

—Usted ha visto nuestro aparato y conoce nuestros planes. Usted ha visto bastante la Tierra para saber hasta qué punto el éxito de nuestros planes tiene una significación para nuestro mundo. Carlin, todavía quiere usted hablar a Floring de todo esto.

—¡No puede hacerlo! —exclamó Harp Land con rudeza—. ¡Usted no puede destruir todas las esperanzas que las gentes de este mundo ponen en nosotros. Usted y todas las gentes del mundo estelar, deben darle esta oportunidad a la Tierra!

Carlin no respondió conmovido por sentimientos contradictorios. Con una fuerza intensa se manifestaba la admiración que sentía como ingeniero, por la ingenuidad y osadía con que Jonny Land daba la solución a aquel problema.

Pero había otras cosas en que pensar. Era el deber de que cada ciudadano tenía que hacer cuanto el Consejo del Control dictaba. Aquella ayuda era la que hacía que aquella civilización galáctica no decayese. Por tanto estos terrestres, este pequeño grupo que luchaba con tanta tenacidad por su antiguo mundo estaban en contra del Consejo.

—¡Jonny! —se oyó un grito agudo de Marn desde el exterior—. ¡Jonny!

—¡Algo ocurre! —dijo excitado Jonny, yendo con toda rapidez hacia fuera.

Todos corrieron hacia el exterior. Marn venía corriendo hacia ellos, en el mismo momento que oyeron el zumbido de un coche que se aproximaba.

—¡Es Ross Floring, que viene! —dijo Marn—. ¡Reconocí su coche cuando pasaba bordeando la colina!

Harp lanzó una exclamación que Jonny cortó rápidamente:

—No viene nada más que para echar un vistazo por los alrededores. Sospecha lo que estamos haciendo pero no está seguro. No os mostréis Inquietos.

Harp hizo un gesto a Carlin.

—Pero si él dice algo, Floring lo sabrá.

Una voz agradable cortó su conversación. Ross Floring con su uniforme gris, llegaba por el lado posterior de la casa y gritaba

desde el coche.

—¡Eh, amigos! —saludó— pensé en veniros a ver. Jonny, hace muchas semanas que no te he visto. Cada vez que vienes al aeropuerto del espacio, pasas el tiempo enterrado en esta nave.

Jonny sonrió:

—Nos tiene muy ocupados para dejarla a punto.

Laird Carlin tuvo la sensación de que había una amistad profunda entre el oficial de Control de Operaciones y el joven Ingeniero, pero había una tensión interna que no se manifestaba con palabras. Se mostraba bajo la fría sonrisa de Jonny y los ojos agradables de Floring. Floring miraba más allá de ellos a través de las puertas abiertas del taller y hacia la construcción magnética de la nave.

—¿Es ese vuestro artefacto descubridor de metales, Jonny? ¿Eso es lo que vais a emplear para descubrir cobre y mercurio?

Se acercó. Harp Land hizo un movimiento violento hacia delante, pero una mirada fría de su hermano le detuvo.

—¡Sí, éste es! —dijo Jonny—. ¿Quiere echarle un vistazo, Ross?

Floring se mantenía en pie mirando hacia la parte superior de la máquina. Rió por la pregunta.

—Jonny, sabes bien que yo no soy ingeniero. Una cosa como esta yo no puedo llegar a comprenderla —luego se volvió hacia Carlin—. Pero usted, señor Carlin, es un C.E. ¿Qué piensa de este detector de metales planeado por Jonny? —El silencio se alzó por encima del grupo. Por un momento el rostro de Floring fue inmovible, agradable, pero su propósito era obvio. Sabiendo que Carlin había venido a la Tierra simplemente por un caso de tratamiento fisio-mental, contaba con la sinceridad y la confianza de éste.

Carlin sintió los ojos de los dos hermanos sobre él, en aquel momento ¿qué había de hacer un buen ciudadano de la Galaxia? ¿Debería informar a Floring de todo cuanto ocurría? Era su deber hacerlo.

VII - LA ÚLTIMA FRONTERA

Tan pronto el coche de Floring se hubo alejado, el pequeño grupo se quedó en silencio.

—Jonny, tú sabes bien por qué tomo esas fotografías. Él las pasará por telefoto al cuartel general de Canopus para que sean examinadas por ingenieros expertos, y entonces dictaminarán que la máquina no es otra cosa que una draga magnética dirigida a la excavación solar.

Jonny asintió:

—Sí, claro. Floring ha sospechado nuestros planes hace mucho tiempo, y ahora quiere asegurarse.

—Y cuando la dictaminación vuelva desde Canopus, él se apoderará de la nave y con esto hará imposible nuestra expedición —expuso Harp.

—Ya lo sé —dijo Jonny Land, mientras sus ojos azules se movían inquietos— pero esto les costará catorce o quince horas antes de que vuelva el dictamen. Antes de que transcurra este tiempo nosotros estamos dirigiéndonos hacia el Sol.

Laird Carlin se sintió sorprendido, pero antes de que pudiera hacer ningún comentario, Jonny continuó hablando tranquilamente:

—Es nuestra única y sola oportunidad, salir de aquí antes de que Floring reciba la prueba evidente que le autorice a detenernos. La nave está casi terminada. Si podemos instalar en ella «Phoenix» y salir esta noche, tendremos una oportunidad para probar que la excavación solar en la Galaxia puede llevarse a cabo con toda seguridad.

—¿Instalar los accesorios principales esta noche? —gritó Harp Land. El rostro fuerte de aquel gigante de Harp se mostraba malhumorado e inquieto—. ¡Jonny, no podemos hacerlo tan pronto!

—¡Pues tiene que ser así! —cortó rápidamente la voz de Jonny—. Harp, ve a buscar a Loesser y a Vito y a los otros muchachos. Haz que traigan el camión grande con ellos. Si trabajamos lo suficiente podemos estar prestos para partir cuando oscurezca. Una vez estemos en el «Phenix» podemos partir y completar el resto de las instalaciones en el espacio.

—No se puede hacer —gritaba nervioso su hermano. Sabes que tú mismo decías que necesitaríamos al menos una semana para llevar a cabo esta instalación.

Carlin se adelantó. Él había tomado hacía tiempo esa decisión. La había tomado desde el momento que había hecho aquella respuesta que fue decisiva para Floring.

—Sabéis que yo soy un C.E. —recordó—. Yo puedo ayudaros mucho en esta instalación.

Marn le miró fijamente, sorprendida por la alegría que se reflejaba en sus ojos y Harp Land hizo una mueca de sorpresa al mirar a Carlin.

—¿Lo harías? ¿Ayudarnos? Pero, Dios mío, si quisieras hacerlo...

Los ojos brillantes de Jonny estaban puestos de un modo preocupado sobre el rostro de Carlin.

—Carlin, estaba esperando esto. Sabía desde el primer momento que necesitaría la ayuda de otro ingeniero para la instalación y acabado de mi propósito. Te traje a casa porque lo estabas deseando y quería poderle enrolar con nosotros para que nos ayudaras antes de que empezásemos nuestra expedición. Pero de todos modos tengo que advertirte. Estamos entorpeciendo las órdenes del Consejo del Control. Puedes perder tu certificado e incluso ser conducido a la prisión de Rigel, aunque nuestros planes tengan éxito. Y si fracasásemos, quizás mueras con nosotros. Después de todo, la Tierra no es tu mundo.

—¿Pero quién demonios está haciendo nada por la Tierra? —repuso Carlin—. Este viejo planeta vuestro no significa nada para mí.

—¿Laird, está usted seguro de esto? —preguntó Marn con los ojos ansiosos de la respuesta.

—¿Acaso tenemos que mostrarnos sentimentales en este momento? —preguntó Carlin rudamente—, soy ingeniero, y éste es

el mayor experimento de ingeniería que se ha llevado a cabo durante cientos de años. ¿Cree usted que por egoísmo no voy a estar impulsado a él? —y luego añadió—. Y en lo concerniente a haberme mezclado en este asunto, creo que ya estoy suficientemente metido en él. Cuando yo negué a Floring que esto fuera un aparato magnético, me compliqué ya en el asunto. Por tanto debo procurar que todo salga con éxito.

Harp Land iba corriendo hacia su camión. Jonny dio unas cuantas rápidas órdenes a su hermana.

—Marn. Quiero que tú y Grand vigiléis la carretera esta noche. Quizá vuelva Floring. Carlin, usted y yo no tenemos ni un momento que perder.

Carlin caminó tras el joven hacia el taller, y una vez allí Jonny le explicó rápidamente lo que quedaba por hacer.

—Las partes traseras de los conductos de alimentación hacia las cabezas de las bombas, hay que asegurarlos, las partes refrigerantes para solidificar el cobre no están todavía en su sitio, y el aparato en sí, tiene que asegurarse sobre su esqueleto si es preciso que vuele esta noche.

Carlin se sorprendió por la cantidad de trabajo que quedaba por hacer, para dos manos. Pero Jonny añadió de un modo que demostraba su coraje y fe en su empresa.

—Loesser, Harp y los otros pueden ayudarnos en las otras operaciones que son necesarias para poco antes del despegue. Son todos ellos hombres veteranos en el espacio y saben cómo manejar los útiles ordinarios.

Carlin se dispuso al trabajo con Jonny. Pero mientras se entretenían con el emplazamiento de los tubos refrigeradores y los de alimentación en el mecanismo, un algo extraño oprimía la mente de Carlin.

¿Por qué estaba él allí, rompiendo las leyes del Control y arriesgando su certificado Y su libertad? ¿Por qué cargaba con esos riesgos que al fin y al cabo no eran nada más que para aquellos hombres que se dirigían a un planeta que no habían visto nunca hasta hacía unas semanas?

—¿Todavía?, debo tener la enfermedad de las estrellas —pensó con cierto desmayo—, de otro modo nunca me hubiera mezclado en esos asuntos. ¿Excavación solar?

Una reacción ciega le estaba dominando. Desde luego él no era el tipo apropiado para compartir ideas quijotescas. Él era Laird Carlin soberbio, ingeniero muy trabajador, que él aquel momento debería estar al otro lado de la Galaxia y de lleno metido en el trabajo a que pertenecía.

Durante todo aquel tiempo, la mente de Carlin daba vueltas y más vueltas a aquel asunto de una manera desesperada, en una reacción de reproche, mientras trabajaba con Jonny a la mayor velocidad, yendo de un lado a otro en aquel esqueleto metálico mientras verificaba y ponía a punto agujas de control y los filtros de Markheim.

El sonido de unas furgonetas rompió el silencio del aire, y Harp Land llegó corriendo hacia el taller.

—Tengo los otros. Loesser los trae ahora en la gran furgoneta —dijo Harp—. ¿Qué es lo que quieres que hagamos, Jonny?

Loesser, Vito y los otros Jóvenes terrestres que llegaron a todo correr tras Harp estaban dominados por el nerviosismo. El amplio y rojo rostro de Loesser brillaba por la emoción, mientras se acercaba a Carlin.

—Tengo que pedirle perdón. Nunca pensé que llegaría un día en que un extranjero del mundo de las estrellas llegara aquí y se acercara a nosotros para ayudarnos.

—Olvédelo y póngase a trabajar con los conductos de alimentación —respondió Carlin—. Vengan aquí que les enseñaré.

A través de las calurosas horas de la tarde, el humo y la densidad del aire se fueron haciendo densos en aquel taller.

Agotado por el sudor y el trabajo y por aquellas posturas encogidas y retorcidas que tenía que adoptar Carlin en algunos momentos, estuvo sin cesar trabajando dentro de la gran nave.

Durante todas las horas, en el ritmo de aquel trabajo contra reloj, sus pensamientos estuvieron latiendo de un modo extraño en su cerebro.

¿Todo esto y sin ninguna razón? Para alguien de un mundo extraño, un mundo que al fin y al cabo dentro de un tiempo tendrá que ser evacuado. En el caso de que lleven a cabo su empresa no ganarán nada. Si pierden, el Sol los matará como a hormigas.

Trabajó ciegamente. Debía de estar como loco, pues cuanto había comenzado lo terminó.

Estaba trabajando contra un tiempo de límite inexorable que se acercaba rápidamente. Cuando las sombras empezaron a caer, al desaparecer el Sol, ellos no habían concluido.

Jonny Land se acercó para encender las luces del taller. Su rostro estaba cubierto por rastros inequívocos de fatiga y sudor.

—Dos horas más —dijo con ansiedad— no tenemos más tiempo en el caso que tengamos que poner la nave en el Phoenix y salir al espacio antes de las doce de la noche.

Esas otras dos horas parecieron semanas para el esfuerzo de Carlin.

Y el pícaro demonio en su cerebro, continuaba diciéndole:

—¡Ese no es asunto tuyo, ya lo sabes!

—¡Ya está casi terminado! —declaró al fin la voz ansiosa de Jonny— podemos enlazar estos últimos cables en el viaje. Todo el trabajo que requiere útiles pesados está terminado y no podemos permitirnos el lujo de tomarnos más tiempo.

Todos ellos estaban borrachos de fatiga por el trabajo ininterrumpido de doce horas, entre útiles y cables. Sucios de sudor y fatiga miraron a Carlin como un grupo de demonios.

La energía de Jonny parecía inquebrantable.

—Marn —ordenó—, vete hacia la gran furgoneta. Harp, tú y Carlin venir aquí.

El camión grande con caja ancha, enorme, fue retrocediendo perezosamente hacia el taller, y cargaron la nave magnética cuidadosamente. Loesser y los otros encadenaron con rapidez aquel cuerpo en el camión.

Jonny se fue hacia la cabina.

—Muy bien, salimos. Harp, conduce tú. No, Marn, tú vienes al aeropuerto del espacio con nosotros.

Marn palideció y sus ojos se agrandaron, al pesar y ver los trazos de la pistola atómica que se marcaba en el bolsillo de Harp.

—¡Oh!, Jonny eso no, ocurra lo que ocurra.

Los ojos de Jonny brillaron de un modo enfebrecido:

—Eso o nada —susurró—. Tú sabes bien lo que esto significa para nuestro pueblo, Marn.

Luego su rostro perdió aquella inquietud y le dio unos golpecitos en el brazo.

Las lágrimas corrieron por el rostro de la muchacha al mismo

tiempo que abrazaba y besaba a su hermano y después a Harp, su otro hermano.

Carlin subió con cierta dificultad al camión, cuando notó que ella le tocaba el brazo.

—Tú también Laird —susurró—. Todos vosotros debéis volver.

—Subid —gritó Harp Land. Entonces el camión se puso en movimiento. Carlin iba en la cabina y bajo la oscura noche rodaban a una velocidad más que moderada por aquella carretera hacia el valle. De pronto aquella pesadilla que había estado azotando el cerebro de Carlin durante todo el día se había desvanecido y no quedaba nada más que un rasgo de dulzura en su rostro. Mientras, el camión se alejaba vertiginosamente con la máquina enorme a sus espaldas hacia el aeropuerto del espacio. El aire de la Tierra y el olor de la Tierra, era algo difícil de olvidar y difícil de comprender para Carlin. Aquella tierra dormida que sonaba de un modo extraño a sus oídos; algunas de las luces del viejo aeropuerto del espacio, y aquella pequeña torre distante, que indicaba el lugar de donde hacía mucho tiempo habían partido algunos hombres del espacio, apareció ante sus ojos. Este pequeño mundo, la Tierra, merecía de que alguien se arriesgase por ella, aunque ese alguien, fuese un extranjero procedente de las estrellas.

Estaba convencido de que se hallaba un poco loco, pero había algo escondido en el más pequeño rincón de su mente, que le decía que todo aquello no era nada más que una simple intoxicación de sus emociones que le estaban desvirtuando la razón. Pero aquel diablejo que se había movido incesantemente en la mente de Carlin se había ido y estaba totalmente compenetrado, tanto en espíritu como en propósitos, con sus compañeros. También los otros estaban experimentando aquella reacción salvaje, pues Loesser gritó de detrás de Carlin:

—¡Es algo así como evadirse de una prisión!

—Aún no hemos salido de la Tierra —advirtió Jonny— apaga las luces y vete hacia la parte norte del aeropuerto del espacio, Harp. Conduce el Phoenix tan reposadamente como puedas. —Un poco más tarde advirtió—: Más despacio. Arrímate hasta ese otro lado.

Con menos luz y con el simple murmullo de los motores, el gran camión serpenteó a lo largo de aquel muro oscuro que formaba el aeropuerto del espacio. La pequeña nave espacial tomó una forma

negra oscura dentro de la oscuridad de la noche. Era un gran torpedo apuntando hacia las estrellas. Harp condujo hacia un lado la furgoneta y luego saltó de la cabina. Unas luces se encendieron de pronto y un cuerpo uniformado apareció ante ellos con un revólver en la mano.

—Pensé que vendrías —dijo Ross Floring tranquilamente—. Jonny créeme que lo siento.

Carlin se quedó tan helado como sus compañeros, por la situación tan desafortunada que habían tomado de pronto los acontecimientos. Floring salió a la luz.

—He estado mirando vuestra nave mientras esperaba —dijo— habéis hecho una preparación mucho más minuciosa y secreta de lo que es necesario para ir al lado caliente de Mercurio. ¿Os dirigáis al Sol?

—No puedes probarlo Ross —dijo tranquilamente Jonny—, no tienes ninguna prueba.

—Pero tengo las suficientes como para prohibir que esta nave salga de la Tierra hasta que se hayan realizado las investigaciones oportunas —replicó Floring— una situación totalmente cierta de los acontecimientos, me llegará de Canopus por la mañana. Entonces veremos.

Carlin vio entonces la gigante y oscura figura de Harp Land rodeando el camión y dirigiéndose por la espalda hacia Floring. Vio la pistola atómica en la mano de Harp que se alzaba.

Harp lanzó un golpe. La culata del arma chocó con estrépito en la cabeza de Floring y el oficial rodó por el suelo.

—¡Mira a ver si hay alguien más por ahí! —dijo Jonny Loesser. Vigila la estación de Control.

Entonces se inclinó junto con Carlin sobre el hombre inconsciente.

—Tenemos que llevarlo con nosotros —dijo Jonny—, si lo dejamos aquí lo descubrirán; entonces los cruceros del Control se lanzarían tras nosotros.

Unas cuantas semanas antes, Laird Carlin se hubiera sentido totalmente en contra de cualquier ofensa dirigida a un oficial de las operaciones de Control. Pero... ¿con qué espíritu de confianza o de ley le habían infectado sus compañeros? Quedó maravillado de sí mismo mientras recogía del suelo aquel cuerpo inerte.

—Atadle en una de las sillas de la sala de pilotos —dijo Jonny.

Harp salió de la oscuridad diciendo:

—No hay nadie por ahí.

Entretanto, Carlin había atado al hombre inconsciente en la sala de pilotos, y Harp y los otros habían abierto las escotillas de uno de los hoyos de donde se lanzaban las naves. Rápidamente, moviéndose en la oscuridad, fueron saltando al gran aparato magnético. Entonces, contra todo pronóstico, llegaron a meter el mecanismo en el agujero que servía de empotramiento para aquellas naves.

—Creo que todo está preparado. Inspeccionar los últimos detalles —gritaba Jonny.

Carlin se mostraba nervioso. A cada momento esperaba oír una alarma que viniese de Loesser, refiriéndose a que llegaban oficiales de Control.

—Creo que esto aguantará así —dijo Jonny sudando—, alejad de aquí el camión. Harp, prepara todo para salir.

VIII - CASI SE QUEMAN...

Las puertas se cerraron una vez los hombres a bordo. Harp Land estaba salpicado de aceite y polvo. Saltó al asiento piloto y con manos expertas empezó a manipular los mandos de control.

—¡Que empiecen los generadores! —gritó Loesser con voz entrecortado desde el interfono.

—Dentro de poco despegaremos —dijo Harp permaneciendo ocupado en los mandos. Había una fuerza interior que empezaba a apoderarse de ellos, mientras Carlin conseguía llegar como si estuviese borracho a uno de los asientos. 025 aceleración escalada. ¡Ya estamos!

Y el Phoenix saltó con una fuerza incontrolable desde la rampa de despegue del aeropuerto espacial. Aumentaba su velocidad dirigiéndose hacia el cielo estelar, al tiempo que iba dejando atrás las luces parpadeantes de Nueva York hasta desaparecer totalmente en la distancia.

—Autorización —se oyó a través del panel de comunicación Universal—. Entregad la autorización de despegue.

—Ya se ha entregado la autorización —respondió Harp Land cortando la comunicación seguidamente, echándose a reír—. Esto les preocupa un poco.

El modo como Harp tenía de llevar la nave hacia el espacio, le parecía a Carlin suicida. La atmósfera del planeta no tardó mucho en comenzar a silbar por la fricción cortante del aparato rompiendo su tranquilidad, desgajada por aquel monstruo propulsor.

La luna apareció ante ellos como un gran globo de plata frente a las estrellas. Los ojos de Carlin se fijaron en el brillante disco solar.

Entre tanto, el «Phoenix» continuaba su marcha incontrolable; a Carlin parecíale completamente ilegal la velocidad que llevaban en

el interior del sistema solar. Una verdadera carrera hacia el distante Sol.

—Reduce la velocidad, redúcela —ordenó Jonny a su hermano—. Si continúas así, no podrás desacelerar a tiempo para situarnos en nuestra órbita alrededor del Sol.

Harp Land se volvió con el rostro encendido por la emoción:

—Por todos los dioses. Al fin nos hallamos en camino. Ahora les demostraremos que los hombres terrestres pueden llegar a hacer en el espacio lo que ningún otro haya conseguido.

La voz de Jonny Land se dejó oír, con gesto sorprendido y al propio tiempo determinado:

—Creo que estamos todos demasiado nerviosos. Esto no ha empezado todavía. Fijaros bien hacia donde vamos.

Carlin oyó cómo todos apaciguaban sus voces y, él mismo, sintió un estremecimiento de emoción al mirar la gigante órbita de fuego hacia la cual el «Phenix» se dirigía aceleradamente.

—Estaremos en la órbita antes de que hayamos colocado la draga, si no nos damos prisa —dijo Jonny—. Vamos, ayudarme.

La enorme draga magnética tenía que ser instalada en su puesto, con los tubos de las pipas para hacer las conexiones en el interior de la nave, los cables y los generadores, los tubos refrigerantes para el compresor y los filtros Markheim que eran la parte principal Y más delicada de la draga.

Todos se dieron prisa y aceleraron la puesta en marcha del aparato, mientras de manera ciega y poderosa el «Phenix» se acercaba rápidamente a la órbita solar. Todos ellos, Carlin, Jonny y dos de los otros hombres, ponían a punto las últimas conexiones. El lugar donde debía de colocarse la draga, estaba caliente a causa de que los oxigenadores no conservaban el aire puro.

—¡Todo a punto! —gritó Jonny al fin, después de unas cuantas horas de trabajo que les parecieron eternas—. No hemos terminado demasiado pronto. Llegamos muy deprisa.

A través de las ventanas, la nave parecía rodeada de un velo de luz. Era la fuerza de las pantallas que repelían las radiaciones del calor.

Cuando Carlin entró, con Jonny en la habitación de piloto, quedaron medio cegados pese a las pantallas, por la fuerza de la luz existente, frente de la cabina de pilotaje.

La mitad del cielo que se veía era Sol. Un abismo gigante de llamas que hacía enloquecer por su inmensa magnitud. Todas las dimensiones del espacio y aún más, parecían abarcadas, dando la impresión de que cayesen a un infierno de fuego.

Harp volvió su rostro sudoroso, informando:

—Creo que nos emplazaremos en la órbita en menos de una hora.

Ross Floring habló desde su silla en la cual estaba atado, al recuperar el conocimiento.

—¡Jonny, te he estado esperando! Harp no me habría escuchado. Tenemos que volver.

Jonny sacudió la cabeza:

—De nada sirve Ross. Sé que te limitas a cumplir con tu deber y siento mucho haberte metido en este peligro, pero ahora ya no podemos detenernos.

—¡Nunca llegaréis a conseguirlo! —exclamó Floring—. Los cruceros de control deben de estar ya tras vosotros. Han debido suponer dónde me encuentro.

—Amenazas vacías —exclamó Harp—, no pueden saber donde estás Ross.

—Jonny, mira mis bolsillos —gritó Floring—. ¿No ves una radio pequeña en uno de ellos? Es un aparato por el cual cualquier oficina de control puede localizarme a cualquier distancia. Cuando vean que ya no vuelvo podrán saber dónde me encuentro a través de ella.

—Si eso es verdad —dijo Jonny Land, ya deben estar tras de nosotros. Harp, vuelve a abrir la comunicación.

Harp obedeció. El ruido de la órbita gigantesca que tenían enfrente de su aparato, dejó no obstante paso a una voz aguda que llegaba a través del instrumento.

—Escuadrón de operaciones de Control cuatrocientos treinta y tres nueve, llamando a «Phenix». ¡Ultima advertencia! Os hemos rodeado y os vamos a atacar a menos que volváis y os rindáis.

Sorprendido y malhumorado, Harp Land desconectó el botón y apagó la imagen de la pantalla de televisión. A lo lejos se veían unas pequeñas estrellas que se movían rápidamente y que formaban cuatro triángulos de luz. Triángulos... que eran los signos de la Galaxia de Control.

—Por todos los dioses; ¡vienen tras de nosotros! —gritó Harp—.

Jonny, no están más que a unos minutos de distancia tras de nosotros y vienen a toda prisa.

—Vamos a caer sobre vosotros si no dais media vuelta —advirtió el aparato de comunicación con una voz firme.

Laird Carlin, no habría podido pensar hacia unas semanas solamente, que pudiera desobedecer una orden del Control de Operaciones. Los ciudadanos de la Galaxia estaban entrenados para obedecer y seguir con toda regla la gran organización que había hecho del Universo un lugar de ley y de orden.

Pero la antigua independencia de estos hombres de la Tierra, había hecho mella en él. Habían arriesgado mucho ya, e incurrido en ciertos delitos que les privaban de rendirse.

—¡Continuad! —exclamó Carlin—. No podrán seguirnos una vez nos hayamos colocado en la órbita y nos hayamos acercado a la fotosfera, su nave no tiene pantallas para rechazar el calor lo suficiente que les permita seguirnos.

—¡Por Júpiter! —exclamó Harp volviendo a alumbrarse su rostro por la esperanza—. Ahora no me atrevo a dar mucha más velocidad. Tengo que empezar a descelerar si queremos situarnos en órbita correctamente.

—Desacelera según tenemos convenido —dijo Jonny—. No podrán caer sobre nosotros a tiempo. Pronto lo sabremos.

El «Phenix» volando hacia aquella gigantesca esfera, estaba entrando en órbita alrededor del Sol, tan cerca como fuera posible, de su fotosfera o superficie gaseosa.

Tenía que ser así. Ninguna nave tendría poder suficiente para acercarse tanto al Sol y poder soportar aquella exposición y, su propia energía. Continuaron acercándose al Sol sin captar por el momento dato alguno que les indicara que los instrumentos de la nave no funcionaran correctamente.

El aire en el «Phenix», sin embargo, se hacía cada vez más caliente. Jonny encendió otra de las pantallas repeledoras de calor, y aquel agobio en la nave se hizo menos fuerte.

Los dedos de Harp se mantenían con fuerza sobre los aparatos de control, desacelerando, y conduciendo la nave en una posición espiral hacia el Sol.

—Carlin, diles que no hagan locuras. Diles que se detengan —gritó Ross Floring—. Los cruceros caerán sobre nosotros de un

momento a otro.

Carlin no prestó atención. Sus ojos se mantenían fijos en la pantalla de televisión, donde los cuatro cruceros hacían todo lo posible por perseguirles.

De pronto llegaron con un silencio asombroso, pero mortal, cuatro ráfagas de llama que rozaron el «Phenix». Eran cuatro salvas de llamas atómicas que casi hicieron zozobrar la nave. Loesser llegó tambaleándose a la habitación de pilotos con el rostro encendido.

—Nos destrozarán si nos lanzan otras ráfagas —gritó—. ¿Qué oportunidades tenemos?

—¡Encended las pantallas seis y siete! —gritó Harp Land sin mirar a quien le hablaba—. ¡Estoy entrando en órbita ahora!

—Es demasiado pronto —gritó Jonny— es...

Carlin vio que Harp ni siquiera le había oído. El gigante estaba cortando los elementos de su carrera, los elementos de la carrera de la nave, dejando que su desplazamiento dependiese solamente del poder de impulsión de la órbita en que se habían lanzado. Las pantallas de rechazo de radiación, trabajaban todas en este momento. Otra salva de radiaciones atómicas pasó cerca de la nave. Carlin sabía que los hombres que iban persiguiéndoles, sabían que Floring se hallaba a bordo. Pero las Operaciones de Control sacrificarían a cualquiera de sus hombres si era necesario, con tal de prevenir la excavación solar que siempre había significado el desastre y los disturbios solares.

—Mirad allí —dijo Loesser.

En aquel momento el «Phenix» estaba lanzado en su corona y se inclinaba más cerca hacia la radiación solar que sobrepasaba los dos mil grados.

La mente de Carlin sufrió una convulsión de terror por el espectáculo que se presentaba ante sus ojos. No él, sino ningún otro hombre se había acercado tanto a la gran estrella. Estaban entrando en una región de tan violentas energías, que todas las leyes del espacio y del tiempo aquí parecían canceladas.

Cegador, el brillo del Sol les dejaba atónitos y perturbados a pesar de los filtros protectores de las pantallas contra las irradiaciones. Miraban hacia el vasto y aterrador océano de gases. Un mar de vapores metálicos y otros elementos no metálicos. En aquellos momentos, las pantallas mostraban que los cruceros de

Control se habían retrasado y desaparecían de la vista de ellos.

—No podían seguirnos tan cerca. La fotosfera —gritó Harp Land—. Les hemos despistado y ahora estamos casi en órbita.

—No podemos hacer la órbita solar —gritó Floring— y aunque pudiéramos, los cruceros se encargarían de nosotros desde el exterior de la órbita, y una vez localizados nos incendiarían y destruirían. Tened en cuenta esto y abandonad la empresa.

Vito, uno de los hombres que formaban parte de la expedición, entró en la cabina procedente de la sala de máquinas. Las pantallas de rechace de las radiaciones ¡no dan ni una dina más de fuerza! Si nos acercamos más estamos perdidos.

—Ya estamos en órbita —dijo Jonny—. ¡Espera!

Harp Land estaba ensimismado en la operación más difícil de los hombres del espacio. Conducir su nave hacia un equilibrio exacto en la órbita, alrededor de un cuerpo celeste. Mucho más difícil aún cuando aquel cuerpo era un planeta. Casi imposible, tratándose de un cuerpo que era una estrella titánica. Carlin vio que el rostro del gigante se cubría con una máscara helada mientras trataba de centrar las agujas en sus diales, y les daba fuerza con una delicadeza infinita. Guiando, cambiando... cambiando nuevamente.

Harp apagó uno de los contactos. La fuerza de las olas de propulsión fue muriendo. Los motores del «Phenix» se habían apagado. Y las agujas de gravitación permanecían constantes.

—¡Estamos en órbita! —gritó la voz de Harp Land.

Carlin hubiera querido también gritar.

—Por todos los cielos, no hay otros hombres por toda la Galaxia como los terrestres... ¡No hay otros!

El «Phenix» daba vueltas alrededor del Sol, formando una corona profunda y acercándose a la fotosfera.

Tenía la sensación de que eran unos hombres suspendidos en un Universo en llamas de fuerza incontenible. Su mente recibió este impacto. Estaban, allí donde no había hombres, donde no había vida y nadie había intentado llegar. Estaban violando el intocable santuario de las estrellas.

—Ahora... la draga —dijo Jonny—. No tenemos fuerza suficiente para mantener las pantallas de rechace de las radiaciones solares durante mucho tiempo. ¡Vamos Carlin! —Carlin fue con él. Los hombres se mantuvieron alrededor de la draga magnética

mirando con ojos de asombro y de temor al mismo tiempo. El metal estaba tan caliente que con sólo tocarlo podía hacerles gritar, mientras se acercaban a los generadores de circuitos y a las autoturbinas. Los aparatos comenzaron su funcionamiento, formando un campo magnético. De pronto la nave sufrió una convulsión. Harp llegó hasta ellos a toda prisa.

—Estos cruceros de Control están empezando a lanzarnos radiaciones atómicas nuevamente.

—No necesitamos más que un poco de tiempo —gritó Jonny Land—. ¡Los tubos refrigerantes, Carlin!

Carlin se sentía como un hombre entre sueños, mientras el sudor corría por su frente y se mantenía al lado de Jonny para colocar la draga magnética. El campo magnético se mantenía constante y todo parecía funcionar normalmente. Los ojos brillantes de Jonny miraban con inquietud los paneles y sondas de control y al fin oprimió un interruptor.

—¡Ahora!

Todo pareció de pronto haber cambiado en la nave. La draga proyectaba un poderoso y concentrado campo magnético en aquel océano de llamas y de gases como si fuese una pipa de absorción. Pero durante unos momentos no vieron nada. El tiempo parecía transcurrir interminablemente, continuaba su marcha. Entonces...

—¡Aquí llega! —gritó Loesser.

Una columna de vapores venía por la sonda desde el encendido océano. Comparada con la gigantesca del Sol, no era más que un pequeño filamento. La más pequeña obra de fuego.

Pero aquella obra iba subiendo y subiendo sin descanso hacia el «Phenix», como un hilo de fuego vaporizado, de elementos hasta aquel momento posiblemente desconocidos y que llegaban hasta el «Phenix» por el campo magnético que él irradiaba.

Los cruceros de control lanzaron nuevamente sus llamas hacia donde creyeron que estaba la nave del espacio. Al momento siguió un nuevo impacto más fuerte y la fuerza de aquella columna alcanzó una parte de la nave.

Oyeron un ruido ensordecedor. La aspiración de los vapores solares con todos sus elementos estaban llegando a su fin, a través de los filtros Markheim, que recogía a través de su pantalla los átomos de cobre. Sin embargo, estaba en aquellos momentos

descendiendo a causa de las convulsiones de campo magnético negativo que les arrojaban.

—¡Nos están azotando nuevamente! —gritó Jonny Land—. Y si el efecto es tal como ellos calculan no habremos conseguido nada.

IX - UN EXTRATERRESTRE VUELVE A CASA

Por un momento ninguno de ellos prestó atención a que el cobre se estaba solidificando en los refrigeradores, en una especie de granos metálicos que iban escurriéndose hacia los tambores de reserva. La verdadera prueba que se había llevado a efecto formidablemente y tal como estaba planeado desde hacía tiempo.

Todo aquello, parecía increíble incluso para el mismo Carlin. Que una parte tan pequeña de fuerza pudiese provocar extorsiones en la poderosa órbita que había debajo de ellos. Pero él sabía algunas cosas más. Sabía que el equilibrio tan sumamente delicado de la superficie de las estrellas, podía provocar por la mayor influencia exterior un cambio de presión artificial tan poderoso, que podría poner en movimientos grandes extensiones de la superficie solar. Si esto ocurría a pesar de todo, sería el caos.

—No hay ningún signo de que se haya producido ningún remolinamiento —decía Jonny con incertidumbre, mirando a través de las escotillas—. Ni un solo signo.

No era momento para hacer críticas o juicios apremiantes, ni tampoco para elevarse en triunfo. No era nada más que el momento de ir lanzados por el espacio, absorber el cobre dentro de la nave y de que la constante preocupación de Jonny no llegara a producirse. Todavía no se formaban remolinos.

Nuevas llamas atómicas sacudieron la nave desde los cruceros de control que desde muy lejos les vigilaban. El éxito o el fracaso de la exploración más audaz de ingeniería en la historia de la Galaxia recaía sobre los estudios secretos de Jonny.

—Todavía no hay trombas de aire ni remolinos.

Jonny Land levantó la cabeza, miró a todos, que estaban tan excitados como él mismo, y les dijo:

—Lo hemos conseguido casi increíblemente. Hemos llenado casi los depósitos de cobre y todavía no se ha formado ninguna tromba en la superficie solar, ningún disturbio que pueda entorpecer nuestro viaje. Hemos hecho posible la excavación solar.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Loesser. Harp Land parecía abatido. Pero Jonny caminó hacia el otro lado de la habitación donde los refrigeradores conducían hasta los depósitos. Quedó mirando aquel metal que parecía recordarle el oro en lugar del cobre.

Ellos le siguieron. Los otros miraban con él. Cobre, puro y virgen, estaba esparcido en aquella nave y casi llenando los depósitos que se habían preparado para él. ¡Cobre sacado del Sol!

—Cobre para la Tierra —susurró Jonny, con el rastro resplandeciente—. Poder y nueva vida para todo nuestro viejo planeta.

La nave sacó de sus entrañas un ruido metálico, en el momento que un nuevo disparo atómico les hizo casi zozobrar.

—Las pipas de alimentación —gritó Loesser saltando al lado de Carlin.

Carlin lo vio. Los muros de la nave habían soportado aquel impacto, pero la sacudida había arrancado algunos de los cables y refrigeradores. Dos de los tubos estaban perdiendo y destilaban por sus orificios vapor de cobre blanco y caliente que los compañeros de la nave miraban con rabia y extrañeza.

Y si los otros lo hicieran todo estaría perdido.

Sabiendo lo que las pipas significaban en aquella expedición Jonny se puso a revisar y a supervisar una de ellas mientras Carlin le miraba con la mayor ansiedad. Hizo un arreglo en una de las pipas y Vito empezó a apretar todos los tornillos y tuercas de aquel extraño aparato. Cuando Carlin y Vito se volvieron, otro de los tubos pareció que iba a estallar.

—Aquí —gritó Jonny Land como si su grito fuese de agonía.

Carlin quedó helado cuando vio la más horrible y heroica de las escenas que nunca hubiese podido creer. Uno de los tubos había estado a punto de estallar y Jonny Land lo había rodeado con sus brazos y le estaba impidiendo el estallido por medio de esfuerzos

agónicos mientras el vapor blanco y caliente se extendía por su cuerpo.

Harp Land se acercó tan aprisa como pudo al lado de su hermano, mientras Carlin trataba de asegurar aquel tubo y cerraba el paso del vapor de cobre. Luego se volvió. Harp estaba inclinado sobre su hermano.

—¡Jonny!

Todo el pecho y el cuello de Jonny estaba oscurecido y lleno de ampollas. Su rostro era mortal, más bien parecía una máscara. Otro disparo pasó cerca de la nave y nuevamente el «Phenix» se estremeció.

—Cortar la draga —gritó Carlin— ya hemos demostrado que este proceso se puede llevar a cabo con éxito y no podemos permanecer ahora aquí o de lo contrario morirá tu hermano.

Loesser cortó los efectos de la draga. Harp Land fue corriendo a la habitación de pilotos. Carlin le oyó cómo gritaban a través de la radio:

—¡Cruceros de Control! ¡Aquí «Phenix»! Vamos a rendirnos. Aprestaros para dar tratamiento médico a un hombre herido.

—Salid de vuestra órbita inmediatamente y nos pondremos en contacto con vosotros cuando estéis fuera de la corona —respondió una voz aguda y rápida.

Los generadores del «Phenix» empezaron a zumbar con su aguda nota, mientras Harp Land aceleraba incontrolablemente sus motores, por encima, la propulsión de las vibraciones empezaba a hacer mover la nave en otra dirección, para abrirse camino luego y salir de aquella gigantesca atracción del Sol, saliendo despacio y describiendo una tangente fuera de la órbita del mismo.

Carlin, Loesser, todos ellos, estaban inclinados sobre Jonny Land, cuando Floring desatado por Harp volvió, el oficial miró y sacudió la cabeza sombríamente.

—No tenemos ninguna posibilidad —dijo—. No vivirá ni para llegar hasta los Cruceros. Jonny no oía nada. Luchaba convulsivamente buscando aire para respirar y mirando sin verles. Carlin sintió cómo las lágrimas resbalaban por sus ojos.

—¡Jonny! ¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos! —le decía Loesser—. Hemos hecho posible la excavación solar. Dentro de poco habrá grandes cantidades de naves nuevas, grandes naves, que vendrán

aquí y cogerán todo el cobre que la Tierra necesita.

Carlin sabía que aquel hombre estaba tratando de reconfortarle con aquella esperanza, asegurándole con aquellas palabras que si él moría en la empresa, no había dado en vano su vida.

Todo aquello no llegó a Jonny Land. Ya no era Jonny Land. No era nada más que un ser que moría con grandes dolores y no podía sentir o saber nada que no fuese el dolor. Y de pronto el dolor se fue y la vida se fue con él, y su rostro se relajó, y se quitó la máscara que no había tenido ninguna significación para él.

Loesser lloró.

¿No se dio cuenta de lo que le estaba diciendo? Carlin se sintió sombrío; azotado por las emociones. Había visto al único héroe que nunca hubiese conocido; le había visto morir, pero la muerte de un héroe no era más que una muerte, un proceso final de dolor como todas las demás.

Fue hacia la cabina de pilotos.

—Jonny ha muerto —le dijo a Harp Land Los hombros de Harp se hundieron pero no se volvió mientras conducía al «Phenix» hacia otro lado del espacio donde les esperaban los Cruceros de Control.

La corte de Control aquí en New York, no es más que una pequeña habitación en un edificio del Aeropuerto del Espacio. No había oficiales en ella, excepto tres jueces de mediana edad que estaban sentados tras una pequeña mesa y se preparaban para dictar sentencia a Laird Carlin y sus siete compañeros. No había abogados defensores ni jurados.

Tampoco los necesitaban. Los sicólogos del Gobierno que ya habían hecho preguntas a los hombres acusados, durante cuatro días en la cárcel, habían hecho ya sus relaciones de sinopsis, y éstas se habían mostrado totalmente completas y de una evidencia incontrovertible.

El juez supremo, el hombre que estaba en el centro, leyó tranquilamente la decisión mientras Carlin y los otros le miraban.

—Esta corte está colocada en una posición peculiarmente difícil para juzgar vuestro delito. Por una parte vosotros rompisteis deliberadamente las reglas del Consejo de Control y desafiasteis a sus oficiales. Pero por otra, vuestra acción ha demostrado prácticamente los beneficios de un proceso de excavación solar, que será de un valor incalculable para éste y cualquier otro sistema de

la Galaxia.

»Olvidar vuestra ofensa porque vuestros últimos resultados hayan sido buenos, sería sentar un mal precedente. Esto establecería un principio legal que permitiría que otros hiciesen otras cosas con propósitos menos razonables y no se les podría juzgar. No podemos permitir tales precedentes como punto de partida, Sin embargo, y por lo tanto sintiéndolo mucho, esta corte debe prescribir un castigo por vuestro delito.

Carlin no podía negar la lógica cristalina. Sabía desde un principio que esto terminaría así y estaba demasiado cansado para que le importase mucho.

—Estáis sentenciados a dos años de cárcel en la prisión de Rigel y a la pérdida de vuestras licencias de hombres del espacio o certificado de ingenieros Cósmicos que poseáis. Tal sentencia es obligatoria en este caso. —Luego añadió rápidamente—: Sin embargo, también está dentro de nuestra Jurisdicción suspender el límite de cárcel y el límite de cancelación de vuestros certificados, a un año a partir de este momento. Tal es la sentencia de esta corte.

Loesser dio un suspiro de alivio:

—Por un momento pensé que Rigel era lo que nos esperaba de verdad.

El juez se levantó:

—Hablando personalmente —añadió calmado— nosotros quisiéramos dar la más cordial enhorabuena a todos vosotros por lo que acabáis de realizar.

Ross Floring se acercó a su lado.

—Suspensión de un año no es mucho —dijo y Carlin asintió.

Cuando con la figura gigante de Harp Land yendo delante de ellos, salieron del edificio, un murmullo ensordecedor producía la gran muchedumbre que les esperaba fuera. Los terrestres al menos, no habían tenido que equilibrar su gratitud.

Harp guardaba silencio mientras pasaba a través de la muchedumbre hacia Marn y el viejo Gramp Land. Carlin se sintió a sí mismo inquieto por las manos que la oprimían, que le cogían y le llevaban de un lado a otro entre voces de agradecimiento.

Un hombre muy nervioso le dio unas palmadas en el hombro:

—¿Nosotros los terrestres les hemos demostrado que aún podemos conquistar el espacio, no es así?

¿Nosotros los terrestres? De algún modo sin saber cómo, pero por primera vez en todos aquellos días, Carlin pensó con orgullo en ser un terrestre.

No quería encontrarse con el pálido rostro de Marn. Pero ella le habló serenamente.

—Ya lo sé todo Laird, todo lo de Jonny. Las mujeres de la Tierra durante dos mil años, han visto a sus hombres salir al espacio y no volver.

Floring les había seguido.

—Quiero que usted vea algo —dijo.

Se abrió camino hacia el monumento de los pioneros del espacio. Carlin miró la lista de nombres y sus ojos de pronto sufrieron un sobresalto por lo que habían visto. Por primera vez desde hacía centurias, un nuevo nombre se había añadido al final de aquella gran lista.

JON LAND.

Los ojos de Marn resplandecían. Su hermano, miraba a lo lejos como si buscara algo en el espacio que le reconfortara. El viejo Gramp Land se volvió tristemente.

—Un nombre sobre una piedra, no merece la pena para cambiarlo por mi pobre muchacho —murmuró—. ¡Me estoy volviendo viejo!

Aquella tarde, en la vieja casa sobre la colina, estuvieron tristes y silenciosos durante la cena. La mesa era demasiado grande y miraban alrededor demasiado a menudo como si estuviesen esperando la llegada de un paso familiar o de una voz agradable.

Carlin sentíase oprimido a causa de algo que no les había dicho todavía. Odiaba sin embargo truncar aquel silencio.

—Hay algo que ellos descubrieron cuando nos hicieron el psicoestudio para el juicio —dijo al fin—. El mío demuestra que ya no tengo estabilidad de coordinación ni enfermedad estelar.

—¿Quieres decir que ya estás curado? —dijo Harp sorprendido—. Bueno, eso está bien. Nunca pensé en ello, pero hiciste el viaje del Sol muy bien, te portaste formidablemente.

—El sicox dice —explicó Carlin—. Que algunas gentes fuera de la Galaxia si de cuando en cuando se aproximan a la Galaxia terrestre, van influyendo dentro de su sicología, van acercándose a sus orígenes terrestres y convirtiéndose en gentes como las demás

de la Tierra. Tales gentes responden rápidamente al tratamiento terrestre. Yo soy uno de ellos parece ser. —Luego añadió con cierta incomodidad—. Puedo volver a casa, a Canopus, ahora, aunque tendré que trabajar en una oficina durante un año. Lo que ocurre es que una nave sale para Canopus esta noche y no habrá otra durante algunas semanas.

—¡No te irás esta noche! —exclamó Harp—. ¿No te irás tan pronto?

Carlin se sintió un tanto descorazonado.

—Yo también desearía no marcharme tan pronto, pero no tengo nada que hacer ya aquí y me encuentro bien.

Él esperó que Marn protestase un poco, pero no lo hizo. Sólo dijo tranquilamente:

—Yo le llevaré hasta el aeropuerto del espacio.

—Creo que preferiré ir andando —replicó despacio Carlin.

—Te estaba esperando —dijo Marn tranquilamente—. Sabía que no te irías.

Las manos de Carlin se apoyaron sobre los redondos hombros de la muchacha y habló con inquietud:

—¡Marn, no podía! Pensé en Canopus, pensé en los amigos y en la muchacha a quien gusto y en los jardines y las ciudades que acostumbraba a amar, y todo aquello, sin embargo, resulta irreal. Estoy atado, no sé cómo, a este viejo planeta, a Jonny y a Harp, y a todos los otros, y a ti. Por qué no.

Ella cayó en sus brazos rápidamente:

—¡Ya lo sé! Ha habido más de uno como tú, más de uno que llegó a la Tierra y se dio cuenta de que no la podía abandonar. Este viejo mundo está metido en la sangre de todas las razas.

Ella le miró y continuó diciendo:

—Un año no es mucho tiempo. Te necesitamos aquí para reemplazar a Jonny, para supervisar la exploración solar. Y yo también te necesito. Siempre te necesitaré.

Carlin la estrechó contra sí. Como dos cuerpos fundidos en uno. Todo su cansancio y sus dudas se habían desvanecido. Miró hacia las estrellas y pensó en aquellos mundos pero todos estaban lejos, muy lejos.

Y la Tierra estaba cerca, la sentía, con su tranquila noche rodeándola. Un viento suave movía las ramas y las hojas de los

árboles, que parecían querer acariciar la luna. La carretera se inclinaba blanca y segura hacia la vieja casa, fuera de la enorme extensión del tiempo y del espacio. El perfume que emanaba de Marn le cautivaba.

Un terrestre había vuelto a su tierra. Y Marn sabía que para siempre.

FIN



(Ray Douglas Bradbury; Waukenaun, Illinois, 1920 - Los Ángeles, California, 2012). Novelista y cuentista estadounidense conocido principalmente por sus libros de ciencia ficción. Alcanzó la fama con la recopilación de sus mejores relatos en el volumen *Crónicas marcianas* (1950), que obtuvieron un gran éxito y le abrieron las puertas de prestigiosas revistas. Se trata de narraciones que podrían calificarse de poéticas más que de científicas, en las que lleva a cabo una crítica de la sociedad y la cultura actual, amenazadas por un futuro tecnocratizado. En 1953 publicó su primera novela, *Fahrenheit 451*, que obtuvo también un éxito importante y fue llevada al cine por François Truffaut. En ella puso de manifiesto el poder de los medios de comunicación y el excesivo conformismo que domina la sociedad.

Ray Bradbury se graduó en la escuela secundaria en 1938, y se ganó la vida como vendedor de periódicos hasta 1942. Comenzó a escribir desde niño, pero publicó su primera historia en 1938, en una revista de aficionados. Adquirió la certeza de lo que sería su estilo cuando compuso *The Lake*. En 1943 dejó el trabajo de vendedor de periódicos y se dedicó a escribir a tiempo completo, publicando en diversos medios numerosos relatos breves, hasta que en 1950, con la aparición de *Crónicas marcianas*, comenzó su

ascendente fama literaria. En sus páginas, que relatan los intentos de los terrestres por colonizar el planeta Marte, se reflejan las angustias y ansiedades que existían en la sociedad norteamericana de la década de los cincuenta, ante el peligro de una guerra nuclear.

Considerados un clásico de la ciencia ficción, este conjunto de relatos interdependientes recoge no sólo las vicisitudes de la colonización del planeta Marte sino también la caída de su civilización, abarcando un período comprendido entre 1999 y 2026. Los marcianos poseen notables poderes telepáticos, lo que causa graves contratiempos a las tres primeras expediciones. La cuarta aporta al planeta la varicela, que contagia a los indígenas y acaba con su resistencia.

A continuación, se desarrolla la obra colonizadora, que aporta al planeta los aspectos más negativos de la cultura occidental. Sólo un mexicano, que conserva las esencias de su cultura indígena, consigue establecer una auténtica comunicación con un marciano que, a su vez, es depositario de las tradiciones desplazadas por la hegemonía de los colonizadores. Éstos han degradado a tal punto la civilización autóctona que en uno de los relatos un marciano utiliza sus poderes telepáticos para divertir a los nuevos amos adoptando las personalidades que le solicitan. También los negros estadounidenses establecen asentamientos para huir de la discriminación. Finalmente, el planeta casi se despuebla porque una amenaza bélica en la Tierra induce a los colonos a regresar. Los pocos que permanecen en Marte se convierten en los «nuevos» marcianos.

En 1951 publicó uno de sus libros mayores, *El hombre ilustrado*, compuesto por varios relatos de naturaleza fantástica, y dos años más tarde otro de los más representativos, *Fahrenheit 451* (título que alude a la temperatura en que los libros empiezan a arder). *Fahrenheit 451* narra la historia de una ciudad del futuro dominada por los medios audiovisuales, en la que se acosa el individualismo, están prohibidos los libros, y los bomberos, brazos ejecutores de un Estado totalitario, son los encargados de quemarlos. Al margen de la sociedad, un grupo de hombres recluidos en los bosques decide memorizar textos enteros de filosofía y literatura para preservar la cultura.

Esta fábula moralizante ha sido considerada como una gran obra antiutópica y acaso premonitoria, y fue llevada al cine por François Truffaut. En el relato de Bradbury se exponen de forma minuciosa las razones de la prohibición de los libros en boca del jefe de bomberos, Guy Montag. Frente a sus argumentos se expone el punto de vista de un profesor que aconseja a Montag y que pone de relieve las características positivas de la lectura. De este modo se desarrolla una reflexión que se enriquece con referencias a los clásicos.

Bradbury advierte de los peligros y las amenazas que incumben a una sociedad enteramente automatizada, olvidada de los valores tradicionales de la cultura, y próxima al exterminio atómico. Consigue climas sardónicamente alucinantes en cuentos como *There will come soft rains* (1950), donde una casa robotizada prosigue realizando los movimientos programados, en un mundo carente ya de vida, hasta su postrer quema liberadora, o en *The Veldt* (1950), donde otra casa automatizada, casi dotada de vida propia, masacra, con la complicidad de los niños, a los padres de éstos.

Pero Bradbury no sólo cultivó la ciencia ficción y la literatura de corte fantástico, sino que escribió también libros realistas e incluso incursionó en el relato policial. Su prosa se caracteriza por la universalidad, como si no le importara tanto perfeccionar un género como escribir acerca de la condición humana y su temática, a través de un estilo poético.

Precisamente por este rasgo algunos críticos no lo consideran un escritor de ciencia ficción como tal y les resulta difícil catalogarlo en uno u otro campo de la literatura. Como ejemplo de ello suelen citarse relatos breves, muy sutiles y tiernos, como *Casa dividida* y *El robo del siglo*, o la poética novela *El vino del estío*. Además del problema de una guerra atómica, de la censura en un mundo por venir y del peligro implícito en las técnicas y la ciencia, trató temas más cotidianos como el racismo, el miedo a la muerte, el amor y la infancia.

Escribió también guiones de cine, como el de la película *Moby Dick*, de John Huston, así como guiones para series televisivas como *Alfred Hitchcock presenta* y *La dimensión desconocida*. En 1963 se publicaron sus obras teatrales, reunidas bajo el título *The Anthem*

Sprinters. Sus relatos cortos han sido incluidos en más de 700 antologías. Aparte de los mencionados, son también muy conocidos títulos como El árbol de las brujas o Cementerio para lunáticos.



Leigh Douglass Brackett (Los Ángeles, 7-12-1915 / Lancaster, 18-3-1978) fue una autora de novelas de ciencia ficción y negra.

Publicó de forma regular durante quince años en Planet Stories, con un total de diecisiete historias durante la existencia de la revista.

También fue guionista, conocida por sus trabajos en películas como The Big Sleep (1946), Río Bravo (1959), The Long Goodbye (1973) y The Empire Strikes Back (1980).

Leigh Brackett tuvo tres amores: las obras de Edgar Rice Burroughs, su marido Edmond Hamilton y el planeta Marte. Y todo esto lo combinó de forma perfecta en La espada de Rhiannon, en la que el entorno marciano se asemeja a los paisajes desérticos y románticos que la imaginación occidental recreaba a principios del siglo xx. Son Jekkara, Valkis y Barrakesh (sí, como Marrakech), que recuerdan los escenarios de algunos cuentos de Robert E. Howard. Es un medievalismo tanto en las apariencias como en los valores, en el que Brackett incluía seres imposibles, tipos alados, acuáticos, o con curiosas pigmentaciones cromáticas en su piel, pero siempre humanoides. En realidad, es una obra que pertenece más por la temática a la fantasía que a la ciencia ficción.



Edmond Moore Hamilton (21 de octubre de 1904 - 1 de febrero de 1977) popular y prolífico autor estadounidense de relatos y novelas de ciencia ficción.

Comenzó su andadura en el género de la literatura fantástica con el número del mes de agosto de 1926 de la revista *Weird Tales* y rápidamente se convirtió en uno de los pilares de la publicación, junto con H. P. Lovecraft y Robert E. Howard, escribiendo 79 obras de ficción entre 1926 y 1948.

Se le considera, con E.E. «Doc». Smith, el creador del subgénero de la «space opera», es decir, de grandes y extravagantes aventuras espaciales tratadas de forma romántica en las que aparecen los arquetipos del héroe-villano, y con argumentos típicos que tratan sobre viajes estelares, batallas con razas extraterrestres o imperios galácticos.

Su personaje más famoso de este subgénero es el Capitán Futuro (Captain Future). Curtis Newton, del cual se publicaron 27 relatos entre 1940 y 1951 (no todos escritos por Hamilton) y que se convertiría en una serie de dibujos animados japonesa en 1978 con 52 episodios, tras la muerte del autor.

Hamilton fue el primer ganador de un premio de literatura

fantástica (el Julio Verne, antecesor de los Hugos) con su relato «The Island of Unreason». (Wonder Stories, mayo de 1933).

En 1946 Hamilton inició una colaboración con DC Comics que duraría hasta 1966 y realizó numerosos guiones para Superman y Batman.